



# Vuelve Samuel Benchetrit



DESTINO

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compa**

## Sinopsis

Adicto a los cigarrillos y al alcohol, con alergia a las responsabilidades y en búsqueda constante de una inspiración que no llega... Así es el antihéroe encantador y tierno de *Vuelve*, al que sólo le queda agarrarse desesperadamente al único proyecto viable que tiene en el horizonte: la adaptación de uno de sus libros a serie de televisión. El problema es que el libro ya no está disponible y el productor en cuestión todavía tiene que leerlo.

El autor se lanza a una búsqueda desenfrenada por encontrar un ejemplar, que localiza en manos de una fan ya muy mayor que vive en una residencia de ancianos. Sin embargo, no cuenta con encontrarse con Suzanne, una bella enfermera con un tartamudeo adorable de la que se enamora inmediatamente. ¿Podría ser éste el final feliz de su historia? Antes tendrá que lidiar con una increíble serie de malentendidos con personajes que hubiera querido tener bien lejos y, sobre todo, deberá asumir la ausencia de su hijo, quien ha emprendido un largo viaje por el mundo y le lanza a su padre un enigma que queda en el centro de la historia y que tendrá que resolver necesariamente: «¿Qué le dice un padre esquimal a su hijo antes de que se lance a conocer el mundo?».

Una pequeña joya sobre un escritor en plena crisis creativa y la enternecedora historia sobre la relación con su hijo.

# VUELVE

Samuel Benchetrit

Traducción de Isabel González-Gallarza

Ediciones Destino

*Para Saul,*

*a quien quiero*



Escribía siempre las mismas frases en mis cuadernos. Algo así como promesas que nunca cumplía. Las más bonitas las escribía por la noche o de madrugada, frases en las que me juraba, empapado en whisky, no volver a probar una gota de alcohol desde esa misma mañana, hacer deporte, ser dulce, ahorrador, trabajador, tolerante, disciplinado y limpio; ir al dentista, ir andando a los sitios, quedar con la gente a más de quince minutos a pie de mi casa; ser valiente, sonriente, viajero, curioso, ingenioso, callado, atento, cocinillas, razonable, decidido, decisivo; me juraba que tendría más aguante, que me gustaría la lluvia, el calor intenso, la fruta, el pescado, el turismo, las películas en color y el cine contemporáneo.

A veces hasta firmaba esas promesas. Una rúbrica solemne dirigida a quién sabe quién en mi mente (debía de haber alguien ahí dentro, sólo que nunca nos habían presentado). Dejaba el cuaderno abierto para tenerlo bien a la vista al despertar. Cuando estaba más decidido a evolucionar, lo dejaba apoyado sobre la cafetera. Y cuando, al levantarme, me topaba con el cuaderno, ya me parecía menos estupendo, pero aún conservaba cierta compasión por el borracho de la víspera. Quería respetarlo. Considerarlo algo así como un profeta tocado por la gracia, una gracia de cuarenta grados. Reducía mi consumo diario de café a diez tazas en lugar de quince y no fumaba antes de beber el primer sorbo. Releía mis promesas. La primera: «Ser limpio». Es decir, empezar el día con una ducha y un lavado de dientes. Estaba bastante motivado. Pero mi cuerpo tenía una necesidad enfermiza de nicotina. Un cigarrillo antes de la higiene no cambiaría nada. Por lo general

me lo fumaba en el baño, un espacio de dos metros cuadrados, el más frío del apartamento porque la ventana estaba siempre abierta.

En mi casa no fumaba en cualquier sitio. Sólo en la cocina, que era el doble de grande que el baño, y en el propio baño, como ya he dicho. Era una norma que me había impuesto desde que tenía un hijo. Curiosamente, no lo mencionaba en mis cuadernos, en ninguna parte ponía: «Soy un padre fantástico que sólo se destroza los pulmones en el retrete y en la cocina para proteger a su compañero de piso menor de edad». Ya no podía expresar ese reparo desde que mi hijo fumaba también como un carretero y había añadido su habitación como nuevo espacio de humo. Yo lo ocupaba gustoso con el pretexto de una regañina cualquiera, para disfrutar de la zona de fumadores más amplia de la casa.

En el baño, el frío me invadía primero los pies, después me subía por las piernas hasta helarme el cerebro y, con él, mis buenos propósitos. Debo precisar que dormía en calzoncillos y que podría haber resuelto el problema abrigándome para ir al baño. Pero la idea de hacer la colada, desplegar el tendedero, recoger y guardar la ropa (que, por lo general, permanecía allí hasta que no me quedaba nada que ponerme) me suponía el mismo esfuerzo que organizar la próxima ceremonia de inauguración de los Juegos Olímpicos.

Me gustaba volver a la cama por las mañanas. Era como un lujo para mí. Los hay que poseen yates, cuentas bancarias llenas de dinero, colecciones de relojes, cultura, esculturas o músculos. Yo personalmente me volvía a la cama veinte o treinta minutos después de haberme levantado. Vivía en un mundo en el que el placer y la felicidad no estaban ligados. Mi vida rebosaba de placeres que nunca llegaban a formar una felicidad completa. Había tenido ocasión de constatar que otros disfrutaban de una felicidad completa que les brindaba múltiples placeres. Por suerte, la mutación genética de los primeros cuarenta y tres años de mi vida me había brindado un segundo lujo: no era

quejica. Me contentaba simplemente con anotar promesas en mis cuadernos. En ellos se leía con frecuencia:

«No volver a acostarme una vez levantado.»

«No quejarme.»

«Apuntar los sueños para transformarlos en libros en lugar de soñar con escribirlos.»

Los sueños matutinos no eran como los nocturnos. No proporcionaban material para transformarlos en libros. O, si acaso, en libros aburridos y pretenciosos como los que se publicaban todas las semanas. Pensaba, pues, que los autores de esos libros también volvían a acostarse una vez levantados. Esos sueños eran muy próximos a la realidad, por lo general anticipaban el momento que vendría después de despertarme. Por ejemplo, soñaba que me encontraba el cuaderno abierto delante de la cafetera. Como era un sueño, el cuaderno podía ser verde en lugar de azul y la cafetera convertirse en la de mis padres, que es naranja. De hecho, mi madre también podía aparecer, con un albornoz de algodón amarillo chillón, golpeando a una iguana que asomaba la cabeza por el fregadero para devorarnos. La iguana era mi padre. Y el sueño en su conjunto, una escena típica de mi infancia, en la que cada cual se despertaba sin muchas ganas de afrontar el día que tenía por delante.

Dormía mal. Pero cada vez me acostaba más temprano, con frecuencia apenas pasadas las seis de la tarde. Apagaba el móvil. No me llamaba nadie, pero recibía una docena de correos electrónicos de distintos organismos, tales como Amazon, SFR, Orange, Engie, Darty, Ikea y LCL. Ya no daba mi mail al comprar nada. Había oído decir que bastaba con mandar la palabra stop en mayúsculas para que dejaran de enviar publicidad. Les respondía a cada correo con la palabra stop, pero de nada servía.

Seis meses antes me había comprado una cama nueva, con somier y colchón de 160 cm. La antigua era de 140. Trataba de aumentar mis horas de sueño agrandando mi cama. Tuve que comprar además dos nuevos juegos de sábanas, dos bajeras ajustables, un edredón y dos almohadas con sus fundas.

Me negué a darles mi dirección de correo electrónico.

—Es obligatorio, caballero.

—Es que no quiero recibir correos, ni publicidad ni ofertas.

—Es sólo para la entrega.

—Para eso ya tienen mi dirección postal. La cama es para mi casa, no para mi correo.

—Es obligatorio.

Se lo di.

Desde entonces me escribían cada noche. Servicio de atención al cliente, encuestas, promociones, invita a un amigo. Les contestaba stop, pero seguían.

No estaba cansado, por eso no dormía. A veces sentía ciertos efectos durante el día. Uno o dos mareos, una serie de bostezos o calambres en las pantorrillas. Pero nada que justificara una noche de descanso. Nada en mí

necesitaba descansar. Los demás hacían deporte. Iban andando al trabajo. Quedaban con amigos. Almorzaban y cenaban. Hacían senderismo los fines de semana. Se ocupaban de los hijos, que requerían mucha atención. Tenían esposa, a veces más de una. Leían. Sacaban entradas para el teatro. Iban al teatro. Hablaban en abundancia de lo que veían y lo que oían. Solían tener madre, o un padre enfermo en alguna parte. Visitaban a otra gente. Se invitaban unos a otros. Cocinaban. Discutían. Se peleaban. Se guardaban rencor. Se reconciliaban. Compraban teléfonos. Fundas para proteger esos teléfonos. Fundas que podían ser reflejo o al menos expresión de su personalidad: «¡Soy esta funda! ¡Esta funda es divertida como yo! ¡Estas lentejuelas doradas que flotan en el agua de mi funda me representan perfectamente!». Tomaban autobuses para encontrar las fundas adecuadas. Para arreglar los teléfonos estropeados. Hablaban de ello. En el trabajo. En el autobús. En las cenas. A sus esposas. Antes de dormirse por fin. En sus sueños.

Se cansaban.

Yo me levantaba de noche, iba a la cocina y esperaba a que amaneciera, como algunos solitarios observan a las parejas quererse en las terrazas de los cafés. Veía llegar el día comentando silenciosamente su aspecto: «Está bonito hoy... Parece templado...». Me sentía solo en mi cita con la inmensidad.

Pensaba que el cielo no era para mí. Que ningún fenómeno climático me estaba destinado.

«Hoy no disfrutaré del sol.»

Me sentía solo.

Escribía en mi cuaderno: «Tener amigos».

Tachaba y volvía a escribir: «Tener un amigo».

Tachaba y volvía a escribir: «No esperar nada de los demás».

Tachaba y volvía a escribir: «No esperar más que de uno mismo».

Tachaba y volvía a escribir: «No esperar nada de nadie».

A las cinco y diez de la tarde ponía en la televisión «Cuatro bodas y una luna de miel». Me había topado con ese programa un día que quería ver el canal Arte, pero mi televisor me proponía automáticamente la Une cuando lo encendía. Como el placer y la felicidad, el más mínimo sorbo de televisión azucarado y con gas alteraba mi sed de cultura.

El programa consistía en lo siguiente: cuatro mujeres se invitaban unas a otras a sus respectivas bodas. Las tres invitadas, convertidas en jurado, comentaban y, sobre todo, puntuaban del 1 al 20 a la novia en cuestión. Se puntuaba la decoración del salón de bodas, el banquete, el ambiente y el vestido. (La puntuación del vestido no se conocía hasta el viernes, día de la final.) La novia no sabía lo que pensaban las demás de su boda. Pero nosotros los telespectadores sí lo sabíamos, y eso era lo bueno. Cada novia elegía un tema y más le valía atenerse a él. Solían ser todos del mismo estilo: «Glamour y lentejuelas», «Orquídeas fucsia» o «Romántico elegante». El día de la final las cuatro novias asistían (acompañadas de sus maridos, que por lo general pasaban olímpicamente) a los comentarios y las puntuaciones de las demás. Puntuaciones que rara vez pasaban del 10 sobre 20, normalmente se quedaban en el 6 o incluso en el 4 sobre 20. Cuando descubrían el salón de bodas y la decoración, soltaban frases en plan: «Hala, qué guay, qué bien se ha atendido al tema, lo ha hecho todo ella misma... Aunque, bueno, servilletas de papel para una boda... Los manteles están sin planchar... Pero igualmente es muy bonito». Después, cuando las filmaban a ellas solas, para comentar y puntuar, decían: «Me ha decepcionado un montón, era supercutre, y creo que fulanita no tiene ningún gusto, su boda parece un funeral, el funeral de

alguien al que odias... Muchas lentejuelas pero ningún glamour... Es una vergüenza poner servilletas de papel en una boda, y los manteles daban pena... Le pongo un 3».

Luego llegaba el viernes, lo mejor de la semana, cuando podían comprobar en directo la maldad ajena, sabiendo que la que miraba y lloraba de rabia, porque se sentía traicionada y defraudada por la humanidad entera, había sido la más malvada a la hora de puntuar las bodas de las otras tres. «¿Cómo puede ponerme un 5 en el vestido? ¡No se le pone un 5 a un vestido de novia!» (Ella misma le había puesto un 2 a una de sus adversarias, diciendo que los trapos de su cocina eran más elegantes.) Insertaban pitidos para censurar los insultos que escupían a la pantalla en la que veían a sus compañeras destrozar su boda. «¡Será *pii*, menuda *pii*, se puede meter su puntuación por el *pii*!» La novia, estupefacta, solía buscar el apoyo del marido, que pasaba por completo y daba cabezadas en el sofá: «¿Has visto qué *pii*? ¿Cómo puede ponerme esas notas de *pii*?». El marido salía airoso corroborando la injusticia: «Yo te habría puesto un 20, o un 30, cariño». Se daban un morreo y se juraban amor eterno.

Entonces llegaba mi momento preferido, el que esperaba toda la semana y por el que aceptaba escuchar una y otra vez la voz en *off* del desilusionado presentador.

El enfrentamiento final.

Las cuatro novias se reunían en lo alto de la escalinata del castillo en el que acababan de asistir a los comentarios y las puntuaciones de las otras tres malvadas. Esperaban a que llegara una limusina, de la que bajaría uno de los novios (aquel cuya boda hubiera obtenido la mejor puntuación global) para anunciar a su feliz esposa el destino de la luna de miel que habían ganado (¡cuatro bodas y una luna de miel!).

Para matar el rato, podían (más bien estaban obligadas por el programa) despellejarse unas a otras.

Por lo general, la que empezaba ya estaba llorando:

—Véronique, tengo que decirte que tus puntuaciones son una vergüenza, pero cómo disimulabas, no has jugado limpio.

Ésta contestaba:

—Te recuerdo que me pusiste un 3 en el ambiente de mi boda, cuando la tuya fue un tostón, la única diversión era un payaso borracho... Tú sí que no has jugado limpio.

La tercera también quería decirle a la cuarta lo que opinaba de ella:

—¿Se puede saber por qué le has puesto un 7 a mi vestido?

La cuarta jugaba la baza de la sinceridad:

—Porque era feo.

Indignada, la tercera repetía, imitando a la cuarta:

—¡Era feo!

A la cuarta no le gustaba que la imitaran:

—¡Parecías un pavo real!

La tercera se echaba a llorar:

—¡No has jugado limpio!

La expresión «no has jugado limpio» se repetía 2.754 veces todas las tardes entre las cinco y diez y las seis en el primer canal de la televisión francesa (y yo estaba seguro de que eso influía en nuestro comportamiento del resto del día).

Al final, una de las novias, arrastrada de pronto en un torbellino de elegancia y tolerancia, se dirigía a las otras tres como Zaratustra al bajar de la montaña:

—Esto no es más que un juego. Ha sido una bonita semana. Me ha encantado conocerlos. Y aunque me parece que no habéis jugado limpio, me ha gustado la experiencia. ¡Y que gane la mejor!

Las otras tres contestaban con saña:

—¡Que gane la mejor!

El coche llegaba despacito, la cámara filmaba una a una a las novias, y la voz en *off* hablaba por última vez.



Ahora ya no querían ganar, pero se negaban a que su nueva peor enemiga se llevara la luna de miel.

—Si gana fulanita, me va a parecer una *piii*, no ha jugado limpio.

El coche se detenía delante de las novias. Un primer plano mostraba el pie del marido saliendo de la limusina. (Tratábamos de reconocer al novio por el zapato.)

Suspense.

Era él. Del coche salía el marido de la que menos limpio había jugado, con un ramo de rosas en la mano. La novia lloraba. Creía sinceramente que si había ganado la luna de miel era porque su boda era de verdad la más bonita. Las otras tres ponían el peor careto de su vida, pensando que, de haberlo sabido, le habrían puesto un cero en todo en lugar de cuatros y cincos.

La novia elegida leía entonces una tarjetita que le entregaba su esposo, que, de repente, ya no pasaba tanto.

«Acabáis de ganar una magnífica luna de miel en las Maldivas.»

La novia no conocía las Maldivas, sus adversarias tampoco, ni tendrían ocasión de hacerlo.

El torbellino de gracia asaltaba de nuevo a la ganadora, que quería regalarles el ramo a sus adversarias.

Éstas se negaban.

Tenían su dignidad.

Mi hijo se había marchado. No lo admitía del todo, pero mi insomnio había empezado a raíz de su partida. No me gustaba que las cosas fueran tan sencillas. Creía más en los maleficios y en la influencia de los planetas que en ciertas evidencias que ocurren aquí abajo.

No me gustaba que la gente me dijera:

—Es normal que estés cansado, no duermes bien.

Pensaba que estaba cansado por culpa de una enfermedad grave que me carcomía por dentro.

No me gustaba, cuando me dolía la espalda, que la gente me dijera:

—Habrás hecho un mal movimiento.

Nunca pensaba que hiciera malos movimientos, no sabía qué era eso, tenía la impresión de hacer sólo movimientos buenos. No, me dolía la espalda por la enfermedad grave que me carcomía.

Sin embargo, desde que mi hijo fumador se había marchado, ya no dormía bien, me despertaba de noche y esperaba a que amaneciera para acostarme de nuevo.

Al principio, en esos sueños de proximidad lo oía regresar a casa. Nunca se había marchado. Volvía del colegio. Yo me levantaba y comíamos tostadas los dos juntos en la cocina. En la realidad, esas tostadas no habían tardado en convertirse en cigarrillos. Solía robarle uno cuando volvía del instituto y yo llevaba dos días sin salir de casa. A mi hijo le encantaba darme un pitillo. Nos lo fumábamos juntos en la cocina, y yo le hablaba largo rato de lo malo que era el tabaco, de lo mal que había hecho en hacerse fumador y del héroe que sería si lo dejaba, vengando a su padre, demasiado débil y condenado ya.

Mi hijo nunca me interrumpía. Siempre me escuchaba con una sonrisa. Siempre me ha querido. Es el único que nunca ha dejado de quererme. Y de esa ternura nacía a veces en mí el extraño sentimiento de quererme a mí mismo. Sentimiento por desgracia efímero, semejante a un islote perdido en el inmenso océano del desprecio que yo me suscitaba en general.

Después de compartir una tostada en sueños con mi hijo, los despertares eran tristes y crueles. Tristes pues mi hijo no estaba ahí. Cruels pues fumaba un cigarrillo en soledad imaginándolo sentado en la silla vacía.

No, no hablaré solo, no, no y no. No entablaré conversación ninguna con el fantasma de mi hijo en la cocina.

Padre: *¿Te van bien las cosas?*

Hijo: ...

Padre: *Por supuesto que puedes volver cuando quieras... Ésta es tu casa...*

Hijo: ...

Padre: *¿Viajar juntos?... Sí, es una buena idea... ¿Dónde te gustaría que fuéramos?*

Hijo: ...

Padre: *Las Galápagos, vale. ¿Por qué no?*

Eran las dos y media de la tarde. El cielo me parecía desleído y egoísta. Fuera, el mundo se ajetreaba desde hacía tiempo. Los escritores que volvían a acostarse estaban trabajando. Yo dudaba si beberme un whisky.

A las cinco y diez empezaba «Cuatro bodas y una luna de miel».

A las seis y media volvería a acostarme.

Releí las promesas de la víspera; la última: «No tienes más remedio que existir».

Encendí otro cigarrillo y me fui al baño.

Mi hijo se había marchado durante un año. Hacía seis meses que se había ido.

A viajar por el mundo.

Entre los correos publicitarios y promocionales, de vez en cuando me llegaba alguno suyo. Me había escrito desde Praga, desde Zagreb, desde Chisináu, desde Kiev y desde Helsinki. Una larga carta desde la isla de Fårö (motivo: el festival Bergman al que habíamos ido juntos). Desde Malmö. Me había escrito mucho al principio, después cada vez menos y al final ya casi nada. Su último correo era de hacía más de un mes, cuando estaba por Reikiavik, en Islandia. La longitud de sus correos también había disminuido poco a poco, pasando de largas descripciones románticas y espirituales al mínimo de información esencial.

Sentado en estas rocas negras, en lo más alto de los acantilados maltratados, frente a la inmensidad blanca y mortal, comprendo al fin el sentido de mi vida: ¡vivir!

El muchacho tenía dieciocho años, una buena pluma y la impronta de los libros de London que le había regalado al cumplir los quince. Su único correo de hacía un mes era de inspiración más *nouveau roman*, por no decir telegramático:

Estoy en Islandia. Todo bien. He conocido a unos alemanes. Me gusta la cerveza.

Descubría sus correos por la noche, siempre con el mismo pellizco en el corazón al ver su nombre entre los de Amazon y Colchones&Cia. Los releía varias veces. Lo imaginaba por esas carreteras. Entre la multitud en esas

ciudades que yo no conocía. Miraba en internet (me había enseñado a navegar por la red) los paisajes de esas regiones lejanas. Lo incorporaba a él en esos panoramas. Su metro ochenta y cinco recorriendo los polvorientos senderos turcos, probando platos en la casa típica de una hospitalaria pareja rumana en las montañas balcánicas.

De hecho, lo imaginaba exactamente como en uno de esos programas de la tele que eran mi único vínculo con los viajes y los descubrimientos culturales. La realidad era otra, mi hijo se había marchado para ampliar sus horizontes de fiestas y de contactos con el tesoro cultural más misterioso: la mujer.

A todas luces, su última expedición lo había llevado hasta un camping islandés en el que se quedaba encerrado en una tienda bebiendo cerveza con un grupo de alemanas.

## 6

Encargué un libro por Amazon. No uno cualquiera. Encargué uno de mis libros. Un productor de televisión me había llamado para decirme que le interesaba mi última obra (*Hormigón armado*) para hacer de ella una serie.

Se trataba de un libro de relatos ambientados en los años ochenta, en una barriada del extrarradio.

—Una serie de doce episodios de veintiséis minutos.

—¿Por qué no?...

(Dije «por qué no» para no reconocer que me interesaba muchísimo, que estaba sin dinero y sin proyectos.)

—El problema es que no he leído su libro. ¿No tendría algún ejemplar que mandarme?

—¿No lo ha leído?

—No, y mi secretaria no encuentra ninguno en las librerías.

—Pero ¿cómo puede querer adaptarlo para una serie si no lo ha leído?

—Lo que me interesa es el extrarradio... Me han dicho que su libro está bien... y libre de derechos.

—Sí, bueno, me han hecho algunas ofertas.

(Mentira.)

—¿Tiene un ejemplar para enviarme?

—Sí.

(Mentira.)

—Lo leeré, y después podríamos vernos para hablar del tema.

—De acuerdo.

Me pasé la tarde cruzando París de punta a punta y recorriendo los

estantes de varias librerías en busca de mi libro. Preguntaba a los libreros, que introducían datos en los ordenadores.

—¿Cómo ha dicho que era el título?

—*Hormigón armado.*

—¿Y el autor?

Les daba mi nombre.

No lo conocían. Ni el libro ni al autor.

—No lo tenemos.

—¿Piensan recibirlo pronto?

—No está previsto.

De vuelta en casa, entré en la habitación de mi hijo para robarle el ejemplar que le había regalado. Lo encontré fácilmente en su mesilla de noche. Lo leyó cuando se lo di y lo dejó ahí, a mano. Podría haber pensado que no le había gustado lo suficiente como para guardarlo en su biblioteca, entre *Martin Eden* y *Bartleby*. Pero sabía que lo releía a menudo. Estaba orgulloso del trabajo de su padre, y en esas historias pasadas buscaba cómo era la vida de barrio de su futuro padre.

Abrí el libro por la primera página en blanco y me topé con la dedicatoria:

*Para ti, a quien quiero más que a nada en el mundo.  
Este pasado habría sido menos gris*

*de haber sabido que llegarías a mi vida.*

No podía enviarle ese ejemplar al productor. Habría encontrado el homenaje un poco extraño, por no decir inquietante.

Se me ocurrió que podía arrancar la hoja, y pensé en la mejor manera de hacerlo para que no se viera. Arrancarla de un tirón, o delicadamente, milímetro a milímetro, conteniendo el aliento.

Durante un instante me invadió el sentimiento de culpa por enviarle el único ejemplar de mi hijo, amputado de su dedicatoria, pero tenía un plan: recuperar el libro una vez establecido el contacto con el productor y volver a pegar con cuidado la página, que guardaría a buen recaudo en el cajón de mi escritorio.

Opté por la delicadeza, respiré hondo e inicié mi tarea.

Cuando tenía arrancado un tercio de la página dedicada, me imaginé a mi hijo entrando de pronto en la habitación.

Miré a su fantasma de un metro ochenta y cinco sonreír al sorprender *in fraganti* a su padre, sentado en la cama.

—*¡Hola, papá!*

—*Hola.*

—*¿Qué haces?*

—*Nada.*

—*¿Es tu libro?*

—*Sí.*

—*Bueno, ése es el mío.*

*Bajé la cabeza hacia el libro, tontamente.*

—*Ah, sí.*

—*¿Estás arrancando la dedicatoria que me escribiste?*

—*Pues...*

—*¿Ya no lo piensas?*

—*¿El qué?*

—*Lo que me escribiste.*

Miré la dedicatoria. Siempre me parecía que el cabrón sabía exactamente lo que me traía entre manos. No podía saber lo del productor, ni lo del libro agotado, etc., pero sabía que yo no habría arrancado esa página por nada del mundo (salvo por una adaptación de mi libro a una serie de televisión) y que cada día lo quería más. Pero le encantaba reírse de mí.

—*Qué va, es sólo que... Mira, un productor importante quiere hacer una*



serie de este libro, el problema es que no lo ha leído, y ya no se encuentra ningún ejemplar en ningún sitio. Sólo queda el tuyo.

—Entonces ¿querías arrancar la página de la dedicatoria y mandarle mi ejemplar?

—Sí, pero después lo habría recuperado y enseguida habría vuelto a pegar la página.

—¿Con qué?

—Pues, no sé..., ¡con celo!

—¡Me habría dado cuenta!

—Te habría contado la verdad.

—¿Por qué no llamas a tu editor para que te mande uno?

—Porque me pagó un anticipo para el próximo libro, que aún no he escrito... Si lo llamo, se va a acordar.

—Le habrás regalado el libro a otras personas, a amigos... Creo que le mandaste uno a mamá.

—Sí, es verdad, pero no es tan fácil pedirles que me lo devuelvan.

—Cómpralo por Amazon.

Me levanté de un salto para gritar yo solo:

—¡Jamás! ¡Es una traición a la literatura y a las librerías!

Mi hijo imaginario se quedó de pie delante de mí, me sacaba una cabeza y media.

—Lo digo por ti, si quieres que hagan esa serie...

Abandoné mi rebelión.

—Sí, quizá...

—Ese productor es un poco raro.

—¿Por qué?

—¿Cómo puede querer hacer una serie de tu libro sin haberlo leído?

—Lo que le interesa es el extrarradio.

—¡Menudo gilipollas!

—¿Por qué dices eso?

—Porque es otro más que quiere forrarse a costa de las barriadas, pero cuando lea tu libro se llevará un chasco.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado tierno. ¡No sale ningún árabe que quemara coches, y los negros son cultos!

—Igual quiere hacer una serie diferente sobre las barriadas del extrarradio, mostrarlas desde una perspectiva poética, divertida y solidaria.

—¡Más le vale tener buena relación con el canal Arte!

Dejé en la cama al fantasma de mi hijo, su sonrisa y su sabiduría, así como el único ejemplar de mi libro.

Algo más tarde ese mismo día recibí un correo del productor con su dirección para que le enviara el libro.

Me conecté a Amazon para comprar mi propia obra.

No había ninguno en stock. Sólo había disponibles dos ejemplares de segunda mano, supuestamente en excelente estado de conservación, por cincuenta y cuatro euros. El timo me pareció tremendo, supongo que porque yo era a la vez el creador y la víctima del mismo.

Teclé el número de mi tarjeta y pagué.

Me llegó un correo de confirmación con un número de pedido y una estimación bastante amplia del plazo de entrega, entre diez y treinta días.

Poco después de comprar mi libro soñé por primera vez con Amazon.

Mientras dormía profundamente oí llamar a la puerta. Una palabra resonó como el eco del timbre en mi mente dormida: A-ma-zon.

Me levanté de un salto y busqué de prisa mi ropa junto a la cama. Consciente pero adormilado y flojo, encontré con dificultad algo que ponerme.

Grité: «Un momento, por favor... Ya voy...» en dirección a la puerta y al repartidor, al que imaginaba al otro lado.

Una vez vestido, crucé el salón para ir a abrir. «Ya voy, ya voy...»

Abrí la puerta. El rellano estaba desierto. Silencio nocturno. Avancé unos pasos y me incliné sobre la barandilla de la escalera (cuarto piso). Nada.

Entonces volví a mi casa. En el reloj del DVD se leía 03: 58.

No era experto en entregas de Amazon, pero algo me decía que no entregaban paquetes en mitad de la noche.

El mundo se ensañaba, pues, con mi sueño. Siempre podía enviar unos cuantos stop inútiles a los correos publicitarios. Pero ¿qué hacer contra un repartidor de Amazon fantasma?

Despierto, entré en la habitación de mi hijo, que se había largado rumbo al este.

Nos habíamos mudado a esa casa hacía trece años, tras separarme de su madre.

Mi hijo tenía cinco años, y visitamos juntos ese apartamento de dos dormitorios. No era ni muy bonito ni muy grande, sobre todo teniendo en cuenta que veníamos de vivir en una casa con jardín, pero lo tranquilicé:

—Será sólo por un tiempo.

Ese «por un tiempo» significaba: hasta que estemos mejor. Hasta que se nos pasara la tristeza de la separación. Hasta que tuviéramos más dinero. Hasta que volviéramos a instalarnos en la vida.

El hecho de habernos quedado allí al final, de no haber abierto las cajas de la mudanza hasta diez años más tarde (todavía quedan algunas), nos dejó en ese por un tiempo. Y la vida allí tenía siempre un sabor a ya estaremos mejor.

Por ello, cuando tenía unos quince años, mi hijo empezó a desarrollar el deseo de conocer el mundo lejano. Soñaba con el Gran Norte. Con viajes exóticos y salvajes.

O, dicho de manera más sencilla, tenía ganas de largarse.

Yo en aquel entonces lo animaba sin saberlo, al regalarle todo tipo de libros de expediciones y de aventuras, que mi hijo devoraba con ansia. Los héroes de su adolescencia no eran futbolistas ni cantantes, sino esos escritores viajeros, esos fotógrafos bohemios que preferían una vida intensa a llegar a viejos.

De niño, mi hijo no estaba nunca en su habitación, se quedaba jugando

con sus muñequitos en la alfombra del salón. Había ido tomando posesión de los lugares de forma paulatina, y definitiva cuando decidió dejar a su madre para mudarse conmigo.

Ese día recibí una llamada agresiva y desesperada de mi exmujer:

—Qué, ¿estás contento? ¿Ya tienes lo que querías?... Se va... Ea, se va... No quiero volver a veros, ni a él, ni a ti... Bueno, sí, a él lo veré siempre, pero a ti no, a ti nunca más... ¡Y no creas que se va a tu casa porque de verdad lo quiera o porque la vida sea más bonita en tu agujero! ¡Tu apartamento parece la... la cabaña de Dutroux!

Pasé revista a las imágenes del caso Dutroux, pero no recordaba ninguna cabaña, sino más bien sótanos de casas de ladrillo. Pese a todo, comprendía su asociación de ideas, igual podría haber dicho que parecía la furgoneta de Dutroux.

—Dutroux no tenía cabaña.

—¡Cállate! Se va a tu casa por facilidad, sabe que ahí puede fumar, beber y acostarse a las tantas, puesto que tú mismo vives como un vagabundo.

En ese preciso momento llamaron a la puerta. Fui a abrir, con el teléfono pegado a la oreja.

Ahí estaba mi hijo, con su bolsón de lona al hombro.

—¿No tienes tus llaves?

—Me las he dejado en casa de mamá, pero no me apetecía volver por ellas.

—Te haré una copia.

Mi exmujer seguía gritando.

—¿Quién es? ¿Es él? ¿Ha llamado él a la puerta?

—Sí.

Mi hijo se encerró en su cuarto directamente.

—¡Pásamelo! ¡Pásame a mi hijo!

—Está en su cuarto.

—¡Dirás en ese tugurio!

—Te estás pasando. Lo ventilo regularmente cuando él no está.

Cambió de tono. Éste era aún peor:

—¡Oh, qué padrazo! ¡Ventila! Después de haber contaminado a su hijo con esa porquería de cigarrillos, ventila cuando él no está. Siento no vivir ya contigo, te lo suplico, volvamos juntos, vuelve a vivir aquí, vuelve a dejar nuestra casa hecha una pocilga, a tirarte todo el día tumbado en el sofá, donde se supone que escribes mentalmente el libro que publicarás dentro de diez años...

Colgué.

Fui a ver a mi hijo a su cuarto y me lo encontré acostado en la cama leyendo *Walden* mientras fumaba un cigarrillo.

—¿Me das uno?

—Coge los que quieras, papá, el paquete está sobre la mesa.

Encendí un cigarrillo y me senté a su lado en la cama.

—¿Qué quieres comer hoy?

Mi hijo dejó el libro y se volvió hacia mí. Dio una larga calada, pensando en lo que quería para almorzar.

—Pasta.

—Vale.

—¿Hay queso rallado?

—Me parece que está caducado.

—¿Kétchup?

—Creo que sí.

Me terminé el cigarrillo sentado a su lado.

—Voy a poner agua a hervir.

Tras la visita soñada de Amazon, estaba sentado en la cama de mi hijo, en su cuarto. Las cortinas descorridas dejaban entrar la luz artificial de la calle. Tenía ganas de fumar. Era lo que hacía en general en esa habitación. Estaba triste. Echaba de menos a mi hijo y me sentía solo. Los muebles de su cuarto también se me antojaban tristes. Parecían aguardar el regreso de su dueño, y, como animales sin noción del tiempo humano, esperaban un regreso inmediato.

No, no iba a hablar solo, no y no. No iba a decirles a los muebles del cuarto de mi hijo que estaba en una tienda de campaña en Islandia con unas alemanas y que tardaría bastante en volver.

Había un montón de fotos de sus ídolos pegadas en las paredes. Cientos de imágenes arrancadas de revistas y de libros. Páginas de sus novelas preferidas. Algunos de sus dibujos, una especie de cómics en los que salía siempre el mismo personaje: Donald Fuck.

Un chaval con pico de pato que tenía superpoderes en cuanto se metía heroína.

Donald Fuck puesto hasta las cejas salvando a un bebé de un incendio.

Donald Fuck reventado impidiendo que un avión se estrellara.

Al final a los polis de la ciudad no les quedaba más remedio que pasarle caballo a Donald Fuck para que siguiera ayudándolos en su lucha contra la delincuencia organizada.

Los cómics terminaban siempre con una viñeta en la que ponía «¡Joder, menudo ciego llevo!» sobre la cabeza de Donald Fuck tirado en la acera con su capa.

Todas esas imágenes mal pegadas con celo, torcidas y arrugadas formaban no obstante una suerte de templo de la creación y la inspiración.

Pensé en su cuarto en casa de su madre, con otras imágenes en las paredes, seguramente limpias y enmarcadas.

Ella le ordenaba la habitación, mientras que yo sólo me atrevía a entrar cuando estaba sin tabaco.

¡Qué cosa más rara tener dos habitaciones! De pronto eso me pareció de lo más extraño. Veía en ello el inicio de la esquizofrenia, un principio de bipolaridad. Sentía ganas de hablarlo con mi exmujer. Seguro que ella tenía alguna opinión al respecto. Fuera cual fuera la cuestión, siempre parecía que ya se hubiera parado a pensarlo y que buscara en un clasificador dentro de su cabeza la ficha correspondiente al tema, y, para que su interlocutor no se impacientara, mascullaba una serie de:

—Mmm... mmm... mmm...

No podía llamar a mi ex a las cuatro de la mañana; ya a las cuatro de la tarde era capaz de mandarme a paseo. Aunque nuestra relación había mejorado desde que mi hijo había elegido mi casa como hogar principal, aún se permitía mostrarme a las claras su mal humor. Era su revancha. Guardiana de nuestra relación, era ella quien decidía el momento de nuestras conversaciones, su ligereza o su tensión. Yo ya no podía empeorar más, era a la vez su mayor decepción y el padre de su hijo, al que quería más que a nada en el mundo, sin comprenderlo siempre del todo, las cosas como son. Yo estaba triste, y mi mujer sabía de tristeza. Debía de echar muchísimo de menos a su hijo. El recuerdo de una llamada que me había hecho una vez pasada la medianoche para compartir conmigo su desasosiego me animó a marcar su número.

Descolgó enseguida con la voz clara, como si fueran las dos de la tarde.

—¿Diga?

—Soy yo.

—¿Cómo estás?



—Bien... Bueno, regular... Siento llamarte en plena noche, pensaba dejarte un mensaje.

—Pues ya ves que no estoy durmiendo.

—¿Y qué haces?

—No es asunto tuyo.

—Vale.

—Estoy trabajando... Intercambiando correos con unos compradores japoneses de VoGreen.

Hacía unos años que mi exmujer se había dejado embarcar por una amiga en una historia de importación de vodka aromatizado al té negro procedente de Bali. VoGreen: ponerse ciego sin descuidar la salud. Todos probamos esa porquería que, además de provocarte una migraña que te duraba dos semanas, tenía efectos secundarios sobre la vista y el equilibrio.

—Echo de menos a nuestro hijo.

—Ya me imagino.

—¿Tú no?

—Ya no vive aquí, así que para mí es como si estuviera en tu casa.

Yo sabía que mentía. Quería insistirle hasta que me reconociera que lo estaba pasando mal (lo cual, en general, me consolaba a mí un poco).

—¿Y si le pasa algo?

—Mmm..., mmm..., mmm... Tenemos el itinerario de su viaje.

—Pero no es más que un itinerario, unos cuantos nombres de ciudades en una hoja de papel, basta con que se desvíe un poco a la izquierda o a la derecha para que lo perdamos.

Se quedó callada un rato.

—¿Sigues ahí?

La oí resoplar al otro lado de la línea.

—¿Sigues ahí?

Y, con una voz que desgarró la noche, mi exmujer se puso a gritar:

—¿Por qué le hemos dejado irse? Es culpa tuya, tú le metiste esos viajes

en la cabeza... Todos esos libros de Kerouac, de Conrad, de Melville... Es un niño de ciudad acostumbrado a merendar a las cinco...

—¡Se te está yendo la olla!

—... que quiere que su ropa huelga a limpio y dormirse bien calentito viendo *Friends*...

—¡Seguro que no estabas intercambiando correos en mitad de la noche!

—¡Tú lo has mandado allí como a la *yihad*!

—Eres una neurótica y una exagerada.

—Seguramente estarías orgulloso de él si se convirtiera en terrorista.

Colgué.

Ella volvió a llamar enseguida.

—¿Sí?

Su voz sonaba tranquila.

—Siento lo que he dicho.

—No pasa nada.

—Sé que no quieres que se convierta en un terrorista.

—Pues no, más bien no.

—Es verdad que no me estaba escribiendo con los japoneses, aunque sí que están muy interesados por VoGreen, en lo que tú nunca has creído...

—Es una especie de veneno.

—Le estaba escribiendo un correo a él.

—¿Y qué le decías?

—No es asunto tuyo.

—¿Él te escribe a ti?

—Pues claro, todo el tiempo.

—¿Cuánto es eso?

—Mmm..., mmm..., mmm... Tres veces por semana.

Era mucho más que a mí.

—Qué suerte.

—No te lo tomes así... Tú eres escritor, estoy segura de que se esfuerza

más cuando te escribe a ti, no quiere que sus cartas te defrauden.

Seguramente tenía razón, y, aunque no fuera así, me parecía un detalle por su parte decirlo.

Aproveché para cambiar de tema:

—Hablando de escribir, estoy buscando un ejemplar de mi último libro... Un productor quiere hacer de él una serie, pero no lo ha leído y me pide que se lo envíe... ¿Podrías darme tu ejemplar? Te conseguiré otro pronto.

—Nunca me lo diste.

—¿Ah, no?

—Dijiste que lo harías, pero no lo recibí.

—Perdona.

—Así que lo compré.

—Ah, ¿y podrías prestarme el que compraste?

—¡Menudo morro tienes!... De todas maneras, tu hijo se lo ha llevado de viaje con él.

Miré el ejemplar que le había regalado yo y que estaba en su mesilla de noche.

—¿Por qué no se llevó el suyo?

—Pensaba que igual podrías necesitarlo tú.

Encendí un cigarrillo.

—¿Qué es ese ruido?

Di una calada.

—Mi mechero.

—¿Fumas?

—Sí... ¡desde hace veinticinco años!

—¡No me digas que estás en su cuarto!

—No.

Levanté la cabeza, como si me hubieran pillado *in fraganti*.

—Estoy segura de que estás en su cuarto, reconozco el eco de las voces... Eres un ser egoísta y asqueroso, incluso cuando nuestro hijo no está, sigues

contaminando su espacio, vas a su cuarto a apostar a fumarte los cigarrillos que él no se fuma, para mantener el aire viciado.

—¡Tienes que curarte ese odio a los fumadores!

—Le deseo a tu cara el mal que le haces a sus pulmones... Y, además, ¿cómo puede un productor querer hacer una serie de un libro que no ha leído?

Colgó.

Aun así dije:

—Lo que le interesa es el extrarradio.

Un mes más tarde, Amazon seguía sin haberme enviado el libro. Husmeando en la aplicación, encontré la pestaña *seguimiento del pedido*. Era un gráfico que representaba el recorrido del paquete, con el punto de partida, el trayecto, la llegada y una flecha digital que se coloreaba de verde en función del progreso.

Mi paquete se había quedado bloqueado en el punto de partida.

Escribí a Amazon:

Hola, encargué el libro *Hormigón armado* y todavía no lo he recibido.  
Gracias.

Unos días más tarde, Amazon me contestó:

Hola:

Estamos procesando tu pedido n.º 7774589098.

Si necesitas más información o ayuda acerca de tu pedido, te sugerimos que contactes con nuestro Servicio de atención al cliente.

Esperamos volver a verte pronto.

Amazon.fr

Decidí llamar a mi editor para pedirle que me enviara un ejemplar. Pensaba centrarme en la serie (el tema de los derechos de autor lo calmaría un poco) y mostrarme muy evasivo sobre mi próxima novela (trabajo minucioso, tema ingente que tratar...). Por desgracia, me sabía de memoria esas falsas promesas. Era más brillante en expresión oral que escrita. Y, cuanto más le hablaba de mi próximo libro, más exageraba su grosor, su rareza literaria, su estilo radicalmente nuevo y su poderoso potencial comercial. Y al final, no hacía más que prepararnos, a él y a mí, para una inmensa decepción.

Cuanto más hablaba de mi futuro libro, menos lo escribía.

Apreciaba infinitamente a mi editor, seguía publicando mis libros aunque no se vendieran, pero sobre todo era un hombre valiente y respetado, y, al evocar su nombre, algo de su grandeza repercutía en mí.

Tras intercambiar las frases de cortesía de costumbre (¿Qué tal los niños? ¿Y el amor? ¿Y la edición? ¿Y la vida en general?), fui al grano:

—Un productor quiere hacer una serie sobre *Hormigón armado*.

—Fantástico.

—Pero no ha leído el libro, y a mí no me quedan ejemplares, por lo que quisiera que me enviases uno para que pueda mandárselo al productor.

Mientras hablaba conmigo, mi editor hacía otra cosa al mismo tiempo. Lo oía tomar decisiones acerca de la publicación de otro libro de la editorial.

—No, la portada es demasiado oscura, hay que aclararla...

Yo esperaba.

—Perdona, ¿qué me decías?

—Que el productor no ha leído el libro.

—Entonces ¿cómo puede querer hacer una serie?

—Lo que le interesa es el extrarradio.

—¿No encuentras demasiado magenta el Cromalín?

—¿Cómo?

—Perdona, estoy hablando con mi secretaria, estamos a punto de sacar el nuevo libro de Pierre Lamberti, nos jugamos mucho, ha cambiado radicalmente de estilo, y queremos atraer a nuevos lectores sin asustar a su público habitual.

Pierre Lamberti sacaba un libro al año. Una especie de Big Mac literario. Y, cada año, anunciaban su nuevo estilo, que en realidad no era sino una loncha más de queso en la hamburguesa.

Sus novelas, que mezclaban *thriller* y amor, contaban la historia de una mujer que desaparecía justo cuando conocía a un hombre, o a la mañana siguiente de su primera noche de amor, o la víspera de su boda, o cuando

estaba embarazada. El hombre abandonado se ponía entonces a buscarla por todas partes y descubría en el pasado de la joven zonas oscuras, terribles y sobrecogedoras. O bien había matado a su padre, que la había violado, pero éste resurgía y ella desaparecía para matarlo de nuevo; o bien era una especie de fantasma inmortal, que vagaba por la Tierra como por el infierno, prohibiéndose enamorarse para no perder de nuevo otro amor; o bien estaba al corriente de historias ultrasecretas y el gobierno la perseguía sin tregua y ella se pasaba la vida cambiando de identidad y de horizontes.

En general, el hombre rehacía su vida (en el primer tercio del libro, título: DIEZ AÑOS MÁS TARDE), y la mujer volvía a aparecer, con otra apariencia (color de pelo, lentillas, ropa), pero era ella, la mujer a la que el hombre nunca había olvidado.

Ella le confesaba su secreto, y el libro terminaba con un no-final en el que los amantes nunca vivirían su amor, pero sus caminos volverían a cruzarse en el futuro.

Todo ese mejunje, con una actualidad borrosa como telón de fondo (terrorismo, amenaza nuclear, colapso ecológico...), estaba ambientado en países exóticos poblados por indígenas cuyas descripciones suscitaban cada vez el deseo de denunciar al autor por xenofobia.

Esos libros se parecían al Tour de Francia, en el que no importan tanto los ciclistas dopados como los pueblos que atraviesan y las tonterías simplistas del comentarista.

—Esta vez Lamberti deja a un lado a su personaje femenino de costumbre.

—¿Y por qué lo sustituye?

—Por una transexual.

—...

—Transcurre en Brasil, en plena guerra civil. Su padre era un nazi refugiado en Sudamérica, y, como no quiere parecerse a ese monstruo, se cambia de sexo... El problema es que se enamora de una joven europea.

—¡Toma ya!

—Pero tiene un final de verdad.

—¿Cuál?

—Vuelve a ser un hombre.

—¡Me alegro por ella!

—¿Estás siendo cínico?

—No, no, cínico no, muy sincero... Pero me pregunto cuál es la moraleja, ¿no hay que ser transexual? ¿Está mal?

—No, ¡la moraleja es que no se puede huir del propio pasado!

—Pero no es obligatorio cambiar de sexo para no parecerse a tu padre nazi, ¿no?

—Bueno, y ¿qué era lo que querías?

—Un ejemplar de mi último libro para mandárselo a un productor.

—¿El que no se ha leído?

—Sí.

—Espera un momento... —(A otra persona)—: El título tiene que ser más grande, «Ella es él» en más grande, así... —(A mí)—: A propósito de no huir del propio pasado, ¿cómo vas con tu próxima novela?

—Lejos, lejos.

—¿Quieres decir que estás lejos de escribirla?

—No, que voy ya lejos en la novela.

—No sé hasta dónde piensas llegar, pero haciendo una comparación años-luz, si miro el momento en que te pagué el anticipo y el momento en que supuestamente empezaste a escribirla, ¡ya deberías estar cerca de Júpiter!

—Ja ja. —(Risita falsa).

—¿De qué trata?

Le saqué mi tema habitual, el que cada autor debe tener en su caso. Era una idea que se me había ocurrido y nunca había conseguido escribir.

—Es la historia de un empresario corrupto que compra un terreno para construir en él una urbanización de chalés horrorosos a la entrada de un bosque precioso en el sudeste de Francia. Cuando empiezan las obras,



descubren unas ruinas antiguas. Los restos de una ciudad romana. Al principio intenta ocultar el hallazgo a la ciudad, a la gente y a sí mismo, pero una noche recibe la visita de Plinio el Viejo, que lo convence de que lo acompañe a las excavaciones. Plinio le habla largo y tendido de estoicismo, de las obras de Juba II de Mauritania, de Homero y de Cicerón. Impresionado, el empresario renuncia a su proyecto urbanístico, pero le arranca la promesa a Plinio el Viejo de que lo visitará una noche más. Plinio acepta el trato. Cuando vuelve, el empresario consigue capturarlo y lo encierra en uno de los sótanos de la ciudad romana. Las excavaciones se convierten al final en un parque de atracciones, y Plinio el Viejo, en un preso famoso al que la gente va a ver a través de los barrotes de su celda, bebiendo refrescos y comiendo patatas fritas.

—...

—¿Sigues ahí?

—No sé qué decirte.

Lo entendía, yo tampoco me decía nada a mí mismo.

—¿Tienes ya un título?

—*El plan de Plinio.*

—...

—¿Sigues ahí?

—Mira, no acostumbro a decir estas cosas, mi papel es mostrarme entusiasta y alentador con los autores, pero no puedo ocultarte que no me apetece lo más mínimo leer ese libro que aún no has escrito.

—Vale, pero te habrá pasado con frecuencia que libros que te apetecía mucho leer te decepcionen, ¿verdad?

—A veces ocurre.

—Pues imagina lo contrario.

—Pero el tuyo me deprime ya de entrada, me aburre antes de empezarlo.

—Mi libro será muy divertido... Te anuncio que es una comedia.

—¿Con Plinio el Viejo?

—Exactamente.

—Bueno, mira, tú escribe, y ya se verá.

—¿Y lo de mi libro para mandárselo al productor?

—Le voy a pedir a mi secretaria que se encargue ella, te llamará.

—Vale.

—La tirada del libro será de 150.000 ejemplares.

—¿En serio?

—Perdona, no hablaba contigo, estamos con el de Lamberti... Hasta pronto.

Lejos de recibir visitas de Plinio el Viejo, de noche me levantaba regularmente a abrirle la puerta al repartidor fantasma de Amazon. Después de fumarme un cigarrillo en la cocina y de apuntar en mi cuaderno unas cuantas promesas definitivas para el día siguiente, volvía a acostarme, no sin antes consultar el móvil por si me había escrito mi hijo.

Esa noche recibí un correo de mi operador de telefonía, que borré automáticamente sin leerlo (era mi acto de rebeldía contra su insistencia y su indiferencia a los stop que les enviaba).

En ese mismo instante me llegó otro mensaje.

Era de Paul Blanchot.

Ese nombre no me dijo nada de primeras. Levanté la cabeza y busqué en la oscuridad una pista sobre el hombre. No encontré ninguna. Pero estaba acostumbrado a que me fallara la memoria, a menudo no recordaba a ciertas personas, y seguramente en todo este tiempo ya habría ofendido al equivalente de un pueblo francés de tamaño medio.

En un momento de mi adolescencia había llegado incluso a padecer un mal extraño y angustioso: no me reconocía en los espejos.

Al ver mi reflejo, me sobresaltaba, gritando:

—¿Quién eres?... ¡Ése no eres tú!

Considero importante precisar que en esa época me drogaba.

Leí el correo:

Querido amigo:

Soy yo, Paul Blanchot, quien te escribe. Gracias de todo corazón por

escucharme y por estar hay. Espero que estés bien. Perdona las molestias de este correo, pero quisiera que me hagas un gran favor. Por favor. Estoy ahora en Africa, en concretamente Costa de Marfil, me ha traído hasta aquí un asunto bastante urgente. Por desgracia para mí, hace poco me atracaron a la salida de un bar, estando en compañía de Cécilia, una colaboradora con la que he venido para este proyecto. Nos quitaron todo lo que llevábamos encima, dinero, móvil, etc. Ella recibió varias puñaladas, y yo acabé herido, pero lo más grave es que los medicos se niegan a atendernos porque no tenemos dinero para pagarles.

Necesito que me ayudes con una transferencia de 1.850 € para que podamos recibir ayuda médica de verdad, pagar las facturas del hotel y salir rapidamente de esta terrible situación.

Sé que es una cantidad importante, pero no tengo eleccion. Te la devolvete a mi regreso.

Tendrías que hacer el envio a traves de Western Union, a mi nombre y como sigue:

Apellido: Blanchot

Nombre: Paul

País: Costa de Marfil

Ciudad: Abiyán

Dirección: 29 RP 788

Te agradezco de todo corazon tu ayuda.

Tu amigo,

Paul.

Volví a leer el correo, esta vez más deprisa.

Estaba mal redactado y lleno de faltas, pero, dadas las circunstancias, deduje que lo había redactado herido y con urgencia.

Al dejar el teléfono para dar unos pasos por la habitación, me percaté de que se me había acelerado el corazón. Recibir ese correo de África, de ese amigo al que no recordaba, me hizo pensar en mi hijo, también en el extranjero, pero que no me escribía.

Le envié un correo:

Hijo:

Espero que estés bien y que te cuides.

Escribe un poco a tu padre para que pueda saber de ti.  
Te echo de menos.

Volví a abrir el correo de Paul Blanchot para releerlo en diagonal. Costa de Marfil. Cécilia. Atraco con navaja. 1.850 €. Western Union.

El nombre de mi hijo apareció en la pantalla, me contestó inmediatamente.

Hola, papá.

Me va bien. Estoy en la isla de Skye, en el norte de Escocia. He conocido a unas danesas lesbianas.

Estamos visitando destilerías de whisky. ¡¡¡ME ENCANTA!!!

Yo también te echo de menos.

Me tumbé en la cama, mi corazón había recuperado su ritmo normal. Me imaginé a mi hijo y a las lesbianas en uno de esos caminos de landas bordeados de brezos y de helechos silvestres, comunicándose con esas danesas en su inglés limitado, capaz de demostrar sentido del humor en otra lengua (el colmo de la inteligencia). ¡Cómo debían de adorarlo! Qué suerte estar con ese chico alto, encantador y misterioso.

La gracia nunca lo había abandonado.

Seguí tratando de acordarme de Paul Blanchot. Empecé pasando revista a varias clases de primaria de mi infancia. El patio de recreo de mi instituto. Amigos de mi exmujer. Algunos conocidos del mundo de la literatura (eran pocos, no me llevó mucho tiempo). Y luego mi mente se perdió por otros derroteros y volvió a la conversación telefónica que había mantenido con mi exmujer a propósito de mi último libro.

No me había dicho qué le había parecido.

Yo no se lo había preguntado.

Y me quedé dormido sin respuesta, con el teléfono en la mano.

Al día siguiente al despertarme, todo el lado izquierdo de mi cuerpo vibraba de manera discontinua pero regular. Enseguida pensé que me estaba dando un ictus. Me incorporé de un salto y sacudí el brazo. Mi móvil, que no había soltado desde la víspera, se estrelló contra la pared.

Siguió vibrando en el suelo.

El ictus lo tenía mi móvil.

Me levanté para contestar.

—¿Diga?

—¡Sí! Hola, soy Nathalie, la secretaria de Marc Perez, su editor.

—Hola.

—Le llamo por lo de su libro, *Hormigón armado*.

—Sí.

—Nos ha pedido un ejemplar.

—Sí, para un productor que quiere hacer una serie.

—¡No nos queda ninguno!

—Ah... ¿Y eso por qué?

—El mes pasado procedimos a la destrucción de stocks.

Como habría hecho el 99,9 % de la gente, repetí la expresión:

—¿Destrucción de stocks?

—Sí, lo siento, ocurre a veces.

—Gracias.

—Quizá queden ejemplares en alguna librería.

—Sí, gracias.

—O puede intentar encontrarlo en Amazon.

—Vale, gracias.

—A mí personalmente me gustó mucho su libro.

—Gracias.

—Era muy tierno.

(Ese imperfecto hizo hincapié en el hecho de que había sido destruido.)

—Gracias.

Hubo un silencio, y luego la oí teclear mientras me hablaba.

—Y usted personalmente ¿no tiene el ejemplar que leyó?

—No. Lo leí aquí. Debió de destruirse también.

Seguía tecleando, y entonces sonó un teléfono.

—Lo siento.

—Gracias.

En la cocina anoté en mi cuaderno una promesa inédita: «Evitar ser destruido».

Esa palabra me daba escalofríos, y me extrañaba que no se utilizara más a menudo: «Anda y que te destruyan... Destruyete... Que destruyan a tu madre».

Después consulté mi correo electrónico. Me habían llegado cuatro mensajes nuevos: Ikea, la programación televisiva, Amazon (para proponerme una mayor rapidez en la entrega de mis productos) y otro de Paul Blanchot.

Borré los otros tres a la velocidad del rayo y abrí el de Paul.

Era exactamente idéntico al que había recibido por la noche.

Volví a leerlo entero.

El hecho de estar más fresco al despertarme no me aportó ninguna pista adicional. Paul Blanchot seguía en una casilla de mi cerebro a la que no tenía acceso (a escala cartográfica, esas casillas vírgenes representan los mares y los océanos de la Tierra vistos desde el espacio).

Decidí contestar:

Hola, Paul:

Siento tu mala racha.

Me gustaría ayudarte, pero no dispongo de esa cantidad (lo cual era verdad).

Además, tu nombre no me dice gran cosa. Seguramente la culpa es mía, tengo graves problemas de memoria y de concentración (lo cual también era absolutamente cierto).

Si pudieras darme más datos, eso me aclararía un poco las cosas y tal vez podría ayudarte en la medida de mis posibilidades.

Mucho ánimo.

Fui a fumar al cuarto de baño. Me gustaba llevarme allí mi cuaderno, mi taza de café, unos periódicos, mi móvil y todo lo que pillaba de camino.

Cómodamente instalado con una revista de mobiliario de oficina del año 2014 en el regazo, el café humeante sobre el pequeño lavabo, a la altura de la cara, me disponía a pasar un buen rato, quizá el mejor del día.

Sonó el teléfono, era mi exmujer.

No me decidía a contestar, no era ni el lugar ni el momento, pero ella tenía el poder, incluso a distancia, de decidir el escenario de nuestra relación.

—¿Sí?

—¿Tienes noticias?

—¿De quién?

—¿De quién va a ser? ¡De tu hijo!

—Sí, me escribió anoche, bueno, de madrugada.

—¡Pues qué suerte!

—Hasta ahora, la suertuda eras tú.

—Le he escrito cinco correos sin obtener respuesta.

—¡Es que lo asfixias!

—Para nada, sólo le pido que me dé noticias tuyas...

—¿Y...?

—¡Nada!

—¿Y...?



—¡Y nada!... No es ningún drama que le diga que se abrigue en esos países nórdicos, ni que tenga cuidado con esas carreteras, que suelen ser lagos helados que se resquebrajan sin avisar... ¿O es que acaso quieres que se caiga al agua, un agua que estará a cincuenta bajo cero, y se quede atrapado en el hielo?

—En absoluto.

—¡Pues ya está!

—¡Pero no creo que esté tan al norte! Son más o menos las mismas temperaturas que en París o en... Roubaix.

—¿Qué te contaba?

—Nada... Que estaba en Escocia.

—¿Y qué hace allí?

—No lo sé, me ha mandado un correo muy corto en respuesta al mío.

—¡Algo hará! ¡No se quedará todo el día encerrado en la tienda de campaña!

No quería hablarle de los encuentros femeninos, multiculturales y lésbicos de nuestro hijo.

—Visita islas e iglesias.

No contestó, la oía andar por la casa y me la imaginaba con su viejo chándal gris y una cinta elástica en el pelo, limpiando y ordenándolo todo, como le daba por hacer cada vez que se angustiaba por algo.

—Quería preguntarte una cosa...

—Dime.

—¿Qué te pareció mi libro?

Adiviné que había dejado de andar.

—¡Ja ja! ¡Estaba segura de que te comerías la cabeza!

—¿De verdad?

—Hasta me sorprendió que la otra noche no volvieras a llamarme enseguida para saber mi opinión.

—No quería molestarte, y me habías colgado.

—Pensé que ya no te importaba mi opinión... Antes me leías tus textos conforme los ibas escribiendo, o casi... Eso me gustaba.

Tras nuestra separación, mi exmujer no había tardado en rehacer su vida con otro hombre, Francis Miller, el padre de uno de los compañeros de colegio de nuestro hijo. Éste era amigo del hijo de Francis. Solía cruzármelo con frecuencia cuando aún vivía con mi mujer. En el colegio, naturalmente, pero también en algún cumpleaños los fines de semana, y hasta habíamos invitado a Francis a quedarse a cenar después de que nuestros hijos pasaran el día juntos.

No me gustaba ya entonces, y menos después, y definitivamente nada en absoluto cuando me citó un día para hablarme de mis libros y de mi forma de escribir, vulgar e irresponsable.

—Tienes más talento que el que demuestras, a veces eres brillante incluso, pero te refugias en esa vulgaridad, como la mayoría de los escritores de tu generación, de hecho. Piensa un poco antes de escribir, ten en mente que tu hijo se lee tus libros como si fueran palabra de Dios.

Gilipollas, capullo, pringado. El muy hijo de puta no sólo se había atrevido a hablarme de mi trabajo, sino que para colmo se las había arreglado para influir en mi escritura, que ahora controlaba para demostrarle la delicadeza de mi estilo.

La separación me sumió en una tristeza perpleja y desconocida. Enterarme de la rapidez con la que mi mujer había rehecho su vida avivó el fuego de mi desesperación. Saber que Francis Miller era mi sustituto calcinó mi deseo de reconquistarla.

Seguía viéndolo a la salida del colegio y en mi antigua casa (a la que se había mudado y que había reformado para «sentirse a gusto»). Para colmo de males, Francis Miller era un padre perfecto. O al menos tenía esa fama. Era un pez gordo del apa. El único hombre de la asociación. Y más de una vez

me había burlado de él sin ningún tacto al oído de mi mujer cuando, hace años, lo veíamos repartir octavillas.

—¡Qué tío más ridículo!

—¿Por qué? ¿Porque reparte octavillas?

—No sé, me resulta raro... ¡A estas horas debería estar currando!

—¡Pues tú tampoco estás currando!

—Yo curro continuamente, soy escritor... ¡Mis libros no los escribo sólo cuando estoy sentado a mi mesa, bolígrafo en mano, ante la página en blanco!

(Era mi argumento principal para justificar que en realidad pasaba muy poco tiempo escribiendo. Argumento bastante sólido, siempre y cuando acabara escribiendo dichos libros.)

Entonces pensaba que mi mujer defendía a Francis Miller por un deseo soberano de igualdad entre hombres y mujeres.

Abandonado y sustituido, esperaba a mi hijo yo solo y seguía viendo a Francis Miller pavonearse, hablar con unos y otros, preparar los siguientes viajes escolares y desvivirse para que su hijo creciera en la mejor sociedad posible.

Yo en cambio no había establecido ningún vínculo. A la conserje del colegio le seguía costando mucho reconocermelo e identificarme con uno de los niños. Y, al cabo de cinco años, seguía preguntándole a mi hijo si yo era de verdad su padre.

Cuando salía del colegio, me las apañaba para atraparlo (entre los cientos de otros críos asilvados y de sus padres) y largarnos lo más deprisa posible, para así no tener que cruzarme con «don Perfecto, el pez gordo del apa que se acostaba con mi mujer en una supercama nueva con un colchón de la hostia orientado al norte y no al oeste para respetar el *feng shui*.» Mi hijo, que ya entonces era genial y superior a todos, no tardó en entender mi maniobra, y él mismo se precipitaba hacia mí para aferrarme la mano y preguntarme con espanto:

—¿Está aquí?

—¡A la izquierda!

Corríamos en dirección contraria, como malhechores huyendo de las autoridades.

En casa, en mi angosta cocina, sentado bajo la bombilla de cien vatios y frente a Jack Daniel's, amigo comprensivo y poco exigente, me maltrataba las pupilas y el hígado llenando varios cuadernos de miles de páginas con insultos y comentarios de odio sobre mi exmujer y Francis Miller. Pero, cuando en el colegio éste se acercaba para entregarme una de sus octavillas de la APAEPAR (Asociación de Padres de Alumnos de la Escuela Primaria Arthur Rimbaud), le daba las gracias y le prometía que votaría a nuestros próximos representantes.

Los dos chicos (mi hijo y el de Miller) no tardaron en odiarse. De mejores amigos pasaron a ser enemigos intergalácticos. Miller hijo era un llorica, alérgico a todo, envidioso, feo y con gafas (¡su padre se las había elegido con montura de carey de color rojo! ¡Qué poco *feng shui*!). Y tenía una única pasión en la vida: el fútbol, y en particular Messi. Mi hijo no lloraba, se quejaba aún menos (como su padre), podía comer cualquier cosa, no le costaba compartir sus juguetes, le dolía la cara de ser tan guapo y tenía una vista de lince. No entendía nada de fútbol ni el fuera de juego, le caía mal Messi y prefería el boxeo inglés, el tenis y la elegancia absoluta de Roger Federer.

En aquella época, mi mujer me llamó un día presa del pánico:

—Tu hijo le ha pegado a Louis (Miller hijo).

—¿Y?

—Es terrible, con la violencia no se arregla nada.

Otra frase más del imbécil del padre, pensé.

—Y que sepas que Louis ha sangrado.

—Tampoco será para tanto.

—¡Ya, claro!... Te paso a tu hijo, ¡no le voy a regañar sólo yo!... ¡Habla con tu padre!

—¡Dime, papá!

—¿Le has metido caña?

—Sí.

—¿Cómo?

—Un gancho con la izquierda.

—¿Has movido bien el brazo?

—¿Tú qué crees?

—Bien... No olvides anclar bien en las piernas... Bueno, y ahora haz como si te estuviera echando la bronca.

Cambio de voz de mi hijo:

—Vale, papá... Lo sé... Lo siento... No lo volveré a hacer...

—Te quiero.

Su relación no aguantó.

Como cada parte defendía a su hijo, la casa se convirtió en dos AMPA rivales en junta extraordinaria permanente.

Me enteré de su desintegración por mi hijo. Tampoco me alegró tanto. Ya había pasado página más o menos. Y llenar mis cuadernos de insultos y de pensamientos vengativos me permitía no escribir el libro sobre el regreso de Plinio el Viejo al mundo de los vivos.

Seguía al teléfono con mi exmujer:

—Bueno, entonces ¿qué te ha parecido mi libro?

—Me ha gustado, es tierno, como tú a veces...

Ella también hablaba con ternura:

—Ese extrarradio que narras es una forma de resistencia con respecto al que siempre se describe y que la gente no conoce... Aunque el tuyo sea el de tu infancia, hablas de verdad de la gente, de las personas que viven allí, que se enamoran, que se hacen reír unas a otras, que se esperan por la noche... Es el extrarradio convertido en un gueto avergonzado, una ciudad que se

esconde, con sus propias reglas, su violencia, claro, pero también su poesía, su lenguaje, sus sueños...

Me sentía feliz en mi trono, escuchándola hablarme de mi libro que había sido destruido.

—Es un libro sobre el declive... El declive de esas barriadas, naturalmente, pero sobre todo el declive de lo que las rodea, el declive de la solidaridad, de la fraternidad... Las metrópolis crecen, el gran París, el gran Lion, el metro y los tranvías llegan más lejos, pero se sigue desdeñando a esos barrios y a sus habitantes para sacar provecho de sus propios asuntos, los políticos, los medios de comunicación, cada cual tiene su propio plan, su plan de elecciones, de reunión, de ventas... Rechazan ver la esperanza que representa esa juventud, pues es un compromiso a largo plazo. Por no hablar del individualismo creciente, el tiempo de la acción también ha cambiado: ahora cada cual actúa por su cuenta y de prisa.

Encendí otro cigarrillo.

Mi mujer interrumpió su comentario:

—¿Qué es ese ruido?

—Mi mechero.

—¡No puede ser! ¿Otra vez estás fumando en su habitación?

—En absoluto.

—¡Reconozco el eco!

—Es porque... estoy en el baño.

—¡Estás en el baño! Llevo todo este rato hablándote de tu libro, y tú, mientras, ¡defecando!

—No, no... Ya... ¡Ya había terminado cuando me has llamado!

—¡Eres abyecto! Eres exactamente ese individuo egoísta e insensible al que me refería antes...

—¿Porque hago mis necesidades biológicas?

—¡Podías contestarme después! ¡O llamarme más tarde!

Cuando lo dijo, me pareció obvio.

—Gracias por lo que has dicho sobre mi libro, es muy importante para mí.

—Tu libro no eres tú, tu libro es bello, pero tú eres asqueroso, y, cuando lo lea, ¡ese productor nunca querrá basarse en él para una serie!

—¿Por qué?

—¡Por todos los motivos que hacen que tu libro sea bello!

Colgó.

La revista se me había quedado pegada a los muslos, yo mismo me había quedado pegado a la taza, y mi café se había quedado helado.

El milagro ocurrió un poco más tarde ese mismo día.

Tras leer en mi cuaderno el propósito siguiente: hacer deporte (este cuerpo es el único que tienes y tendrás), me esforzaba por completar una serie de flexiones mientras veía «Cuatro bodas y una luna de miel». Tenía la sensación de que con cada una de las flexiones estaba un poco más cerca de la muerte o, en el mejor de los casos, de una deformación definitiva de la columna vertebral.

Estaba, pues, perfectamente despierto, y en movimiento incluso, cuando llamaron a la puerta.

Me incorporé y crucé la habitación para ir a abrir.

Ahí me encontré con un joven repartidor de Amazon, un chico alto y guapetón, sonriente, vestido con un mono marrón y una gorra a juego.

Me tendía mi paquete, mi porvenir.

—¿Es para usted?

Le devolví la sonrisa a mi fantasma, materializado en ese joven que no podía entender el alcance espiritual de lo que estaba en juego en ese rellano. Era a la vez un ángel, un salvador y Plinio el Viejo.

Cogí el paquete y le di las gracias.

—Tiene que firmar aquí.

Me enseñaba una especie de aparato con una pantalla táctil.

—Firme con el dedo.

Fantasma último modelo, ángel digital.

Intenté firmar, pero la pantalla era demasiado pequeña, mi dedo, demasiado grueso, y mi firma, demasiado larga.



—No me sale bien.

—No pasa nada, es sólo una marca.

Garabateé la primera parte de mi firma, preguntándome de qué serviría si no era la de verdad.

Dejé el paquete sobre la mesa y olvidé las flexiones para ver el final de «Cuatro bodas y una luna de miel».

La novia del día, Jessica, había elegido el tema «Príncipes y princesas».

Había invitado a ciento cincuenta personas, con un presupuesto de siete mil euros (nos daban esa información).

A mi juicio cometía un error, no podía permitirse el tema que había elegido. «Príncipes y princesas» evocaba lujo y magia, carrozas y fuegos artificiales. En su boda no estaba previsto nada de eso. Se había contentado con poner figuritas de plástico de princesas Disney en las mesas, junto a unos platos de cartón y servilletas de papel. Para decorar el salón se había limitado a colocar globos de colores y guirnaldas de papel crespón.

El jurado, compuesto por las otras tres novias, se iba a ensañar con ella seguro.

Y así fue, media general de las puntuaciones: 5 sobre 20.

Debería haber elegido un tema más ambiguo: «Amor de colores», «Amor mágico» o «Sueño de amor» para evitar promesas demasiado concretas que no podía cumplir.

Consultaba cada poco el correo electrónico en mi móvil para ver si Paul Blanchot me había contestado desde Abiyán.

Releí la respuesta que le había enviado. Era una buena respuesta, cordial y firme a la vez.

De nuevo hice memoria, tratando de situar en mi recuerdo a Paul Blanchot, sin éxito.

Después hice lo que no debía hacer.

Yo siempre procedía así:

Hacer antes de haber hecho.

Implicarme antes de comprobar.

Enviar un correo al productor anunciándole que tenía el ejemplar de mi libro listo para mandárselo antes de abrir el paquete que supuestamente contenía el libro en cuestión.

Buenos días:

He recibido el ejemplar de *Hormigón armado*, se lo envío hoy mismo.

Saludos cordiales.

Abrí el paquete de Amazon y me encontré con un libro que estaba seguro de no haber escrito: *El hormigón, el oro de la Armada en el Imperio bizantino*.

Conservé la calma y escribí a Amazon.

Asunto: cliente descontento

Buenos días:

Les encargué la novela *Hormigón armado* y ustedes me han enviado *El hormigón, el oro de la Armada en el Imperio bizantino*, que no tiene nada que ver. Soy el autor de *Hormigón armado*, el otro libro lo firma Janus Kowalinski y trata de las técnicas de construcción en el siglo IV a. C., en lo que es actualmente Turquía.

Necesito mi libro con urgencia.

Gracias.

Me levanté a las 3.50 para abrir al repartidor fantasma de Amazon. No estaba de muy buen humor, me tenían cabreado. Me sentía como en una película de terror en la que el protagonista se despierta todas las noches a la hora exacta en que se cometió un crimen veinte años antes en esa misma casa. Cerré la puerta y me instalé en mi rincón de costumbre en la cocina, frente al fantasma de mi hijo.

Consulté el correo electrónico. Amazon me había contestado:

Hola:

Hemos recibido tu mensaje. Estamos procesando tu pedido n.º 7774589098. Si necesitas más información o ayuda acerca de tu pedido, te sugerimos que contactes con nuestro Servicio de atención al cliente. Esperamos volver a verte pronto.

Amazon.fr

Contesté inmediatamente y sin pararme a pensarlo:

Buenos días:

¿Habría alguien de carne y hueso, con sangre en las venas, a quien poder dirigirme de viva voz?

Gracias.

Consulté la función *seguimiento del pedido*. La flecha, que aún no se había coloreado de verde, no se había movido del punto de partida.

No tenía noticias de Paul Blanchot.

Ahora, cuando me lo imaginaba, tomaba la apariencia de un tipo al que había conocido en secundaria y cuyo nombre no recordaba. Me caía bien ese chaval que iba con el hermano de mi novia de entonces. Alto y esquelético, con el pelo largo, negro y sin brillo, vestía siempre un vaquero ceñido que realizaba su delgadez y una camiseta sucia y demasiado ancha. Lo había perdido de vista, al mismo tiempo que a mi novia, y solía pensar en él, sobre todo para tratar de recordar cómo se llamaba. Ahora le ponía ese nombre sin rostro a ese rostro sin nombre. Naturalmente, estaba seguro de que ese chico no era de verdad el Paul Blanchot de los correos, pues el hermano de mi novia se llamaba también Paul, y dos Pauls no es algo que se olvide.

Paul Blanchot, que había adoptado provisionalmente la forma de ese cuerpo, vagaba pues por mi mente y por las calles de Abiyán, sosteniendo a una Cécilia (la cual, en cambio, aún no tenía apariencia concreta) apuñalada, en busca de cuidados, de dinero y de un ordenador para responderme.

Empezaba a preocuparme por él.

Volví a acostarme sin esperar a que amaneciera. De camino cogí *Hormigón*,

*el oro de la Armada en el Imperio bizantino*, un libro que no me interesaba en absoluto y por el que había pagado cincuenta y cuatro euros, y empecé a leerlo en la cama.

«... Los romanos eran unos auténticos expertos en hormigón, tanto que éste superaba incluso las prestaciones del actual. Los análisis radiológicos han permitido identificar la presencia de estratos de un cristal llamado *tobermorita aluminosa*, que permite reforzar la resistencia estructural del hormigón, volviéndolo aún más resistente cuando entra en contacto con el agua de mar.

»Pero lo que más interesa a los científicos es el proceso de fabricación de dicho hormigón, pues reduce notablemente la emisión de gases de efecto invernadero, mucho más que el proceso moderno (responsable del 5 % de emisiones de este tipo de gases)...»

Leyendo este libro que, lejos de dormirme, me mantenía despierto como un paciente recién salido de una lobotomía frontal, se me ocurrió la idea.

Me preguntaba quién podía leer esa clase de libros. Me imaginaba a un grupo de científicos, empresarios y albañiles comentándolo por la mañana al llegar al trabajo en la obra:

—¿Te has leído *Hormigón, el oro de la Armada en el Imperio bizantino*?

—Pues claro, el párrafo que trata de la *tobermorita aluminosa* es apasionante.

—¡Ya te digo! ¡Qué proceso de fabricación!

—¡Los romanos sí que sabían! ¡Encima contaminaban menos!

—¡La Antigüedad es impresionante!

—¡Y tanto!

—Por cierto, hablando de la Antigüedad, ¿te has leído el último libro sobre Plinio?

—Todavía no, pero dicen que es muy bueno, me pondré con él en cuanto acabemos esta obra... Pásame la paleta.

Y, naturalmente, me preguntaba quién podía leer mis libros.

Pensando en ello, recordé una carta que me había escrito una señora para felicitarme por *Hormigón armado* y para pedirme que le enviara un autógrafo en un sobre previsto para tal efecto.

Dejé esa carta durante semanas sobre la mesa del salón para que mi hijo reparase en ella y quizá la abriera y lo embargara así esa emoción extraña y poco frecuente: el orgullo por su padre.

No abrió jamás la carta, y al final un día me decidí a ir a su cuarto a leérsela, mientras él veía por enésima vez *Aventura en Alaska*.

Puso la película en pausa y me escuchó sonriendo, y, al concluir mi lectura, me dijo:

—¡Muy bien, papá!

Volví al salón, orgulloso como si fuera el hijo de mi hijo, a quien acababa de enseñar la buena nota de un profesor.

Guardé la carta, sin contestarle a la señora, y me olvidé de ella hasta ese preciso momento.

Recordaba haberla recibido, abierto, dejado sobre la mesa y leído a mi hijo, pero no el sitio donde la había guardado.

No tenía un lugar especial para esa clase de correo. Estaba seguro de que tipos como Pierre Lamberti tenían habitaciones enteras llenas hasta arriba de cartas de admiradores, y que mandaban construir anexos en sus castillos para guardar allí esos miles de mensajes de amor acompañados de suntuosos regalos, de joyas y animales exóticos como linceos o pavos reales.

Yo no tenía más que la carta de esa mujer que, en mi recuerdo, no me hablaba tanto de mi libro como de sí misma y de su colección de autógrafos de escritores.

—¡El cajón de las multas! —exclamé en voz alta, lanzando por los aires el libro del hormigón bizantino.

Unos años antes había tenido un coche durante veinticuatro horas. Un Mercedes 500 SL *coupé* que había comprado de segunda mano por cuatro perras para darle en las narices a Francis Miller, que iba por ahí con su fantástico BMW 750 de 1977.

Un día decidí tener esa clase de coche y me pasé la mañana buscando anuncios, me fijé en uno en concreto, sin comprobar nada (ni los kilómetros, ni el estado del motor ni de los frenos, ni las revisiones...) y sobre todo sin tener ni idea de coches. Hablé por teléfono con el dueño y me citó en un aparcamiento de mala muerte a las afueras de París; dos horas más tarde estaba al volante de esa tartana, que por supuesto pagué al contado.

Fui a recoger a mi hijo al colegio, contaminando el aire y los pulmones de un montón de niños, pero sin apartar los ojos de Francis Miller, que me felicitó levantando el pulgar.

Esa misma noche aparqué el coche en un hueco de carga y descarga, y nunca más volvió a arrancar.

Lo olvidé ahí, y empecé a recibir miles de cartas del ayuntamiento acompañadas de multas cuyo importe iba en aumento.

Como reacción a esa epidemia administrativa, elegí un cajón de la cómoda del salón y fui guardando allí todo lo que me entristecía (cartas de insultos de mi mujer, manuscritos abandonados), todo lo que me disgustaba, que constituía el grueso del contenido del cajón (multas, recordatorios de la editorial para mi próximo libro, extractos bancarios), y todo lo que dejaba para más adelante (facturas, recibos del alquiler y carta de admiradora con petición de envío de autógrafo).

Rebusqué en el cajón pero no encontré la carta en cuestión.

Lo vacié completamente y fui mirando las cartas una por una (lo que volvió a entristecerme y a disgustarme).

Ni rastro de la admiradora.

Me quedé un momento en mitad del salón, delante de esos centenares de reclamaciones financieras y artísticas, preguntándome dónde habría guardado la carta.

Le escribí un correo a mi hijo:

Hola, grandullón:

¿Sabes dónde guardé la carta de mi admiradora?

P. D.: He mirado en el cajón de las multas, pero no está ahí.

Te echo de menos,

Papá

Devolví a su sitio las cartas antipáticas y busqué en otra parte la de la señora aquella.

Primero en sitios posibles: los cajones de mi escritorio, entre las páginas de mis cuadernos y en mi maletín de ordenador.

Después en sitios poco probables: debajo de la pila de revistas en el cuarto de baño, debajo de los cojines del sofá, debajo de la alfombra del salón, en mi neceser, en el cajón (vacío) de las medicinas y en la nevera.

Mi móvil vibró.

Era mi hijo, que me contestaba.

Hola, papá:

Mira en el abrigo que llevabas la última vez que fuiste a ver a tu editor.

Te quiero.

Corrí al armario de mi habitación, allí estaba el abrigo negro que me ponía siempre para ir al banco, a las reuniones del colegio o a ver a mi editor.

Encontré la carta bien guardadita en el bolsillo interior.

Ya me acordaba, me la había llevado a mi última cita con mi editor para justificar los tres años anteriores, en los que no había escrito una sola línea de mi libro siguiente. Pensaba sacar la carta del abrigo sin querer, mientras fingía coger un cigarrillo, y enseñársela como si se tratara de una «nueva»



carta de felicitación recibida esa misma mañana, como todos los días de mi vida.

Seguramente había soñado con ese momento:

Yo: *Anda, ¿y esto qué es?... Ah, sí, ¡otra carta de algún admirador!*

Editor: *¿Y qué pone?*

Yo: *Pues lo de siempre, supongo...*

(Lectura de la carta.)

*Estimado señor blablablá..., su talento único... blablablá... este libro que me ha salvado la vida... blablablá... se entiende que necesite tanto tiempo para escribir obras maestras así... blablablá... Esperaré los años que hagan falta para leerlo y volver a disfrutar con sus libros... blablablá... genio... blablablá... Moby Dick... blablablá... premio Nobel... blablablá...*

Editor: *Qué razón tiene esa señora... A veces se me olvida cuán diferente es el tiempo para vosotros los creadores... Esta génesis, este pensamiento y esta modernidad no se improvisan así como así... Perdóname por confundirte con Pierre Lamberti y todos esos escritores de tres al cuarto... ¡La Biblia no se escribió en seis meses!*

Yo: *¡Y hay dos testamentos!*

Editor: *¿Podrías escribir el tercero?*

Yo: *Necesitaré tiempo, y mucho dinero.*

Editor: *Mi secretaria te irá preparando los contratos.*

En la vida real no tuve ocasión de sacar la carta para «tranquilizar» a mi editor.

Me recibió rápidamente y por otro motivo.

—Me alegro de verte, me gustaría invitarte a mi boda.

—¿A mí? ¿Por qué?

—¡Pues porque te aprecio! Nos conocemos desde hace veinte años, me seguiste hasta aquí cuando me echaron de la otra editorial, y fuiste el único...

No escribes mucho, o incluso nada, pero cuando te pones, me gustan tus libros y me siento orgulloso de publicarlos... Me haría ilusión que vinieras, es un día importante para mí.

—Vale.

—Y ven con tu hijo, me gustaría que estuviera él también.

—De acuerdo.

Me levanté sin comprender del todo, poco acostumbrado a tanta amabilidad por parte de alguien de quien sólo esperaba reproches y la bronca que me merecía.

En el despacho de su asistente, me quedé un rato hablando con una joven ocupada en corregir un manuscrito. La importunaba, pero tenía ganas de compartir mi alegría.

—¡Fantástico lo de la boda!

—A mí también me lo parece.

—¡Casarse con su mujer después de tanto tiempo! ¡Me cae muy bien, la conozco desde hace veinte años! ¿Usted la conoce?

—Sí.

—Llevarán juntos treinta años por lo menos... Qué maravilla de hombre... ¡No como todos esos cerdos que se largan cuando les sale la primera arruga! Es una vergüenza, ¿no le parece?

—Sí...

—Esta boda va a ser magnífica, ¡la celebración del amor y la fidelidad!... ¿Está usted invitada?

—Pues sí.

—La sacaré a bailar... ¿Hay alguien en su vida?

—Pues... sí.

—¡Espero que usted también se case al cabo de treinta años! ¡Y que su marido no la deje nunca por una jovencita!

—¡Discúlpeme, pero tengo trabajo!

Estaba de verdad contento. Por la boda, pero también por la felicidad de

mi editor, una alegría que lo anesthesiaba un poco y le impedía insistirme demasiado en mi libro.

Y, como nunca sé parar a tiempo, volví a su despacho para mostrarle mi verdadero rostro, conmovido hasta el alma:

—Perdona, ¡sólo quería decirte lo mucho que me alegro por ti!

—¡Hombre, muchas gracias!

Le planté un beso.

—Es una tontería, pero pensé que querías verme para meterme prisa con el libro, que no estoy escribiendo en absoluto.

—Ya, bueno, aunque no estaría mal que te pusieras a ello. ¿No escribes nada de nada?

—No, pero da igual, porque te vas a casar, ¡y eso es lo más importante!

—¡Ya, pero los accionistas no lo ven así!

—¡Nos traen sin cuidado los accionistas!

—¡Ellos son los que te pagan!

—¡Bueno, pues entonces los invitamos a la boda!

—¡Tengo que trabajar!

—¡Vale!

Cuando ya me iba, le dije:

—¡Dale la enhorabuena a Diane de mi parte!

—¿Por qué a Diane?

—Pues por la boda.

Levantó la cabeza, con gesto grave.

—¡No me caso con Diane!

—Anda, ¿y eso?

—Hace un año que nos separamos.

—Ah... No lo sabía.

Me quedé inmóvil, sintiendo llegar la tormenta que estaba a punto de arrasarme.

—Entonces ¿con quién te casas?

—Con Nathalie, mi asistente.

—¿La del despacho de al lado?

—Sí... Llevamos ocho meses viviendo juntos, nos presentó Pierre Lamberti, que, de hecho, va a ser nuestro testigo de boda.

Salí de su despacho y crucé el de su asistente y futura esposa.

—Adiós y enhorabuena.

—Adiós.

Nunca recibí la invitación.

Por eso olvidé la carta en el bolsillo interior de mi abrigo, del que no volví a sacarla hasta hoy. Leí con atención el nombre y la dirección de mi admiradora:

Raymonde André

RESIDENCIA BEAUSOLEIL

Carretera de las lilas, 7

94100 Saint-Maur-des-Fossés

Salí temprano para coger el tren de cercanías A en dirección a Saint-Maur. Mi idea era sencilla: llamar a la puerta de esa señora en persona (en lugar de enviarle un autógrafo banal e impersonal), pasar un ratito con ella, sacarme una foto si se empeñaba y convencerla de que me prestara su ejemplar de mi libro para enviárselo al productor de la serie.

A esas horas y en esa dirección el tren se hallaba desierto.

Mi inmovilismo de los últimos años me daba la impresión de estar emprendiendo un auténtico viaje, y cada kilómetro recorrido se multiplicaba por cien, proporcionalmente al tiempo que me había pasado tumbado en mi cama y en mi sofá.

Había crecido a escasos kilómetros de ese extrarradio al que ahora volvía para recoger un libro que había escrito en el pasado. En ese momento preciso de mi vida no avanzaba mucho que digamos.

Hay movimientos que no nos llevan obligatoriamente hacia el futuro.

Pensaba en mi hijo, que estaba en Islandia. En Paul Blanchot, en esas calles de Abiyán. Y, de pronto, al ver desfilar las torres de pisos sobreimpresas en mi rostro de adulto sobre el plexiglás de la ventanilla, me pareció que entre esos dos seres lejanos había un vínculo evidente. Paul Blanchot, ese amigo al que no conocía, no había llegado a mi vida por casualidad justo cuando mi hijo, al que tan bien conocía, se había marchado.

Desde que él se había ido, tenía la sensación de haberlo perdido. Y, por primera vez, ya no hablábamos. Me había escrito mucho al principio y luego

cada vez menos, hasta limitarse a darme noticias breves y esenciales, y sólo porque me había quejado de que ya no se prodigara tanto.

Pero lo que me atormentaba sobre todo era mi certeza de ser el único responsable de ese alejamiento. De hecho, no tenía nada que reprocharle a mi hijo. Él me había escrito, y además largas cartas. Él me había invitado a su viaje, proponiéndome ser ese compañero a distancia que se alegra de leer las maravillas de sus aventuras.

No recordaba haberle contestado con esa misma seriedad. Ni haberle contado el más mínimo hecho, la más mínima escena dramática o cómica que me concerniera.

Releí los últimos correos que le había enviado.

Eran de una banalidad desconcertante. Inútiles. Inquietantes. La clase de correos de padres a los que hay que evitar siempre que se pueda, hasta rehuirlos definitivamente.

Una de dos: o le hablaba de mí o le decía que desconfiara de todo el mundo. No lo escuchaba. No reparaba más que en lo que podía suponer un peligro en su viaje y asustarme a mí. No era un padre concreto que se preocupa por su hijo, sino un ejército de padres sin alma que cumplían la misión de alertar del peligro a todos los hijos del país.

Cada desconocido era un malvado o un psicópata en potencia. Cada mujer, una rompecorazones. Los animales eran venenosos y rabiosos. Las montañas se derrumbaban. La tierra temblaba. Los océanos preparaban tsunamis a hurtadillas. Y el cielo reparaba en los jóvenes aventureros de dieciocho años para descargarles encima rayos e insolaciones.

Todas esas frases eran flechitas supuestamente de amor, pero en realidad bañadas en veneno y lanzadas sobre un corazón más grande que el mío. Aquel para el que sin embargo siempre había soñado con una vida más vasta, más intensa y más peligrosa que la mía.

Y, ahora que se había marchado, me comportaba como un cobarde.

¿Cómo iba a tener aún ganas de enviarme largas cartas, haciendo el

esfuerzo de redactar con estilo o de compartir algún que otro pensamiento con su padre?

Esperamos noticias de nuestros hijos, noticias que somos incapaces de darles de nosotros mismos.

Lo ponía en guardia. Sobre todo y sobre todos. Buscaba impresionarlo con frases hechas: «Tienes que saber de dónde vienes, y tiene que importarte un rábano adónde vas» (o al revés). Le pedía que me dijera que estaba bien. Que tuviera cuidado. Que no se cansara en exceso. Que no se aventurara por sitios demasiado peligrosos (sitios que yo no conocía personalmente). Que comiera. Que durmiera bajo techo. Que no se dejara engañar. Que escondiera el dinero.

Le pedía que fuera en el extranjero y lejos de mí lo que siempre había sido aquí, a mi lado.

Y ese ángel todavía tenía la delicadeza de contestarme, de rellenar con una cruz todas las casillas del ridículo:

—*Sí, estoy bien.*

—*Sí, como.*

—*Sí, tengo cuidado.*

—*Sí, sé de dónde vengo.*

—*Sí, cruzo la calle mirando a derecha e izquierda.*

—*Sí, desconfío de la gente.*

Y leía esas respuestas en mis noches de insomnio, en mi angosta cocina, fumando y bebiendo whisky para anestesiar el tedio de mi propia vida.

Al principio de su viaje sí que trató de arrastrarme consigo a sus aventuras, sus miedos y sus sueños.

Releí una vez más el fragmento que había tenido la bondad de compartir conmigo:

Aquí es de noche, si miro a mi alrededor, no veo ninguna señal concreta, nada humano que me muestre el mundo o armonice con mi pasado. Todo me es desconocido. Y no es el viaje lo que busco, ni la novedad, sino la ausencia y

el vacío para liberar el horizonte. Nunca había sentido miedo de tanto silencio, de tanta belleza.

Mi respuesta:

Hijo:

Me alegro de que estés a gusto, pero aun así ten cuidado.

Las noches deben de ser frescas allí donde estás, ¡no nos agarres una pulmonía!

Dale noticias a tu madre, que se preocupa por ti.

P. D.: Te he cogido tu maquinilla eléctrica, la mía está estropeada.

Te quiero.

Mi hijo:

Vale, papá.

Tranquilo, tengo cuidado.

Voy a escribir a mamá.

No hay problema con lo de la maquinilla.

Te quiero.

La verdad era muy simple: no tenía nada que contarle. El vacío de mi vida se desbordaba sobre la de los demás. Vivía en un mundo que me había olvidado. Mi único contacto con la realidad se resumía a un programa de telerrealidad para novias amargadas y rencorosas. No estaba escribiendo mi próximo libro pero me pasaba el tiempo tratando de encontrar un ejemplar del último.

Paul Blanchot había llegado a mi vida para eso. Poco importaba si lo conocía o no, si lo recordaba o no, era una ficción, un ser en peligro, un amigo al que salvar, una historia que contar.

Le mandé un mensaje:

Paul:

No he vuelto a tener noticias tuyas. Espero que las cosas no hayan ido a peor.

Escríbeme, por favor.



Quisiera ayudarte.

Después escribí a mi hijo:

Hijo mío:

Espero que estés bien.

Es posible que me vaya a África a ayudar a un amigo y a su colaboradora, que ha recibido varias puñaladas.

No tienen dinero para volver.

Te quiere,

Papá

Llegué a la estación de Saint-Maur. Tenía que tomar un autobús para ir a la dirección que me había indicado mi admiradora.

Mientras esperaba al bus, recibí una llamada de un número desconocido.

—¿Diga?

—Hola... *crrrrr*... soy el repartidor... *crrrrr*... Amazon.

Mi fantasma tenía móvil.

—Tengo un paquete para usted... *crrrrr*... pero he llamado al timbre, y no hay... *crrrrr*... nadie.

La comunicación era trabajosa, seguramente porque me llamaba desde su mundo zombi.

—Sí, es que no estoy en casa.

—Entonces voy a tener que... *crrrrr*... marcharme.

—No, puede dejarle el paquete a la portera.

—No quiere... *crrrrr*... hacerse cargo... *crrrrr*... de él.

Mi portera era el ser que más me odiaba en este mundo. Porque nunca le daba aguinaldo, pero también porque le parecía deplorable ver a un hombre sano pasarse tanto tiempo en chándal metido en su casa. Nada más instalarme en el edificio, trató de enterarse de si sufría alguna minusvalía invisible a simple vista, como una enfermedad mental o un miembro de plástico oculto. Me traía el correo (doscientas multas) cada mañana, me hablaba como si fuera tonto y me miraba meticulosamente de arriba abajo. Fue en el transcurso de uno de esos deliciosos intercambios cuando por fin se enteró de la verdad (y de mi verdadera enfermedad), gritándome, como siempre hacía:

—¡Hoy va a salir usted un poco, hace bueno!

—No, tengo que escribir.

—¿Escribir el qué?

—Un libro... Soy escritor.

Me sentí como si acabara de anunciarle que tenía sida. Ahora me miraba fijamente a los ojos, como si el diablo en persona viviera en su edificio. De modo que, no contento con tener un apellido que sonaba a judío, encima era artista (algo que solía ocurrir).

Mi portera había ido a una escuela de porteras (en plan Hogwarts pero con escobas y química aplicada a los productos de limpieza), donde las profesoras, antiguas porteras jubiladas y canosas, les enseñaban todo lo necesario para ser porteras. Limpieza de las zonas comunes. Horarios de portería. Relaciones con los propietarios. Horarios de reparto del correo. Bloqueo a los esrilanqueses que meten folletos y anuncios de cerrajeros por debajo de la puerta. Mantenimiento del ascensor (llamar al técnico). Actuación en caso de incendio (llamar a los bomberos). Actuación en caso de inundación (ponerse botas de goma). Actuación con los judíos del edificio en tiempo de paz (no denunciarlos para quedarse con su apartamento hasta que llegue la próxima guerra). Actuación con los artistas del edificio (no mirarlos a los ojos más de dos segundos y evitar todo contacto y toda cercanía hasta que sean expulsados al final del invierno).

De los gritos pasó al mutismo más absoluto, lo que dio pie al apodo que mi hijo y yo le pusimos: «Gritos y susurros».

Seguía al teléfono con el fantasma de Amazon:

—Pues déjeme el paquete delante de la puerta.

—... *crrrrr... crrrrr...* ¿Cómo?

—El paquete, que me lo deje delante de la puerta.

—*Crrrrr... No... crrrrr.*

—¿Por qué no?

—Hace... *crrrrrr*... falta... *crrrrrrrrrrrrrrrrrrrr*... su firma... *crrrrrrrr*...

—Pero entonces ¿qué va a ocurrir?

(Hice esa pregunta en tono grave, como si se la hubiera planteado a un analista político después de que Kim Jong-un bombardeara Estados Unidos.)

El chisporroteo en la línea desapareció de pronto y el repartidor fantasma me contestó con voz clara:

—Su paquete vuelve a Amazon, ya se pondrán en contacto con usted.

En el autobús recibí un correo de mi hijo en respuesta al que le había enviado sobre Paul Blanchot y mi proyecto de ir a África a salvarlo:

¿¿¿Qué???

Le contesté:

He recibido un correo de Paul Blanchot, es un amigo, pero no me acuerdo de él.

Me pide que le mande una cantidad importante para ayudarlos, a él y a Cécilia, su colaboradora, para que puedan recibir cuidados médicos y pagar las facturas de su hotel en Abiyán.

Estoy buscando una solución para hacerle el favor.

Háblame de los paisajes de tu viaje.

Te quiero.

Me apeé en la estación Beausoleil bajo un cielo gris oscuro.

El lugar en el que vivía mi admiradora era una inmensa residencia de ancianos, un edificio triste y sin encanto, semejante a cualquier colegio del extrarradio, o a una cárcel.

Me presenté en recepción y ante la empleada con un miedo extraño, como si hubiera ido al corredor de la muerte a solicitar un permiso para visitar a un asesino en serie al que no conocía.

—Hola, quisiera ver a una persona.

—¿Reside aquí?

—Sí... Se llama Raymonde André.

—Está en la segunda planta, en el módulo azul.

—¿Dónde está el módulo azul?

—Siga la línea azul del suelo.

Recorrí los pasillos con la cabeza gacha, siguiendo la línea, lo que me permitió no mirar demasiado la enorme cantidad de viejos que vagaban aquí y allá, la mayoría en silla de ruedas o apoyados en las paredes amarillentas, con la mirada fija y vacía. Hacía tiempo que yo no representaba el organismo más vivo y enérgico en un grupo de humanos no fallecidos.

Una vez en el módulo azul, me fijé en que los apellidos de los residentes no estaban escritos en las puertas de las habitaciones, sólo se leía el nombre debajo de una foto del ocupante. Aquello debía de servir para humanizar un poco las condiciones de vida y el paso efímero a la morada última.

También me di cuenta enseguida de que el nombre Raymonde había estado muy de moda al principio del siglo pasado. Prácticamente una de cada cinco puertas lucía ese patronímico, y las fotos no me fueron de gran ayuda pues no sabía qué aspecto tenía mi única admiradora.

Llamé a la primera puerta, cuya foto representaba a una Raymonde a la que habría podido gustarle. Rostro demacrado, gafitas redondas de montura

metálica con los cristales ahumados y cabello corto y gris. La típica profesora de lengua.

—Sí...

La Raymonde en cuestión estaba sentada en un sillón junto a la cama. Acariciaba un cojín bordado que descansaba en su regazo y no levantó la cabeza cuando yo entré.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Viene para los vendajes?

—¿Cómo?... No, busco a Raymonde André.

—No soy yo. Yo soy Raymonde Ferry.

Seguía sin levantar la cara, la mantenía ligeramente inclinada sobre el cojín, o más lejos, hacia un rayo de sol que salpicaba el polvo sobre el suelo de linóleo.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Está en el módulo azul.

—¿No es éste el módulo azul?

—Sí... Pero ella está en la otra parte, pasado el comedor.

—Vale, gracias, señora.

—¿Es usted de su familia?

—No, he venido a... saludarla y a agradecerle que haya leído un libro mío.

—¿Escribe usted libros?

—Sí.

—Yo ya no puedo leer. Ya no veo. Antes me gustaba mucho leer.

—Lo siento.

Comprendí que no miraba ni el cojín ni la luz, sino la nada y su pasado.

—Leía todo el tiempo. Mi marido se burlaba de mí. Cuando nos íbamos de vacaciones a la playa, siempre me llevaba una maleta de libros. Y él tenía que cargar con ella. Refunfuñaba. Y no entendía que leyera en la playa. Me decía: «El mar ahí delante ¡y tú leyendo!»... Y si leía una novela policiaca, me decía: «¿Por qué lees esas historias de crímenes y de angustia? ¡Estamos de

vacaciones, déjalas para el invierno!»... Y cuando leía historias de amor o cosas por el estilo, me decía: «¿Por qué lees esas tonterías, ¿es que te aburres conmigo?»... No me aburría, pero me gustaba mucho leer... Él en cambio no leía nunca. Cuando la gente me decía: «¿Por qué lee usted tanto?», yo contestaba: «¡Me leo mis libros y los que no se lee mi marido!». ¡Alguien tiene que leer los libros que la gente no lee!

Sonreía al contármelo, yo también sonreía, pero eso ella no lo sabía, por lo que acompañaba mis expiraciones de murmullos para que los oyera.

Eché a andar de nuevo, siguiendo la línea azul. Pasé el comedor desierto y llamé a la puerta de la primera Raymonde. Esta vez no había foto, sólo el nombre escrito con rotulador rosa.

—¡Sí!

Entré en una habitación prácticamente vacía, sin ninguna decoración, como en el caso de Raymonde n.º 1.

No había nadie, pero oí ruido de agua correr en el cuarto de baño y después la vocecilla de la mujer que estaba dentro.

—Puede dejar mis cosas en el sillón o al lado de la ventana... Estoy aseándome.

Miré sin pensar lo que me indicaba antes de contestar:

—En realidad he venido a ver a Raymonde André.

—Ya no está aquí, se ha ido.

—¿Adónde ha ido?

El agua dejó de correr.

—Ha fallecido.

No dije nada. No sabía qué decir.

—¿Era familia suya?

—No.

—Creo que murió hace dos semanas... Yo acabo de quedarme con su habitación, llegué ayer, aún no han tenido tiempo de poner mi foto en la

puerta porque no tengo ninguna, bueno, tengo pero salgo con mis dos nietas y no quiero que estén en el pasillo, prefiero tenerlas conmigo en la habitación. Me han dicho que me iban a sacar una foto dentro de un rato, fuera, en el jardín, al lado del estanque, por eso me estoy aseando ahora, normalmente suelo hacerlo por la noche.

—Y ¿sabe si Raymonde André tenía familia o alguien que haya recogido sus cosas?

—Ah, ni idea, ni siquiera sabía que se llamaba Raymonde André, sólo sé que se llamaba Raymonde porque su nombre sigue en la pared...

Oí el cerrojo de la puerta, que la anciana entornó ligeramente para asomar una carita redonda y curiosamente lisa, sin arrugas.

Me sonrió:

—¡Yo soy Yvette!

—Buenos días, Yvette... ¿Igual era otra Raymonde la que estaba en esta habitación antes que usted?

Sonrió:

—Puede ser, sí.

—¿Sabe si leía mucho?

—Pues no lo sé, pero, de ser así, ¡necesitaba a alguien que le pasara las hojas!

—¿Por qué?

—Le faltaba un brazo y el otro lo tenía inútil.

Proseguí mi camino por los pasillos amarillentos con línea azul, desesperando ya de dar con mi Raymonde, cuando recibí un mensaje de mi editor:

¿Avanzas en tu libro?

Ánimo...

Me detuve para contestar.

Primera idea:



Mucho.

¡Menuda futura destrucción te estoy preparando!

Podrás reciclarlo para regalarle a Lamberti la cantidad de papel necesaria para su próxima obra maestra transgénero camboyana.

Segunda idea:

Plinio el Viejo y yo estamos en los laberínticos meandros de las ruinas romanas...

Encontraremos la salida.

Mensaje enviado:

Sí.

Gracias.

Fue al levantar la mirada del móvil cuando la vi.

Con la puerta de la habitación abierta, estaba sentada en un sillón, junto a la ventana, enfrascada en la lectura de un libro forrado con una tela de flores.

A su alrededor había decenas de volúmenes, cuidadosamente colocados en los estantes de una biblioteca.

Avancé hacia la mujer.

A un lado de la puerta había una foto suya en la que posaba en un jardín, con la piel dorada surcada de arrugas y moteada de manchitas, como si el sol le hubiera dejado una impresión definitiva.

Debajo de la foto, escrito con rotulador naranja, su nombre: Raymonde.

—Buenos días.

Con aire ausente, levantó hacia mí el rostro y unas grandes gafas, enfrascada aún en la historia que estaba leyendo.

—Buenos días.

—¿Es usted Raymonde André?

—Sí.

Avancé un paso.

—Soy el autor de *Hormigón armado*... Me mandó usted una carta para

felicitarme por mi libro y para pedirme un autógrafo.

—¿Ah, sí?... ¿Cómo ha dicho que era el título?

—*Hormigón armado*.

—Seguro que lo he leído... No lo recuerdo muy bien... Mis lecturas se han convertido en deleite del momento presente, pero no conservo recuerdo de ellas... Pero, si le escribí, ¿será que me gustó!

—Transcurría en unas torres de viviendas protegidas de una barriada del extrarradio, en los años ochenta.

—Ya veo... Qué interesante.

Se levantó y fue cojeando hacia su biblioteca, agarrándose al radiador que había debajo de la ventana.

—*Hormigón armado*... Tiene que estar por aquí...

La observé recorrer con el dedo los lomos de los libros (entre los cuales había una veintena de Lamberti) en busca del mío, huérfano y rebelde en medio de esa colección. Después dejé vagar la mirada hacia otra parte. La cama, limpia y cubierta por una manta de lana con un estampado de hojas y árboles; sobre la mesita de noche, una reproducción de lámparas de cristal de los años veinte, decoradas con libélulas rosa pálido. Según parecía, cada residente podía decorar la habitación a su gusto. La primera Raymonde apostaba por la comodidad de un sillón de polipiel con reposapiés, ninguna lámpara podía iluminar sus tinieblas, no había televisor ni libros, sólo ese cojín bordado al que se abrazaba. La segunda Raymonde aún no había tenido tiempo de instalarse, por el momento vivía con el material y el mobiliario básicos proporcionados por la residencia. Y mi Raymonde había tratado de que el lugar fuera lo más acogedor posible. La cama y la mesita de noche, las dos de madera, hacían juego. Ya debía de tener esa biblioteca antes de mudarse a la residencia. Su butaca estaba tapizada también con una tela blanca estampada de flores.

En la mesita de noche, junto a la lámpara, había una foto de una mujer joven, de unos treinta años, muy guapa, con el cabello corto y la piel clara y

satinada, cuya mirada rehuía el objetivo. Sonreía ligeramente, pero su expresión era de tristeza y de apuro.

—Ah, ¡aquí está, *Hormigón armado!*

La miré, así como al ejemplar de mi libro que tenía en las manos.

Habría podido arrebatárselo tranquilamente, ahí, en ese mismo momento. No me habría resultado muy difícil, no tenía más que cogerlo, darme la vuelta y marcharme a un paso normal (para luego marcarme un esprint nada más doblar la esquina).

Pero, sin embargo, pregunté:

—¿Quién es la de la foto?

La anciana avanzó con mi libro en la mano, sin dejar de apoyarse en el radiador, hasta la mesita de noche sobre la que estaba el marco con el retrato de la joven.

—Es Suzanne... Una de las enfermeras que trabajan aquí... Le pedí que me diera una foto suya porque le tengo aprecio y la encuentro guapa.

Nos quedamos mirando la foto.

—Habría preferido poner una foto de mi hija, pero no tengo... Ni hijo tampoco... Me gusta mucho Suzanne... Tiene una dificultad en el habla... Tartamudea... Por eso no habla mucho, pero, cuando habla, es algo muy especial.

Me alargó el libro:

—Tenga.

No me decidía a cogerlo. Por un segundo pensé que esa anciana lo había entendido todo. Que, más tarde o más temprano, era natural que un autor fuera a ver a un lector para recuperar su libro.

Lo cogí. Era fino y ligero. Como la mayor parte de los escritores, lo había escrito pero no lo había llevado mucho encima una vez publicado.

—¡Ponga «Para Raymonde»!... Y lo que quiera.

Me dio un bolígrafo.

Rectificación: no le parecía normal que viniera a recuperar mi libro, pero

sí que un autor se desplazara para firmárselo.

Abrí el libro por la primera página y apoyé la punta del bolígrafo sobre el papel.

La puerta estaba abierta detrás de mí, no tenía más que salir con mi libro, abandonar esa residencia mayoritariamente ocupada por Raymondes, tomar de nuevo el autobús y el tren de cercanías, enviarle el libro al productor, esperar sus comentarios entusiastas después de leerlo, firmar un contrato espléndido, mandarle un cheque a Paul Blanchot y ponerme las pilas con Plinio el Viejo saboreando cócteles de melocotón.

Escribí:

Para Raymonde,

estas historias no tan lejanas,  
con todo mi afecto.

Al marcharme me crucé con varias enfermeras, algunas empujaban carritos o sillas de ruedas por los pasillos, otras se afanaban en las habitaciones prodigando cuidados, mientras otras más charlaban y se reían de cosas de su vida privada, reunidas en un cuartito. No se veía a Suzanne por ningún lado. Salí de la residencia, y entonces recibí un correo de mi hijo:

Papá:

Seguro que el mensaje que has recibido es un virus informático. Es un timo clásico.

Bórralo, y sobre todo no respondas si no quieres que se te propague por todo el correo.

Voy a tomar un barco para ir a Nuuk, en el sur de Groenlandia.

Estaré dos días sin cobertura.

Me han contado un cuento típico de la región: el de un padre esquimal que crió a su hijo él solo después de que su mujer muriera al dar a luz.

El padre no hablaba. No le dijo ni una palabra a su hijo en toda su infancia. Se lo llevaba a pescar. Le daba de comer. Lo lavaba. Por las noches se quedaba a su lado hasta que se dormía.

Le sonreía. Le murmuraba canciones. Pero ni una sola palabra, nunca. Ni la más mínima.

Al cumplir quince años, como es tradición en esta zona, el hijo se fue de casa para emprender un viaje de varios meses por los glaciares. El padre le preparó los bártulos, un arco, una lanza y algo de comer, y lo acompañó hasta la salida de la aldea.

Se miraron largo rato, y el padre le dijo una palabra.

La primera de su vida.

¿Cuál, según tú?

Tienes dos días para encontrar la respuesta, lo que dura mi travesía...

El correo en su conjunto me contrarió. Para empezar, no me gustó enterarme de que iba a estar dos días ilocalizable. Tampoco me hizo gracia saber que había sido la ingenua víctima de una estafa africana; eso anulaba la cantidad de historias trepidantes que habría podido contarle sobre la manera en la que iba a ayudar a Paul Blanchot y, quizá, marcharme a Abiyán para salvarlo.

Pero, después de todo, ¿no era yo la víctima ideal? Vivía fuera del mundo. No necesitaba que mi hijo me advirtiera de los peligros como hacía yo con él.

Lo importante no era el resumen de ese drama que vivía Paul Blanchot en Costa de Marfil, sino lo que yo iba a hacer al respecto. El embuste de esa agresión con arma blanca cuadraba perfectamente con el remedo de vida cotidiana que yo llevaba.

Y dos estafas que impactan una con otra bien podían crear una verdad.

Y si no generaban nada real, al menos propiciarían un libro.

Contesté a mi hijo:

Querido hijo:

¿Y si no fuera un timo? ¿Y si ese hombre estuviera de verdad en peligro? Su problema quedaría sepultado bajo la mentira de los hombres. La verdad naufragaría en este océano digital de cinismo moderno.

Tengo que dar con él.

¿Lo que dice el padre esquimal es «te quiero»?

Papá

Al cruzar el jardín de la residencia, cuando ya me marchaba, vi a Suzanne, la enfermera de la foto, fumando delante de una de las entradas. Llevaba una bata blanca que se ceñía al cuerpo con los brazos cruzados sobre el pecho.

Me acerqué y encendí un cigarrillo.

Me dirigió una primera mirada, que yo le devolví con timidez. Me fijé en que tenía la cabeza ligeramente inclinada a la derecha, justo como en la foto que había visto en la habitación de Raymonde.

Me atreví a hablarle, me sentía del todo ajeno a ese lugar, y no era probable que volviera nunca (era especialmente mi cobardía lo que avivaba mi coraje).

—¿Es usted Suzanne?

Levantó la cara para mirarme con extrañeza.

—Sí.

Le di una calada al cigarrillo, orgulloso de suscitar su curiosidad.

—¿Co... co... cómo lo sa... sa... sabe?

—He visto su foto en la habitación de Raymonde André, y ella me ha dicho su nombre.

A sus ojos, yo ya no tenía ningún misterio, así que volvió a inclinar el rostro hacia un lado.

—Ap... aprecio mu... mu... mucho a Raymonde. ¿De... de... de qué la conoce?

—Hace tiempo leyó un libro mío y me pidió un autógrafo, así que he venido en persona para dedicárselo.

Le dio una calada a su cigarrillo, que estaba más consumido que el mío.

—¿Y lo hace co... co... con fre...cuencia?

—¿Escribir libros?

—No, fi... fi... firmar au... au... autógrafos en re... re... residencias de... de... de ancianos.

—No, es la primera vez.

Sonó mi móvil para avisarme de que había recibido un correo. Me disculpé con Suzanne para consultarlo.

Papá:

Entiendo lo que dices, aunque me parece que pierdes el tiempo.

Paul Blanchot puede ser cualquiera, alguien que te mandó un correo hace meses.

Teclea su nombre en tu buscador y así verás de quién se trata.

No es «te quiero» lo que dijo el padre esquimal.

Sólo dijo una palabra.

Estoy a punto de embarcar.

Cuídate.

Levanté la cara del móvil, Suzanne ya se había terminado el cigarrillo.

—Era mi hijo, está en Islandia, a punto de embarcar rumbo a Groenlandia.

Noté que eso la impresionaba, era lo único fascinante en mí.

Dijo:

—Bueno...

Para anunciar que ya se iba.

No quería que se fuera. Me gustaban sus ojos, la forma que tenía de moverse y también su voz.

No sabía si aún me quedaba imaginación suficiente para reaccionar rápidamente en esa clase de situaciones. Decir una palabra para retenerla. ¿Cuál era la que le había dicho ese padre esquimal a su hijo? Ahora no tenía tiempo de pensarlo, necesitaba encontrar una palabra que me permitiera volver a ver a Suzanne.

—¡Ciega! —dije.

—¿Co... cómo?



—Es ciega.

—¿Quién?

—Raymonde Ferry... La he conocido hace un rato... Es ciega.

—Sí... es t... triste.

—Me ha dicho que antes le gustaba leer.

—Pu... pu... puede ser.

—Se me ha ocurrido que... podría venir a leerle libros.

Suzanne miró a otra parte, hacia la hilera de grandes álamos que crecían delante de la residencia.

—Se lo co... co... comentaré. Se... seguro que le ha... hace ilusión. Aquí la gente se... se siente sola. Pe... pero tenga cuidado, hay so... so... soledades que es me... mejor no alterar.

—¿Qué quiere decir?

—Si emp... empiezas un libro, t... t... térmelo. Por... porque, si no, es... es... esperarán el fi... final, y la so... soledad será aún ma... ma... mayor.

Avanzó hacia la puerta acristalada, que se abrió automáticamente.

—La me... mejor hora es por la ma... mañana, antes de co... comer.

Pregunté:

—¿Mañana?

—Sí, ma... mañana está bien.

No había recuperado mi libro, pero me había comprometido a leer otro distinto. Nada menos. Retrocedía a ojos vistas. Era una especie de Benjamin Button de extrarradio. A ese paso, acabaría hecho un feto en los brazos de una Raymonde ciega.

Volví a mi casa y miré la puerta con una mezcla de melancolía y desesperación, imaginándome al repartidor de Amazon ahí mismo, con mi libro en la mano, unas horas antes.

Llegué justo a tiempo para «Cuatro bodas y una luna de miel». Pero sonó el teléfono, era mi mujer. No me decidía a responder (como siempre), debatiéndome entre el deseo de ver estrellarse a Karine con su tema «El amor eterno», que organizaba en un salón de bodas con tejado de uralita perdido en una zona industrial, y el de oír la voz melodiosa y tranquilizadora de mi exmujer, azote de los fumadores, que siempre terminaba nuestras conversaciones deseando que se me pudrieran los pulmones o que cayera muerto en el acto.

Me decanté por las novias.

Karine lo llevaba chungo, la lluvia había hecho acto de presencia en su boda, y, mojado, su vestido parecía una carpa de circo.

Mi exmujer me mandó un mensaje:

¿No contestas?

Me pareció completamente estúpido y fuera de lugar comentar con un mensaje lo que acababa de hacer.

No contesté, y tuve la inteligencia de no enviarle un «No».

Karine se reunía con su marido en la iglesia, mientras las otras tres ponían cara de funeral.

Criticaban la iglesia (demasiado fría), las vidrieras (demasiado viejas), la homilía (demasiado larga), los votos (demasiado tontos) y al hijo de cinco años de los novios que traía los anillos (demasiado feo).

Tras la ceremonia, los jóvenes esposos compartían su felicidad ante las cámaras, con el hijo entre ambos.

—La ceremonia ha sido exactamente como nos la imaginábamos... Mejor de lo que habíamos soñado... Es el día más bonito de nuestras vidas.

El niño miró a su madre cuando ella dijo eso.

El padre, que parecía recién salido de una anestesia general, repetía:

—Es el día más bonito de nuestras vidas.

Era de desear que el nacimiento de su hijo se encontrara al menos en la segunda posición de los días más bonitos de sus vidas.

Mi exmujer me mandó otro mensaje:

¿Qué haces?

Contesté automáticamente:

Escribo.

Ella fue más rápida todavía en su respuesta:

Ja ja.

Quitó el sonido de la tele y la llamé.

Pese a haber contestado a mi mensaje a la velocidad del rayo, dejó sonar el teléfono cuatro veces antes de descolgar.

—¿Sí?

—¿Qué es eso de «ja ja»?

—Nada... Sólo «ja ja».

—¿Te estás burlando de mí?

—Qué va, me río, me río digitalmente, ¿es que no puedo?

—Bueno, mira, de verdad que estoy escribiendo, ahora no tengo tiempo de hablar.

Mientras lo decía, miraba en silencio las imágenes del interior del salón de bodas de Karine. Era de una fealdad pasmosa.

—¿Qué estás escribiendo?

—Mi libro.

—¿Cuál?

—El de Plinio el Viejo.

—¡Ah, tu famoso tema!

—Sí.

—¿Pero no era una mentira para tu editor?

No hay nada más odioso que la gente que te conoce bien.

—Sí, pero ahora lo estoy escribiendo...Te dejo, hasta pronto.

—Espera, ¿tienes noticias?

—Se marcha de Islandia rumbo al sur de Groenlandia, se va en barco, estará ilocalizable durante dos días.

—¿Qué?

Su voz, divertida y sarcástica desde el principio de nuestra conversación, cambió de tono.

Yo mientras tanto observaba las puntuaciones que el jurado compuesto por las otras tres novias otorgaba a la decoración del salón.

Tres sobre veinte. Seis sobre veinte. Cuatro sobre veinte.

—¡Pero estás loco, le dejas tomar un barco rumbo al Polo Norte en el que va a estar ilocalizable!

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que bloquee el puerto a distancia? ¡Sobrestimas mi poder en este mundo!

—No te das cuenta, una travesía así... ¿Quién ha ido a Groenlandia? ¿Quién? ¡Dime una sola persona que tú conozcas que haya ido a Groenlandia!

De veras esperaba una respuesta. Reflexioné unos segundos, sabiendo de

antemano que no conocía a nadie que hubiera hecho un viaje como ése. La gente de mi entorno se iba a Bretaña, al País Vasco o, como muy lejos, a la Costa Brava.

Dije el primer nombre que se me pasó por la cabeza:

—¡Paul Blanchot!

Ella soltó una risita antes de espetarme:

—¿Paul Blanchot, tu inspector fiscal?

Tuve como un destello tan intenso que apagué la tele y me levanté de un salto.

—¿Qué has dicho?

—¿Quién ha ido a Groenlandia?

—No, sobre Paul Blanchot.

—Que me extrañaría mucho que ese tío tan tímido y tan cortado haya estado allí... ¿Te lo imaginas en la banquisa con sus chalequitos de cuello de pico?

Su propia broma le hizo soltar una risa extraña y demasiado fuerte, pero sobre todo se reía de su desesperación por que su hijo estuviera lejos de ella y perdido en algún lugar del Atlántico.

Yo quería que terminara la conversación para poder recuperarme de la impresión de haberme enterado de que Paul Blanchot era mi inspector fiscal. Ahora me parecía evidente.

—Bueno, tengo que escribir.

—¿No te ha dicho nada más?

—No.

—¿Sólo te ha dicho «me voy de Islandia y me cojo un barco yo solo y sin cobertura para ir al Polo Norte»?

Su voz mezclaba diferentes estilos: sarcasmo y espanto.

—No se va al Polo Norte, sino al sur de Groenlandia.

—Ah, claro, porque tú sabes la diferencia entre el norte y el sur de Groenlandia...

—No.

—¿Te crees que es como Lille y Marsella?

—Para nada.

—¿Y qué más te ha dicho?

—Me ha hecho una pregunta difícil.

—¿Una pregunta difícil?

—Una adivinanza, si lo prefieres.

—¿Cuál?

No tenía ninguna gana de contársela, pero sabía que acabaría antes si lo hacía.

—Es la historia de un padre esquimal que cría a su hijo él solo...

—¿Por qué él solo, dónde está la madre?

—¡Ha muerto!

Al decirle esto, sentí un placer a lo Antoine Doinel en *Los cuatrocientos golpes*.

—¿De qué?

—Al dar a luz.

Tono sarcástico de mi exmujer:

—¡Ah!, ¿lo ves?

—Que si veo el qué.

—¡Ningún hombre ha muerto nunca por poner su semen en el cuerpo de una mujer!

—¡Esta discusión me incomoda!

—Bueno, sigue...

—Al cumplir los quince, el hijo se marcha para emprender un viaje de varios meses por los glaciares, y...

Tono preñado de espanto de mi exmujer:

—¿Por qué se marcha?

—¡Es la tradición!

—¿Es la tradición mandar a los hijos de quince años a morir en el hielo?

—Es el paso del niño a la edad adulta, se trata de un rito.

—¡Tú para eso te fuiste de putas!

Era cierto.

Me arrepentía de los miles de confianzas que le había hecho a mi exmujer en todos esos años. Por otro lado, también me gustaba que me conociera tan bien y que recordara mis historias, que sacaba a colación regularmente, bien para hacerme daño, bien para disculpar mi estado mental.

—¡Voy a colgar!

—Es una broma, venga, sigue...

—Entonces el padre acompaña al chaval hasta la salida de la aldea, y allí le dice una palabra, la primera desde que nació.

Hubo un silencio, y mi mujer preguntó:

—¿Qué palabra?

—Ésa es la adivinanza.

Buscaba cuál podía ser.

—Mmm... mmm... mmm... Está claro... ¡Le ha dicho «ten cuidado»!

—No, una sola palabra.

—Pues entonces ¡«cuidado»!

—Es la primera vez que le habla, ¿y sólo le dice «¡cuidado!»?

—¿Qué quieres que le diga con sólo una palabra? Ese padre es horrible. ¿Tú te ves a ti mismo sin hablarle jamás a tu hijo durante quince años, para luego no decirle más que una palabra antes de que se vaya a congelarse durante meses en el hielo?

—No.

—Esa historia es una tontería.

Yo sabía que seguía buscando la palabra, la oía hablar mentalmente.

Quería colgar para pensar en Paul Blanchot.

—Bueno... Hasta pronto.

—Vale.

Cada vez me retrasaba más en el pago de los impuestos. Mantenía con el fisco una relación espaciotemporal en plan cuarta dimensión. Y viajábamos juntos en el tiempo. En 2014 todavía tenía pendiente pagar los impuestos de 2012. En 2016 me reclamaban un pago en mora de 2011. Y para los de 2016 me proyectaba a 2020, que sería cuando podría pagarlos. Esto en lo que respecta al tiempo. En lo que respecta al espacio, visitaba regularmente la oficina de la Agencia Tributaria (cuyo edificio era contiguo al mío) para justificar mi comportamiento, quejarme, argumentar y darles una pizca de esperanza en cuanto a un próximo ingreso económico por mi parte.

Éramos varios los tipos en mi caso, sentados en una sala de espera de ese edificio desprovisto de encanto (que podría haber servido de salón de bodas para mi programa favorito) cuyas paredes estaban cubiertas de moqueta (¿por qué?). En éstas, sujetos con chinchetas, había carteles de crías de animales salvajes o exóticos, reproducciones de los años ochenta que te hacían pensar que todas se habrían muerto ya de viejas o devoradas por otros depredadores.

Había trabado amistad con uno de mis semejantes. Fuera de esas paredes no nos habríamos hecho amigos, pero allí dentro éramos hermanos.

Había perdido la empresa y había utilizado los ahorros destinados a pagar los impuestos para dárselos a la gente a la que estaba despidiendo. Era una especie de héroe, y no se arrepentía lo más mínimo de lo que había hecho.

Me gustaba su manera de ver las cosas y su positividad a prueba de bombas:

—¡No pueden hacernos nada!... Si no tienes dinero, esperarán a que lo tengas, ¡y ya está!



—Pueden embargarnos los muebles y todo lo que poseamos.

—Qué va, no les interesa, ¿qué quieres que hagan con una tele y un armario pasado de moda? Lo que quieren es pasta.

—Pueden bloquearte las cuentas y no dejarte nada para vivir.

—No, hombre, no... Lo que hay que hacer es ir a verlos y llegar a un acuerdo. Eso es lo que quieren. Que se les tenga al tanto... Es una jerarquía... El tío que ves en ese despacho debe rendir cuentas a otro tío, y a otro más arriba... De aquí a que lleguen hasta el último tío sentado en su trono, hay tiempo de verlas venir y de recuperarte.

Conocí, pues, a todo tipo de inspectores fiscales con los que llegaba a acuerdos y a compromisos para pagar mi deuda.

No hacía trampas, ahorraba lo que podía y enviaba mi cheque el día convenido, orgulloso de cumplir mi palabra, imaginándome al inspector abriendo el sobre y sonriendo al descubrir el dinero, comentando para sus adentros:

—¡Éste es un hombre en quien se puede confiar!

Luego iba a ver a su superior, que a su vez veía a otro, y se iban pasando mi cheque, hasta que llegaba al último, el del trono.

—¡El escritor ha pagado!

—Bravo, chicos.

—No, bravo por él, ese hombre sabe cumplir su palabra, con dos años de retraso, sí, pero ha hecho lo que dijo que haría.

Desconfiaba de mi imaginación en materia administrativa, era capaz de llevarme un chasco si no recibía una carta de agradecimiento.

*Estimado señor:*

*Sabemos que ha sido difícil para usted. Aunque todo el mundo deba cumplir con sus obligaciones fiscales por el bien de la sociedad, también sabemos que es usted un niño en el cuerpo de un adulto.*

*No trata de robar o de ocultar una riqueza que no posee. No es sino un poco más tonto que los demás, y eso también lo sabemos.*

*Por esta razón, y para felicitarlo, le enviamos un cromó.  
El de la cría de oso polar.  
Cuando reúna diez cromos, conseguirá un cartel.  
Con mucho cariño,  
Los impuestos.*

Mis problemas de verdad empezaron en 2015. Mientras ahorraba para pagar los impuestos de 2013, otra rama del tesoro público se sirvió directamente de mi cuenta bancaria: las multas.

Vaciaron mi plan de ahorro y las cuatro perras que había conseguido juntar, fue como la recaída de un exalcohólico que se toma su primera cerveza. (Sobre esto hay una frase muy bonita: «Una copa es demasiado y mil no son suficientes».)

No sólo estaba sin blanca, incapaz de pagar los impuestos de 2013, sino que además un correo me explicó que habían sacado el dinero directamente de mi cuenta al no obtener respuesta por mi parte a sus numerosas cartas (guardadas en el cajón «penas y disgustos»).

Conviene saber que eso no cambió en nada mi problema: mi Mercedes se lo había llevado la grúa, podía recuperarlo previo pago de 13.587 euros (el doble de lo que me había costado), la tartana ya no andaba, y, según mis cálculos, el importe de las reparaciones rondaría los veinte mil euros.

Maltrecho y sin fuerzas, dejé esa herida abierta, sin tratar siquiera de justificarme en mi oficina de la Agencia Tributaria, a la espera de recibir el tiro de gracia.

Se inició entonces para mí una época que bauticé con el nombre de *tributismo*.

El *tributismo* es un momento de tu vida en el que debes dinero y sabes que nunca podrás pagarlo.

Todo tu ser está condicionado por esa carga que rechazas sin cesar y por todos los medios.

Tu risa es diferente, te ríes, pero te paras en seco porque eres *tributético*.

Tus sueños clásicos se ven aquejados de pronto de *tributismo*, y caes al vacío desde la ventana de algún edificio o te encierran vivo en un ataúd para toda la eternidad.

Cuando la gente te habla, de pronto desconectas, y tu pensamiento naufraga en *La tributética island*.

Luchas contra este mal que te aqueja, te tranquilizas a ti mismo: *no es tan grave, un día moriré y conmigo morirá también el tributismo*.

Te alías con la suerte y el azar para combatir al enemigo que te carcome:

—Hola, ¿cuál es el bote del Euromillón esta semana?

—Ciento setenta y cinco millones.

Desafías a la suerte y juegas las cifras de tu número de identificación fiscal.

Y, al llegar la noche, fantaseas con todo ese dinero que vas a ganar seguro, y entonces crees que puedes hacerle el amor a tu mujer, pero el *tributismo* vuelve para debilitar tus deseos y congelar tus esperanzas.

Cada época tiene su rey. Cada religión, su profeta. El de mi *tributismo* se llamaba Paul Blanchot.

Llegó a mi vida mediante un correo matutino:

Estimado señor:

Le ruego se ponga en contacto conmigo en la oficina de la Agencia Tributaria de su distrito, con el fin de concertar una cita para hallar la manera más rápida de saldar su deuda del impuesto sobre la renta de las personas físicas de los ejercicios 2013, 2014 y 2015.

De no obtener respuesta por su parte, su expediente n.º 1223787809 será objeto de una providencia de apremio.

Sin otro particular, lo saluda atentamente,

Paul Blanchot

Inspector de la Agencia Tributaria

Como no podía guardar ese correo en mi cajón, contesté:

Estimado señor Blanchot:

¡Sí, en efecto, estaría bien que arreglásemos este asunto!

Dejo la fecha a su elección.

Sin otro particular, lo saluda atentamente.

Repetía siempre la última frase (el saludo) al remitente del correo. Nunca sabía qué grado de confianza tenía con la gente: *Atentamente, cordialmente, muy cordialmente, nos vemos, un beso, te quiero.*

Paul Blanchot me contestó de inmediato:

Le propongo vernos esta tarde a las 14.30 en su oficina de la Agencia Tributaria más cercana.

Gracias.

Cordialmente,

Paul Blanchot

Contesté, mucho más rápidamente de lo que podía pagar:

De acuerdo.

Gracias.

Cordialmente.

Me contrariaba que la cita fuera inminente. Me sentía como si un médico me hubiera anunciado una operación justo después de una consulta.

Fui a vestirme y me puse mi abrigo negro. Antes de salir, le dije a mi hijo:  
—¡Voy a ver al tío de los impuestos!

Fue entonces y de esa manera cuando dio comienzo en mi memoria el desvanecimiento de ese nombre, seguido de una amnesia total.

Paul Blanchot se convirtió en «el tío de los impuestos».

—Tengo que llamar al tío de los impuestos.

—Otra vez me ha escrito el tío de los impuestos.

—He soñado que asistía a la cremación del tío de los impuestos y me pedían que quemara yo mismo el cuerpo.

El hombre en cuestión no era ni alto ni bajo, ni feo ni guapo, ni joven ni

viejo, ni flaco ni gordo, ni calvo ni con mucho pelo. Era inmediatamente olvidable, se parecía al tipo que se te sentó al lado en el autobús en 1987, es decir, no lo recuerdas en absoluto.

Era como la mayoría de la gente: normal por fuera pero loco de atar por dentro.

La cita duró cuatro minutos exactos (parte de los cuales se los pasó al teléfono, un minuto insultando a otro contribuyente y treinta segundos hablando con su mujer).

—¿Cuándo piensa pagarnos?

—Lo antes posible.

—Eso no es una respuesta, necesito una fecha.

—Digamos dentro de seis meses.

—Olvídelo, tiene siete días.

—¡Pero no voy a poder reunir esa cantidad en siete días!

—Haberlo pensado antes.

—Lo hice, pero entre medias se cruzaron sus amiguetes los de las multas.

—No son mis amiguetes, y no me gusta ni su forma de hablar ni sus libros.

—¿Conoce mis libros?

—Por desgracia sí.

—¿Cuál de ellos?

—El de las barriadas del extrarradio.

—¿Y por qué no le gusta?

—¡Es un libro de ciencia ficción!

—¿Por qué lo dice?

—Nada es verdad. Esas barriadas están plagadas de gentuza que asusta a la buena gente.

—Pero allí también vive buena gente, ¿sabe?

—Es ciencia ficción.

—Y esos jóvenes no son todos gentuza, también hay chavales que se

sienten rechazados.

—Yo los rechazo.

—Tienen que darme un poco de tiempo.

—No.

Su teléfono volvió a sonar, seguramente se trataba de una futura víctima.

Era su mujer:

—¿Sí?... Sí... sí... Llegaré a las 19.25... sí... sí... el salmón unilateral, sí... sí... con arroz... sí... pues brócoli... sí... sí... sí... hasta luego.

Vagando por la calle como un alma en pena, aturdido y hablando solo como un veterano de Vietnam atormentado por las imágenes pasadas de su tortura y su cautiverio, llamé a mi editor:

—¿Diga?

—¡Se me ha ocurrido un tema para un libro!

—¡Pues ya iba siendo hora! ¿De qué va?

—Ya te lo contaré, pero es muy bueno... Tengo que marcharme un tiempo para documentarme... Necesitaría un anticipo.

—¿De cuánto?

Le pedí el importe exacto de mi deuda, decimales incluidos.

Mi editor, que había pagado los impuestos de un tercio de los escritores franceses, se sabía la canción.

Me envió el cheque, lo cobré y lo transferí directamente a la Agencia Tributaria.

Paul Blanchot desapareció, y surgió Plinio el Viejo.

Busqué un libro que leerle a Raymonde al día siguiente.

Tenía una biblioteca bastante bien surtida. Lo esencial de ciertos autores, dispuestos por orden alfabético. Me costaba escribir en esa habitación bajo la mirada de esos miles de escritores prolíficos y geniales.

Me topé con dos obras de Lamberti que no recordaba haber guardado ahí y mucho menos comprado. Ésa es la marca del éxito: que en casa de la gente haya libros tuyos que esa gente no quiere. Estaba seguro de que Lamberti no tenía ninguno mío.

Observé las obras completas de Balzac. Esas historias rurales podían gustarle. Pero los libros eran tan gruesos que temía que ella nunca llegara a escuchar el final, y que la lectura me llevara diez años. Con Víctor Hugo, igual. Thomas Hardy, tres cuartos de lo mismo.

Mis obras completas de Fante, Brautigan, Bove, Selby, Crews, Goines podían provocarle pulsiones que no podría aplacar.

¿Por qué no *Pimp*, de Slim, un libro a años luz de ella, la historia y redención de un proxeneta?

¿*El monte análogo*, de Daumal, y su grupo de excéntricos que buscan una montaña mágica, invisible y oculta en nuestro mundo?

¿*Teoría King Kong*, de Virginie Despentes?, que debería ser lectura obligada en todos los colegios franceses y, por qué no, en las residencias de ancianos.

¿El inmortal *Quijote*?

¿*Primer amor*, el desgarrador homenaje de Beckett a su prostituta?

¿*Bartleby*, genial relato de Melville, que fue pasto de las llamas en el

almacén de su editor un mes después de su publicación?

*¿Luz de agosto, La montaña mágica, Ascensión, La caída, El libro de mi madre, Aurélien, La confesión de un hijo del siglo, El libro de las noches, Body, Mis amigos, Nunca mueras solo, Un año, Alcoholes, Satán en Goray, Pulp, La separación, Bohemias, El dolor, Escribir, American Psycho, Lunar Park, Opus nigrum, Los alimentos terrenales, Paludes, Cámara oscura (interesante para Raymonde n.º 1), La educación sentimental, Tropismos, El uso de la palabra, El pájaro pintado, Pregúntale al polvo, El libro del desasosiego, El castillo, El idiota, Cien años de soledad, Lolita, Las confesiones de san Agustín, El arrancacorazones, Maldoror, El rojo y el negro...?*

Al toparme con *El libro de las maravillas* de Marco Polo me acordé de *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino. Ese libro me pareció ideal. Además de ser una obra maestra, encarnaba perfectamente lo que vivía Raymonde, ciega y encerrada en su residencia.

Kublai Kan, emperador de Mongolia, envía a Marco Polo a descubrir el mundo para su reino.

Marco Polo describe esas ciudades imaginarias, fantaseadas y utópicas, con nombre de mujer.

Kublai Kan y Marco Polo conversan, en términos misteriosos y poéticos. A Kublai le gusta escuchar a Marco, más por lo que narra que por la existencia en sí de esas ciudades y la expansión de su imperio.

La ciudad a la que yo me dirigía, Saint-Maur-des-Fossés, santo patrón de los enterradores, no tenía nombre de mujer.



Esa noche dormí bastante bien. Sólo me desperté una vez, hacia las cuatro de la madrugada, para abrirle la puerta a Amazon. Ahora ya lo hacía de manera natural. En mi sueño llamaban a la puerta, me levantaba, me ponía el pantalón de chándal, cruzaba tranquilamente el salón para abrir, constataba el silencio en el rellano desierto, cerraba la puerta y regresaba a la cama.

Para ayudarme a conciliar el sueño tenía *El hormigón, el oro de la Armada en el Imperio bizantino*.

Busqué también la palabra que había podido decirle ese padre esquimal a su hijo. Me imaginé en esa misma situación, vestido y calzado de piel de foca, con mis raquetas en los pies y los labios agrietados, diciéndole a mi hijo un puñado de palabras más o menos serias:

*¡Ama! ¡Vive! ¡Sé! ¡Come!*

Y, en un giro hacia el absurdo:

*¡Ballena! ¡Infiernillo! ¡Stop! ¡Funda! ¡6 sobre 20! ¡Trampa! ¡Transexual! ¡Ictus! ¡Beausoleil! ¡Suzanne!*

No controlaba mi pensamiento, nunca había aprendido a hacerlo. Podía por ejemplo pensar en Suzanne. Ver en mi cabeza las imágenes de los cigarrillos que nos habíamos fumado juntos en la puerta de la residencia, su rostro ligeramente inclinado y su sonrisa frágil. Recordar cómo se ceñía la bata al cuerpo con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus manos finas. Recordar las venas de sus manos, el color de éstas formando un dibujo en la blancura de su piel satinada. Saber que le había crecido el pelo desde que había posado para la foto que tenía Raymonde en su habitación. Saber que le temblaban un poco los labios antes de hablar. Que tomaba una breve

inspiración antes de hablar. Que su voz era ligeramente ronca, como quien ha gritado demasiado o no ha dicho lo suficiente.

Podía pensar en Suzanne, imaginar que escucharía mi lectura de *Las ciudades invisibles*. Que nos fumaríamos otro cigarrillo juntos y que nuestra relación progresaría a medida que se fuera consumiendo el tabaco entre nuestros dedos. Podía seguir concentrándome para que mi pensamiento no divagara, e invitar a Suzanne a salir. Quedaríamos en un café, anochecería tarde ese día, y me turbaría verla sin su bata de enfermera, la encontraría aún más diferente, no diferente de sí misma en su atuendo habitual y en esa residencia de ancianos, sino diferente de todas las demás mujeres.

Podía pensar que Suzanne no era como las demás mujeres, dejar vagar mi pensamiento y, unos segundos incontrolados más tarde, preguntarme cómo sería el mundo si los perros fumaran. Considerando que la esperanza de vida media de un perro era de quince años, ¿a qué edad podía morir un perro fumador?

En el espacio-tiempo de los perros, ¿debían multiplicarse por siete los minutos de vida que restaba cada cigarrillo fumado?

¿Tenía un perro hijo de perros fumadores más probabilidades de ser fumador a su vez que el resto de los perros?

Podía espabilarme, dar un respingo para salir de mi desvarío mental y volver un instante con Suzanne, pero a los cinco segundos ya estaba montando un negocio de cigarrillos electrónicos para perros y buscando un nombre para mi empresa.

Al final siempre se me ocurría alguno.

*Ciga(pe)rrillos.*

Tomar el tren de cercanías A dos días consecutivos me dio la impresión de llevar una vida normal, con un trabajo, un horario y una rutina diaria.

Llevaba el libro de Calvino en el bolsillo y estaba muy contento de redescubrirlo con Raymonde. Podía mostrarme muy entusiasta con la genialidad ajena, e incluso apropiarme de ella de algún modo. Me gustaba enseñarle películas a mi hijo o recomendarle libros que me habían apasionado, y verlo reír o emocionarse con esas obras me daba la misma satisfacción que si se hubiera tratado de mi propio trabajo.

Consideraba a los artistas a los que admiraba parientes o amigos muy cercanos. Nabokov era uno de mis tíos rusos. Fellini, un tío romano. John Fante y Vittorio de Sica, igual. Marguerite Duras era mi tía querida. Françoise Sagan, mi prima adorada. Flannery O'Connor, mi prima norteamericana. Había bebido whisky con Beckett y dormido entre Cohen y Yourcenar, a quienes quería reconciliar. Eran mi extensa familia. Mi extensa y hermosa familia que tan presente había estado para mí y yo tan poco para ella. Era su sobrino, un sobrino con menos talento que ellos y hasta un poco gilipollas, pero al que le tenían cariño. Y hoy me iba a resarcir en parte, leyendo en voz alta esas maravillas de Italo, mi tío de Italia.

Mi hijo debía de estar a mitad de su travesía, en algún punto en medio del Atlántico.

Habíamos dormido en la misma cama, en las mismas casas, vivido a escasos centímetros el uno del otro, y ahora tenía que contentarme con saber que estábamos en el mismo planeta nada más.

Mi hijo tenía razón, y también mi exmujer: era poco probable que mi antiguo inspector fiscal estuviera atrapado en África después de sufrir una agresión en compañía de una secretaria llamada Cécilia, herida de arma blanca.

Y aún menos plausible que me pidiera ayuda a mí, en especial para que le enviara dinero. Conocía perfectamente mi situación, él mismo me había vaciado la cuenta bancaria.

Pero con frecuencia los más pobres son los más generosos, y prueba de ello es su indigencia.

Releí el correo que me había enviado en mitad de la noche.

Ahora que había identificado al remitente, la primera frase me pareció inverosímil:

Querido amigo.

Y la repetía de nuevo al concluir:

Tu amigo,  
Paul

No veía claro que hubiéramos tenido tanta amistad.

Por otro lado, nunca sabía bien cuándo se hablaba de amistad, de simple compañerismo, de trato profesional a secas, de conocidos, de pasión, de desavenencias, de fusión o de venganza, y lo mismo me ocurría con esos atentos saludos y demás expresiones de la más alta estima y consideración. Dejando a un lado a mi hijo, que ocupaba un lugar aparte en mi corazón junto a mi familia imaginaria de artistas geniales, yo no tendía ni a atosigar a la gente ni a guardarle rencor. Me contentaba con comportarme exactamente como lo hacían conmigo. Cálido en la calidez, indeciso en la tibieza, gélido en la frialdad. Tenía el don de percibir las ondas positivas o negativas nada más entrar en una habitación o en la primera mirada que se me dirigía. Había tenido una magnífica maestra para desarrollar esa facultad: mi exmujer.

Al principio de nuestra convivencia, cuando era un aprendiz en la tarea de catalogar sus distintos estados de ánimo, sus cambios de comportamiento habían sido más básicos. En resumen, o bien se mostraba alegre y eufórica, o bien cerrada y desagradable. Al comprender que me resultaba muy fácil evaluar su humor, con el paso de los años lo fue afinando para tratar de descolocarme, ocultando bajo una aparente amabilidad un rencor o un enfado rabioso listos para estallar cuando menos me lo esperaba. Yo también mejoraba y ya era capaz de desvelar en su juego de piernas, en un pestañeo irregular o en el nivel sonoro de su risa la expresión real de lo que sentía en lo más hondo de sí misma.

En el momento de nuestra separación habíamos alcanzado un nivel olímpico en esta disciplina.

Al final ponía mala cara para que se viera que estaba feliz de poner mala cara porque estaba feliz.

¿Y si Cécilia fuera la clave del misterio Paul Blanchot?

Se refería a ella como a una colaboradora que lo acompañaba en un proyecto.

¿Qué proyecto podía tener ese hombre en Abiyán?

La Agencia Tributaria no lo había enviado allí para atrapar a un evasor de impuestos. Era tarea de la policía dar con él primero, y a continuación extraditarlo y sentarlo frente a un Paul Blanchot cualquiera para que éste lo insultara y lo obligara a pagar.

O puede que Paul Blanchot llevara una doble vida, que tuviera un negocio que montar, lejos de todo, con su amante, Cécilia, una compañera de trabajo o una antigua *tributética* ella también que el inspector había devuelto al buen camino antes de permitir que su corazón se enterneciera ante tanta inocencia.

Llamé a la sede de la Agencia Tributaria de mi distrito.

Después de un disco de cinco minutos que repetía los horarios, la dirección y sobre todo que era más sencillo visitar su página web, con

*Carmina Burana* de música de fondo, por fin una señora descolgó el teléfono:

—Agencia Tributaria, dígame.

—Hola, quería hablar con Paul Blanchot, por favor.

—No está, le paso con otra persona.

Primera pista: ¡no estaba!

Sentí que me embargaba una especie de tensión mientras escuchaba de nuevo la voz pregrabada y el *Carmina Burana*:

—Hola, soy Pierre Rondet, ¿en qué puedo ayudarle?

—Sí, hola, quería hablar con Paul Blanchot.

—No está, yo lo sustituyo.

Segunda pista: ¡tenía un sustituto!

—¿Está en África?

—Mmm... No lo sé.

—¿Sabe cómo puedo ponerme en contacto con él?

—Lo siento, pero no estoy autorizado a darle su número personal, ¿trata usted con él en la Agencia Tributaria?

Primer error: contestar.

—Sí.

—¿Cuál es su número de expediente?

—No lo sé.

Me pregunté si otra gente en mi misma situación se sabía de memoria el número de su expediente fiscal.

—¿Cuál es su apellido?

Segundo error: decírselo.

El sustituto tecleó.

—Sí, así es, el señor Blanchot lleva su expediente. Veo que está fuera de plazo para el ejercicio 2016.

—Ah.

—Se le ha aplicado ya un interés de demora del diez por ciento.

—Ah.

—¿Tiene idea de cuándo podrá saldar su deuda?

El sustituto hablaba con una voz bastante neutra, casi dulce. Empleaba palabras vagas (*idea, podrá*) para pedirme que pagara. Enseguida me cayó simpático, me habría encantado tratar con él mi próximo problema de impuestos, que iba creciendo sin prisa pero sin pausa. Pero sólo era un sustituto, podía utilizar palabras ligeras con voz meliflua pues sabía que sólo estaba de paso.

—Sí... Pronto.

—Muy bien, voy a registrar esta llamada en su expediente. El señor Blanchot se pondrá en contacto con usted cuando vuelva de vacaciones.

Tercera pista: ¡estaba de vacaciones!

—¿Cuándo vuelve?

—El lunes.

Cuarta pista: ¡volvía el lunes!

Me presenté en la recepción de la residencia Beausoleil y pregunté por Suzanne. Sabía dónde estaba la habitación de Raymonde (la primera Raymonde del módulo azul), pero si estaba allí era por Suzanne, aunque para acercarme a ella tuviera que leerle *Las ciudades invisibles* a una ciega.

Me dijeron que esperara, avancé un poco por el pasillo y me fijé en los mismos carteles de los años ochenta con crías de animales que ya habrían muerto.

Por un instante me imaginé que Paul Blanchot, harto de esos carteles pasados de moda, había decidido marcharse a África para hacer él mismo fotos de nuevas crías de animales aún vivas, que había contratado a una ayudante de fotografía llamada Cécilia y que se habían topado con un grupo de cazadores furtivos, los causantes de sus heridas y de todos sus problemas.

Por suerte, Suzanne llegó antes de que me diera tiempo a desarrollar esa idea absurda y a perder dos neuronas más.

Recorrimos el pasillo uno al lado del otro, con la línea azul entre los dos. Me costaba no mirar a Suzanne, por lo que fijé la vista en la línea.

—¿Es... está escri... escribiendo un libro en es... este momento?

—No, más bien no.

—En... entonces ¿qué hace cu... cuando no es... escribe?

La miré, ahora podía hacerlo, me estaba hablando.

—Busco un tema sobre el que escribir.

En realidad, esperaba a que la escritura me cayera del cielo. Que me despertara una mañana. Que me sacara de la cama, que me levantara, que me hablara, que me raptara, que me acariciara, que me golpeara, que me



quemara. Esperaba que la escritura me salvara la vida, que me salvara de esta vida.

—¿Y usted qué hace cuando no es enfermera?

Sonrió.

—Nada.

Su nada lo era todo.

Todo lo que me habría gustado saber y conocer.

Raymonde me esperaba en su sillón, con el cojín bordado entre las manos. Suzanne la había avisado de mi visita, y la anciana estaba encantada.

Suzanne le habló, y su tono era distinto, se sentía más a gusto en el lenguaje de su profesión. Pensé en que una no se convertía en enfermera por casualidad, y menos en una residencia geriátrica. Y me dije que ocuparse de los ancianos era una manera de seguir siendo un niño.

—¿Qué... qué tal se encuentra esta ma... mañana, Raymonde?

—Muy bien, ¿está aquí el escritor?

—Sí, está aquí co... conmigo.

—Buenos días, Raymonde.

—¿Va a leerme un libro?

—Sí... He traído un libro muy bueno, *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino... Es precioso, trata de...

—No, no me gusta... Preferiría un libro de Pierre Lamberti.

Ese nombre me encogió el pecho de golpe, se me contrajeron las mandíbulas y sentí un dolor repentino en los brazos. Lamberti era un infarto.

—¿No quiere escuchar el libro que le he traído?

—¡No, Lamberti!

Me volví hacia la enfermera.

—¡No es mi autor favorito precisamente!

Suzanne reía, la situación le resultaba divertida.

—¡Si... si... si es lo qu... que le gusta a... a ella!

—Pero es que no he traído ningún libro de Lamberti.

La anciana bajó la cabeza y la sacudió ligeramente.

—Raymonde André tiene un montón.

Yo sabía que era cierto, había visto la colección completa de las obras del tipo ese en su biblioteca.

Sin perder la sonrisa, Suzanne salió de la habitación diciendo:

—Voy a bu... buscar uno a su ha... habitación.

Me quedé solo con la anciana ciega, abrazados los dos a nuestros peluches, ella a su cojín y yo a mi libro de Calvino.

—Me gusta mucho Pierre Lamberti.

—Qué bien.

Seguía balanceándose, mientras yo permanecía muy quieto.

—¡Es el mejor escritor!

—No lo creo.

—Sí.

—No.

—Sí.

No contesté con un no al último sí, prueba de mi superioridad intelectual. Me limité a pensar que el hecho de hacerse mayor no mermaba el mal gusto.

—Está usted celoso.

—En absoluto.

—¡Sí que lo está!

—No.

—Sí.

Suzanne volvió por fin, acompañada de Raymonde André, que traía un libro de Pierre Lamberti en las manos.

—¿No le mo... molesta que Raymonde André a... asista también a la... la lectura?

—En absoluto.

Tenía dos Raymondes por el precio de una. Intenté quedar bien delante de

Suzanne, pero la Raymonde ciega me lo impidió:

—¡Está celoso de Pierre Lamberti!

La otra Raymonde intervino:

—¡Pues no hay razón para ello!

—¡No estoy celoso!

—¡Sí!

—Qué va... ¡Cómo voy a estar celoso de ese gilipollas! ¡Escribe libros como churros!

Estupefacción general. Silencio total. Opinión patética. Léxico vulgar. Había perdido el control de mi taller de lectura. Las tres mujeres me miraron. Hasta la Raymonde ciega levantó la cara y pareció recuperar la vista un instante para observar la flaqueza del nuevo monitor.

Por suerte, las dos ancianas no tenían tiempo que perder y se reponían enseguida de esa clase de excesos. Además, no iban a privarse de un rato en compañía de un extraño dispuesto a leerles lo que querían para gustarle a una enfermera a la que encontraba cada vez más guapa.

Mi Raymonde admiradora aplacó los ánimos sentándose en el borde de la cama.

—Venga, vamos a empezar, no pasa nada por estar un poco celoso, a veces los celos son muestra de ambición, mejor estar celoso de Pierre Lamberti que de un mal escritor, lo inspirará para su próximo libro.

No contesté.

Suzanne me puso una silla frente a las dos Raymondes.

Abrí el tocho de Lamberti (674 páginas), de título evocador: *Eco del ego*.

Y empecé a leer.

Suzanne se tomó cinco minutos para escucharme y luego me hizo un pequeño y delicioso gesto que quería decir a la vez que tenía trabajo y que nos veríamos más tarde.

Al cabo de diez minutos, mi Raymonde se durmió, dando una cabezada sobre el hombro.

Yo seguí leyendo.

No sabía si la Raymonde ciega también dormía, porque tenía la cara inclinada hacia abajo todo el rato.

Me interrumpí un segundo para preguntar:

—¿Se ha dormido?

—¡No!

Proseguí.

Las cincuenta primeras páginas (cuerpo 36) exponían de manera clásica y pésima lo que seguiría en las 620 restantes.

Una pareja se va de luna de miel al desierto del Sáhara. Tras un recorrido en camello y unas descripciones surrealistas del animal, las dunas y la arena (doce páginas), se meten en la tienda, donde los autóctonos (una especie de esclavos subdesarrollados) les han preparado la cena (descripción de los platos orientales, diez páginas). La pareja hace el amor (diecinueve páginas). El hombre se duerme (tres páginas), exhausto por los últimos movimientos de su cuerpo y por la sacudida final. La mujer se levanta, se viste y sale de la tienda (cuatro páginas).

Fuera la espera un hombre. Rubio. Alemán. A caballo.

Se van juntos a ver «al niño».

¿Quién es?

¿Adónde van?

¿Por qué?

Nos traía sin cuidado.

Al final del primer capítulo me fijé en que la Raymonde ciega ya no se balanceaba.

—¿Raymonde?

No hubo respuesta.

Cerré el libro y me quedé inmóvil frente a las dos ancianas dormidas.

Sus respiraciones eran trabajosas, acompañadas de tanto en tanto de un ligero ronquido; resultaba muy difícil distinguir a quién correspondía cada una, sobre todo porque no iban acompasadas. Sonaba un soprido continuo, como en una fábrica de sueños.

Le envié un correo a mi hijo:

Querido hijo:

Pienso en ti y te imagino rodeado de horizonte.

Tenías razón en lo de Paul Blanchot, tu madre se ha acordado, ¡era el de la Agencia Tributaria!

Pese a todo, estoy tratando de comprobar si de verdad está en África.

Se supone que vuelve el lunes, así que ya me enteraré.

¿La palabra que le dijo el padre esquimal a su hijo era «vive»?

Te quiero,

Papá

Cuando estaba frente a las Raymondes dormidas, sonó mi móvil. Era mi exmujer. Contesté enseguida para no despertarlas.

Voz susurrante:

—¿Sí?

Voz muy viva de mi exmujer:

—¿Te he despertado?

—No.

—Puedes decírmelo tranquilamente, tienes derecho a estar inactivo y dormir hasta las tantas.

—¡No estaba durmiendo! Y no estoy inactivo... ¡Ni siquiera estoy en casa!

—¿Y dónde estás?

Dudé antes de contestar:

—En una residencia geriátrica.

—¿Y qué haces ahí?

—Les leo libros a unas ancianas.

—¿Qué me dices?

—Ya te lo contaré.

—¿Por qué susurras?

—Porque se han dormido, no quiero despertarlas.

—¿Me estás diciendo que lees libros a unas ancianas mientras duermen?

—¡Exactamente!

—¿Y te pagan por eso?

—No, es voluntariado.

—Bueno, eres un caso perdido, aunque no es ninguna novedad, pero te

llamaba para otra cosa.

—Dime.

—Estoy obsesionada con la palabra que le dice el padre esquimal a su hijo.

—Eso es por tu vida vacía.

—Menuda estupidez. Que sepas que acaban de hacernos un pedido importante de Australia para VoGreen.

—Mira qué bien.

—No es la palabra en concreto lo que me preocupa, sino que el niño te haya contado esa historia justo antes de desaparecer en el mar.

Cuando decía «el niño» solía ser para que tuviéramos una conversación seria y adulta sobre él (sería para él, adulta para mí).

—¡No ha desaparecido en el mar! Sólo lo está cruzando para proseguir con su viaje.

—Mmm..., mmm..., mmm... Creo que tienes que dar con esa palabra como sea y responder a su pregunta.

—¿Pero de qué me estás hablando? Es una adivinanza, una especie de juego.

—No, no lo creo. Te ha contado esa historia a propósito y justo ahora para preguntarte algo. ¡Es una llamada de socorro!

Por un instante me olvidé de susurrar y grité:

—¡No dices más que tonterías, para ti todo es psiquiátrico! Cuando la gente hace una pregunta, no siempre espera una respuesta distinta. Cuando se pregunta la hora, no significa a la fuerza: «¿Cuánto hace que no te ocupas de mí? ¿Cuánto hace que ya no me quieres?». ¡Hasta cuando hacíamos el amor analizabas la variedad de nuestras posturas o la palabra que anunciaba que iba a correrme!

Las dos Raymondes se despertaron de pronto.

La ciega mugió con un espasmo:

—¡Lamberti!

Y mi fan añadió:

—¡Sí, Lamberti!

Les contesté:

—¡Un minuto!

Mi exmujer intervino:

—¡Ja, ja, ja! ¡Les lees a Lamberti!

—¡Me han obligado!

—¡Serás malvado! Vas a propósito a las residencias geriátricas a atontar a unas pobres ancianas leyéndoles a Pierre Lamberti... ¿Qué te ha pasado?

—¡Pues que he vivido contigo!

—¡Pues tienes un hijo que te está pidiendo ayuda a gritos!

—¡Ve a que te pongan electrochoques!

—¡Encuentra la palabra del esquimal!

Colgó.

Las dos ancianas me miraron: una fijamente, la otra sin verme.

Seguí hablando solo un poco más:

—Es que ya está bien... Qué manía con analizarlo todo... ¿Por qué ese empeño en mezclar rencores pasados con las cosas sencillas del presente?

Les pregunté:

—Según ustedes, ¿qué única palabra le diría un padre esquimal a su hijo de quince años antes de que se marche de viaje?

Al cabo de cinco segundos de reflexión o de silencio vacío, la ciega contestó:

—¡Lamberti!

Reanudé la lectura.

Como se habían dormido, cada dos por tres me pedían que les explicara cosas.

—¿Quién es ese rubio?

—Un alemán.

—¿Y qué hace ahí?



—Aún no se sabe, estaba esperando a la chica delante de la tienda.

—¿La chica estaba en la tienda?

—Sí, con su marido, acababan de hacer el amor.

La ciega se aferró a su cojín.

—No recuerdo ese pasaje, vuelva a leerlo.

Mi fan se inclinó hacia mí para decirme discretamente:

—Tiene alzhéimer.

Reanudé la lectura por la primera página. Al cabo de diez minutos, todo el mundo dormía, incluido yo.

Sentado en un banco del jardín, esperaba a que apareciera Suzanne. Desde donde me encontraba veía la salida, y acababa de encender el segundo cigarrillo.

Me llegó un correo de Amazon:

Hola:

Acabamos de recibir de vuelta tu pedido n.º 7774589098.

Te informaremos debidamente cuando el producto esté listo para salir de nuestros almacenes.

Si necesitas más información o ayuda acerca de tu pedido, te sugerimos que contactes con nuestro Servicio de atención al cliente.

Esperamos volver a verte pronto.

Amazon.fr

Necesitaba una información, y se la pedí a Amazon:

¿Qué única palabra podría decirle un padre esquimal a su hijo justo antes de que éste emprenda un viaje por los glaciares?

Hasta pronto.

Consulté la función seguimiento del pedido: la flecha seguía en el punto de partida.

Un anciano vino a sentarse a mi lado en el banco. Intercambiamos algunas miradas, seguidas de sonrisas.

Al cabo de un rato, me dijo:

—Ya es demasiado tarde.

—¿Cómo?

—Ya es demasiado tarde.

—¿Para qué es demasiado tarde?

—Para todo.

No lo entendía bien. Le ofrecí un cigarrillo, él lo rechazó y repitió:

—Es demasiado tarde.

Yo lanzaba ojeadas a cada rato hacia la salida, situada frente al anciano.

Le pregunté:

—¿Vive usted en esta residencia?

—¡Claro!

—¿Se encuentra bien aquí?

Se rio antes de contestar.

—La vida pasa deprisa... A mí se me hace larga. La gente dice: «La vida es corta», pero a mí no me lo parece. ¿Corta con respecto a qué? ¿Al universo? El universo no sirve de nada, no se puede tocar. Sólo sirve para verlo. Como los caramelos en los escaparates cuando eres niño. Pero cuando comes demasiados caramelos, te hartas y ya no quieres más. Yo también me he hartado del universo.

—¿Por qué, lo ha probado?

—Y tanto que lo he probado.

Yo vigilaba la salida, lo que no impedía que él siguiera hablando.

—La gente dice: «¡Hay que disfrutar!», «¡Disfruta ahora que eres joven!». Yo no lo veo así. En especial si es para crear recuerdos. Me gustaría que me vaciaran la cabeza, la tengo llena. Quieren curar a los que pierden la memoria, pero ¿qué se hace con quienes tienen demasiada?

Nunca sabía cómo reaccionar ante ese tipo de discursos pesimistas que bebían de las fuentes de una sabiduría totalmente estúpida. Atraía a esa clase de profetas de residencia geriátrica. Percibían que yo no entraría en su juego de despoticar de la humanidad, el sentido de la vida y la ciencia para tontos, sino que sonreiría como un bobo aprobando cada cosa que dijeran.

Me libré planteándole una pregunta:

—Según usted, ¿qué única palabra le diría un padre esquimal a su hijo de quince años que emprende un viaje por los glaciares?

—¡Revienta!

Me quedé inmóvil, mirándolo fijamente.

—¿Qué quiere que le diga al chaval?...

Se puso a imitar a un padre esquimal poniendo voz de niño, daba bastante grima.

—Ten mucho cuidado, mi pequeño esquimal querido, cuidado con los osos, haz agujeros bien redonditos en el hielo para pescar, ten cuidado con la malvada ballena, con el hombre blanco que construye cohetes, cuidado con el conejo mágico que quiere arrastrarte a su madriguera...

El tipo estaba francamente mal de la cabeza. Conforme hablaba, le iba invadiendo la ira. Yo asentía con la cabeza para que no la tomara conmigo. No le tenía miedo físicamente, incluso estaba seguro de ganarle si llegábamos a las manos, pero también sabía que no me atrevería a pegarle. No tenía buen aspecto, y lo último que quería era que Suzanne me viera pegarle a un viejo de la residencia.

—... Puedes ver todos los estúpidos glaciares que quieras, toda esa blancura, pero avanzas hacia la oscuridad, así que llega lo antes posible, no sirve de nada esperar, con quince años las células empiezan a degenerarse, ésa es la verdad, pequeño esquimal.

Había terminado; lo miré sin dejar de asentir con la cabeza.

—Eso es lo que yo le diría..., en una palabra.

Suzanne se acercó a nosotros. Ocupado en evitar un duelo con el anciano, no la había visto llegar.

—¿Qu... qué tal se... se encuentra hoy, se... señor Stern?

—Un poco peor que ayer.

Sonó una música por los altavoces del edificio central, una sonata que no identifiqué.

—El almu... almuerzo está servido, va... vaya al comedor co... con los

demás.

—No tengo hambre.

Se quedó sentado un momento sin decir nada. Yo estaba deseando que se fuera.

—Pero puede que esa comida asquerosa que nos ponen me haga morir antes.

Se levantó con dificultad, le costaba mantener el equilibrio. Una vez estable, arrancó despacio como un viejo motor diésel. Suzanne encendió un cigarrillo. El anciano no se volvió siquiera para decirle:

—¡Hace bien en fumar, así durará menos!

Suzanne se quedó de pie, mirábamos alejarse al viejo sin atrevernos a hablar.

Soltó una risita incómoda, una expiración rápida y corta, antes de volver el rostro hacia mí.

—¿Qué... qué tal la le... lectura, bien?

—Sí.

—¿No se han que... quedado dormidas?

—Sí, ¡a la mitad del primer capítulo!

Soltó una carcajada, y yo la imité.

—¡Me... me lo temía!

—Igual me muero antes que ellas.

Nuestras risas se calmaron, primero la suya.

Se quedó mirando el edificio deslucido con la misma ternura con que habría mirado a un ser querido.

El día era gris, como suele ocurrir en este rincón del mundo, pero esta vez me parecía perfecto. Me vino a la mente la letra de una canción: «bajo un cielo ideal», decía el cantante. No recordaba el título ni la melodía siquiera, pero me bastaba esa frase.

Me agarré a ella para no alejarme mentalmente y estropear el momento.

Luchaba desde siempre contra un enorme problema de melancolía

inmediata. Identificaba en tiempo real los momentos felices de mi vida, y justo entonces dejaba de disfrutarlos para trasladarme al futuro e imaginarme cuánto los echaría de menos cuando ya no los viviera. Era una enfermedad grave que había arruinado una lista impresionante de acontecimientos dichosos a lo largo de los años. Me bastaba yo solito para desaprovechar lo que podrían haber sido pequeñas alegrías de la vida cotidiana, como una cena entre amigos, la lectura de un libro o un encuentro sexual, imaginándome en ese momento lo que viviría después: la falta de inspiración para escribir mi próximo libro, la justificación de ese fracaso en el despacho de mi editor, una cita en la Agencia Tributaria. Lo que me llevaba derecho a la cocina y a la botella de whisky, para anestesiar un rato el futuro que ahogaba el presente para reducirlo a pasado (mi consumo excesivo de alcohol se añadía naturalmente a la lista de lo que me impedía disfrutar, en ayunas, de la felicidad inmediata).

Suzanne me propuso dar un paseo por el jardín. Una tímida hilera de tilos bordeaba un estanque artificial en el que flotaban seis patos que parecían de mentira.

Nuestros pasos nos llevaron hasta el borde del estanque.

Era una foto fija, el mundo se tomaba una pausa.

—Los pa... los pa... los papa... los patos... se van a mo... mo... morir todos.

—¿Por qué?

—S... sólo que... que... quedan hembras.

—¿Dónde están los machos?

—Mu... mumu... muertos.

No me decidía a preguntar la causa de la muerte. Temía que se tratara de una razón demasiado complicada de explicar y que a Suzanne le incomodara mi pregunta y tuviera que darme una respuesta larga.

Dije:

—¡Cosas que pasan!

Lo cual era una tontería, porque yo no tenía ni idea de patos. No tenía ni

idea de física cuántica, de cálculo de masa gravitacional o inercial, del principio fundamental de la dinámica, de los componentes químicos de la mayor parte de los elementos, ni idea tampoco del código civil, del código penal, del reparto de los derechos de autor, de la diferencia entre salario bruto y salario neto, de los dividendos de sociedades tras la reventa a un tercero, de microprocesadores, y ni la más remota idea de patos o volátiles de cualquier especie.

Suzanne tuvo la bondad de iluminarme:

—Co... co... comieron ve... ve... veneno.

—¿Y por qué las hembras no?

—Fu... fueron m... más listas.

Nos quedamos un ratito callados, observando a las seis patas, inmóviles y flotantes, en ese estanque artificial y trágico. ¿Eran conscientes de su drama? ¿Esperaban el regreso de los patos como esperaban las mujeres del campo que volvieran los soldados de la guerra?

Suzanne y yo echamos a andar de nuevo hacia la residencia.

Yo seguí perdiéndome mentalmente en esas metáforas de patos/mujeres/tragedia histórica.

¿Conservaban aún la esperanza de un reencuentro, una reproducción, una vida que retomara su curso, de trozos de pan y de migas que compartir como en los viejos tiempos, de patitos avanzando en fila india ante la mirada orgullosa de sus madres?

Llegamos a la puerta de Beausoleil.

Suzanne bajó los ojos, tenía un ligero rubor en las mejillas.

—¿Hasta ma... ma... mañana?

—Sí, hasta mañana.

La miré alejarse por el pasillo. Me había preguntado si volvería al día siguiente. Había algo terriblemente frágil en esa pregunta.

Quería que volviera.

Y eso me conmovía en lo más hondo.

No había decidido comprar un pato. La idea había surgido en mí de manera natural. En algún lugar en el interior de ese cuerpo y ese espíritu míos cuyo funcionamiento ignoraba.

Tenía que comprar un pato macho.

Debía reintroducir esa ave en el estanque artificial.

En el pasado ya había cometido bastantes errores con el mundo animal, así como con el vegetal.

Ejemplo: traerle un perro a mi hijo, que nunca había manifestado el deseo de tener perro.

Me parecía maravilloso que tuviera uno. Sería su confidente. Su peluche vivo y fiel.

Lo obligué a querer tener uno, y él al final aceptó.

El perro en cuestión era un chuchó, muy viejo ya, cuya mezcla de razas era imposible de identificar. Más que nada parecía un lobo. Ese perro, al que pusimos el nombre simbólico y fuerte de *Joseph* (por Conrad), pronto se ganó el apodo de *Jojo*.

No sé si cabe decir de los animales que pueden ser unos auténticos malnacidos, antipáticos y antisemitas. Ignoro cuándo se puede decir de un perro: «¡Menudo gilipollas!». Y, objetivamente, yo nunca había soportado que se hablara de las personas como si de animales se tratara («come como un cerdo, es terco como una mula...»). A mi juicio, las personas se comportaban siempre como personas. Pero *Jojo* nos trataba a mi hijo y a mí con auténtico desprecio. No toleraba que nos acercáramos a él, menos aún que lo tocáramos, gruñía cuando le hablábamos, cuando hablábamos entre



nosotros, cuando volvíamos a casa, cuando encendíamos la tele y cuando dormíamos. Pero lo peor era cuando me instalaba en mi mesa a escribir: *Jojo* no soportaba que yo escribiera. Se sentaba sobre las patas traseras, muy tieso, delante de mi mesa, se ponía a gruñir y luego a ladrar en mi dirección, y acababa abalanzándose sobre mí para comerme de un bocado. Yo lo vigilaba de reojo por encima de la pantalla del ordenador y, cuando se lanzaba, me levantaba de un salto para huir y encerrarme en el baño o en mi dormitorio.

Seguía entonces un diálogo bastante patético a través de la puerta:

—¡Anda, *Jojo*, porfa, que tengo que escribir!

Yo ya tenía bastantes problemas de concentración y de producción literaria como para que encima *Jojo* me viniera con ésas.

Un día de verano, cuando mi hijo y yo estábamos sentados en el sofá del salón, inmóviles y en silencio por respeto a nuestro perro y a sus neuras, *Jojo* se tiró por la ventana. Fue tan rápido como sorprendente. Pocas personas han sido testigo de la defenestración voluntaria de su animal doméstico. Era la clase de privilegios que la vida me tenía reservados.

Unos años más tarde, hice amistad con un gato. Desde niño fantaseaba con la idea de que un animal me escogiera. Un animal con el que me topara un día en una ciudad, en una calle, y que empezara a seguirme y decidiera ver en mí lo mejor de las personas. Una elección providencial y misteriosa.

Me fijé en un gato callejero que solía estar en el patio de mi edificio. Ese gato demasiado flaco, de aire triste y melancólico, parecía totalmente perdido. Se pasaba el tiempo tumbado entre dos cubos de basura o debajo de los coches aparcados en la acera de enfrente. Cuando yo salía a la calle, el gato se comportaba de manera extraña, cruzando el patio de repente y agitándose como un pelele. Yo veía en ello una llamada, una manera de decirme: «Mírame, existo, soy un gato abandonado y perdido, el Kaspar Hauser de los felinos».

Un día en que volvía a mi casa, el gato salió de su refugio y me cortó el

paso, dando vueltas a mi alrededor y maullando. No hizo falta más para emocionarme profundamente y desencadenar en mi imaginación un relato fantástico de amistad entre nuestras mutuas soledades. Cada maullido activaba las imágenes de un futuro de ternura y complicidad: el gato ronroneando a mis pies mientras escribía ocho páginas por hora; el gato cómodamente instalado delante de la chimenea (que yo no tenía) o del televisor mientras yo veía el canal Arte, esperando a que mi nueva mujer regresara a casa (en esas ensoñaciones, yo siempre tenía mujer, suficientes libros ya escritos para tirarme publicando diez años seguidos, un público fiel y un hijo que no se hacía mayor).

Me agaché para coger al gato, que huyó inmediatamente. No pensaba abrazarlo. El temeroso animal no estaba acostumbrado a tanta bondad, desconfiaba de la gente, que lo había rechazado y humillado, y aunque su último instinto había detectado en mi corazón el latido irregular de la ternura, tenía que demostrarle mi voluntad y mi afecto.

Me metí debajo de un coche para agarrarlo. El gato retrocedió escupiendo a medida que yo avanzaba debajo del vehículo. Atrapado contra la pared y entre las ruedas, me hice con él. Mientras me incorporaba y cruzaba el patio para entrar en el portal, el gato siguió debatiéndose y arañándose. Reconocí el lenguaje salvaje, el amaestramiento singular del que hablaban Emerson o Thoreau.

Habíamos creado un vínculo.

Yo era el elegido.

Con el gato temblando entre mis brazos, recorrí la casa para enseñársela.

—Esto es el salón... Esto, mi cuarto... Aquí, la cocina donde fumamos... El cuarto de mi hijo... Y aquí el baño...

Dejé al gato en el suelo y él corrió a refugiarse debajo del sofá mientras yo iba a llenarle un cuenco con leche.

Aproveché para buscarle nombre. Eso se me daba bien, tanto como encontrar títulos inolvidables para libros (mucho mejor que escribirlos).

Evitaba los nombres graciosos (Tigrito, Señor, Rex...), la repetición cariñosa de la sílaba (Lulú, Totó, Mimí...), la alusión al pelaje (Canela, Rayado, Negrito...), las frutas y las verduras (Ciruela, Zanahoria, Tomate...), así como los políticos (De Gaulle, Kennedy, Ben Gurión...).

Le dejé el cuenco de leche delante del sofá, bautizándolo:

—¡Toma, *Fellini*!

Al añadirle esa «i» al felino que era, me entregué mentalmente el Nobel de Literatura.

*Fellini* se pasó el resto del día debajo del sofá sin moverse. Yo me quedé sentado encima sin hacer gala de mucha más energía.

Esa noche me despertaron unos maullidos terribles, semejantes a los gritos agónicos de un panda destripado.

Encontré al gato debajo del sofá, sólo sus grandes ojos brillaban en su escondite y en la oscuridad. Seguía maullando fuerte y a un ritmo sostenido. Lo imité, con la esperanza de comunicarme mediante el lenguaje salvaje.

Al día siguiente, la portera llamó a la puerta para entregarme el correo.

Su expresión era más hosca que de costumbre, y me pareció una buena ocasión para reconciliarnos y que por fin me aceptara tal y como era: un hombre que gana enteros cuando se lo conoce bien.

Le pregunté con aire serio:

—¿Qué tal está?

—Ay..., regular.

Al oír la voz ronca de la portera, el gato salió de repente y corrió a frotarse afectuosamente contra sus piernas.

Su expresión cambió de inmediato:

—¡Pero si es mi gata!... ¡Pensaba que la había perdido, mis hijos no han pegado ojo en toda la noche! ¿Qué hace aquí?

—Pues... es que él, bueno, ella... ¡me ha elegido!

—¿Me ha robado la gata?

—No, no, qué va... Pensaba que estaba abandonada.

—¡Pero si hace ocho años que la tengo!

—Lo siento, creí que estaba perdida.

—¡Usted sí que está perdido!

La portera cogió a *Fellini* en brazos, el animal ronroneaba de felicidad.

—¡Anda, ven, *Pistache*!

Volví al salón, y me entró la melancolía al ver su cuenco de leche en el suelo.

¿Cómo había podido elegir el gato a mi portera?

Solía cruzarme con *Pistache* en el patio. Huía a toda velocidad, temerosa de que volviera a raptarla.

Poco tiempo después tuve una breve relación con un bonsái.

Un japonés abrió una tienda en mi calle, en la que vendía esos árboles diminutos. Cada vez que pasaba por delante, me preguntaba quién podía perder el tiempo comprando esa clase de plantas. Me imaginaba una clientela de enanos que invertían en bonsáis y botellitas de licor en miniatura.

Un día me quedé un momento delante del escaparate de esa tienda, mirando al dueño podar con delicadeza uno de sus arbolitos. Naturalmente, me reconocí en esa imagen, cortando algunas ramas de mi propio bonsái antes de escribir el último capítulo de mi nuevo libro.

Necesitaba un bonsái.

Esa naturaleza de cultura ancestral que extendía su magia se convertiría en la fuente y el secreto de mi inspiración.

Había crecido en el judaísmo, de joven me había interesado por Cristo, seguido de los Beatles, Bob Dylan y el agnosticismo, había dejado entrar en mi casa a los testigos de Jehová, me había preguntado si no sería mormón, había leído a Camus como a un profeta y había visto tres meses seguidos y sin parar *El abecedario* del filósofo Gilles Deleuze, pero ahora ya no me cabía ninguna duda: mi religión era el budismo.

Era zen y no lo sabía.

Entré en la tienda convencido y dije sin vacilar:

—Hola, me gustaría comprar un bonsái.

Hablé con voz tranquila y dulce, inspirado por mis lecturas de Mishima y por el aprendizaje del joven Daniel LaRusso con el maestro Miyagi en la película *Karate Kid*.

—¿Ha tenido alguna vez un bonsái?

—No.

—Requiere atención y paciencia.

—¡Acaba de definirme!

El propietario nipón me propuso varios bonsáis de entre los más baratos. Esas coníferas reducidas no tenían ningún encanto. Era como comprar un pez de acuario.

Le señalé el bonsái que antes estaba podando él.

—¿Y éste?

—Oh, no, éste no está en venta, éste es mío. Tiene más de noventa años. Lo tengo desde 1987.

Eso me hizo desear aún más su árbol, me proyectaba por completo en esa fusión hombre-bonsái.

Negocié con astucia asiática:

—¿Piensa usted que la naturaleza se puede poseer?

—No, la naturaleza es herencia y transmisión.

Volví a mi carácter occidental y le ofrecí cien euros.

Los rechazó categóricamente.

Le ofrecí quinientos.

Los aceptó a regañadientes.

El bonsái, bautizado con el nombre de Yukio, encontró su lugar de honor en el centro de la mesa en la que escribía.

Me puse de inmediato manos a la obra, o al menos me preparé largamente para ello.

Permanecí un momento delante de mi pantalla inmaculada, mirando ora la blanca página digital, ora a Yukio.

Me parecía que una de las ramas era demasiado larga y alteraba la armonía.

La corté.

Así estaba mejor.

Al inclinarme para observar otro de los lados, reparé en que la poda de la rama había desequilibrado esa parte del árbol.

Podé un poco más.

Ahora Yukio lucía el mismo corte que Elvis Presley.

Decidí arreglar esa especie de tupé sesentero podando el interior del follaje.

Llegué a un resultado extraño: mi árbol tenía el aspecto de una colaboracionista rapada por la resistencia.

Volví a ponerme manos a la obra, compensando mi falta de inspiración literaria con una entrega total a la poda.

Al final, Yukio se parecía a Sinéad O'Connor.

Lo había rapado por completo.

No era más que un minitronco abandonado en un desierto de tierra.

Conservé su cadáver sobre la mesa junto a mi ordenador apagado.

Todo estaba de luto en ese mueble.

Volví a cruzarme varias veces con el japonés, que salía de su tienda al verme pasar para preguntarme por el bonsái.

Le contestaba que estaba de maravilla, hasta que opté por otros itinerarios, sacrificando así toda una parte de mi calle.

No tenía ni la menor idea de cómo conseguir un pato.

Teclé en internet: «venta de patos».

La mayoría de las páginas web eran de venta al por mayor de patos muertos y preparados en *rillettes* o en *confit*.

Afiné la búsqueda: «venta de patos vivos».

Vi que varias páginas permitían comprar aves por internet y ofrecían entrega a domicilio.

Mi experiencia con Amazon me desalentaba un poco. No quería añadir al timbrado nocturno de mi repartidor fantasma el graznido de un pato.

Encontré un anuncio más serio: La granja de Claire.

Decidí ir en tren. Estaba a una hora de París aproximadamente.

Instalado en un vagón desierto, dejé atrás la ciudad y sus arrabales y me fui adentrando en una campiña triste y una naturaleza contaminada.

Pensaba en mi hijo, él dejaba el Atlántico para poner pie en una tierra virgen que ningún hombre había conquistado verdaderamente, y menos aún del lado de mi árbol genealógico.

Le mandé un correo:

Hijo:

Ya debes de estar a punto de llegar.

Eres el primero de nosotros en descubrir ese mundo.

Admiro el más ínfimo de tus pasos en tu inmenso movimiento.

¿La primera palabra que le dijo el padre esquimal a su hijo fue su nombre?

Dame noticias de tu horizonte.

Tu padre

Al salir de la estación, que parecía una gasolinera abandonada, me topé con un cartel de madera que anunciaba la dirección y la distancia de la granja: 500 METROS.

De camino recibí dos correos de Amazon. El primero respondía a mi última pregunta sobre la palabra del padre esquimal:

Hola:

Estamos procesando tu pedido.

Si necesitas más información o ayuda acerca de tu pedido, te sugerimos que contactes con nuestro Servicio de atención al cliente.

Esperamos volver a verte pronto.

Amazon.fr

El segundo era promocional y me ofrecía varios artículos:

Hola:

Aquí tienes recomendaciones personalizadas basadas en productos que has comprado o que has visitado:

*Pequeño esquimal*

*Cuentos inuits*

*El viaje de Ituk*

Haz clic en el enlace del artículo deseado.

Esperamos volver a verte pronto.

Amazon.fr

Contesté:

Amazon:

¿¿¿Tienes noticias del reenvío de mi libro *Hormigón armado*, referencia n.º 7774589098???

Un abrazo

Avanzaba solo por la cuneta de esa carretera secundaria, muy inquieto por la



repentina deslocalización pero sorprendido de verme allí, impulsado por un romanticismo propio del final del siglo XIX. Como siempre en tales casos (aventuras poco frecuentes), me puse a hablar solo y en voz bastante alta mientras caminaba. Me gustaba que mi voz se mezclara con mi respiración, que una arrastrara a la otra, acelerando la cadencia de mis pasos y la fluidez de mi discurso. Mis diálogos eran escenas del futuro que ocurrían exactamente como yo quería en ese mundo paralelo (lo contrario de los sueños matutinos).

El decorado se impuso con naturalidad en mi imaginación: el estanque artificial de la residencia Beausoleil.

Los personajes: Suzanne, los patos y yo.

La acción: el protagonista reintroduce un pato macho en el estanque de una residencia de ancianos, la enfermera sorprende (por casualidad) este acto de generosidad solitario y altruista.

El objetivo: admirarme.

—¿Qué está haciendo?

—Oh, nada especial: vigilar que las patas acepten a este pato.

—¿Cómo piensa conseguirlo?

—Con paciencia y ternura.

Ese diálogo pueril no duró mucho, no tardé en infestar ese mundo mágico y perfecto con toda clase de angustias y personajes diabólicos. Suzanne me anunciaba, sin tartamudear, que amaba desde siempre a un hombre con el que pronto se casaría. Los patos, agresivos y de picos dentados, se aliaban para devorarme. Plinio el Viejo, vestido con una piel de foca, le sobaba el pecho a Raymonde la ciega a la vez que declamaba a voz en grito los últimos sonetos de Pierre Lamberti. El repartidor de Amazon me traía mi libro, cuyo título ahora era: *Control fiscal, ármese de hormigón*.

A medida que persistía en no escribir, mi imaginación desvariaba como bajo los efectos de un virus informático.

Tenía que concentrarme para seguir conectado al mundo real, porque de

otro modo sufría una especie de *delirium tremens* literario: lo que no se escribía se superponía a la monótona realidad.

Cada ser albergaba en sí mismo una emoción más intensa que otros seres. Era su impronta interior, lo que lo distinguía de sus semejantes. Invisible a los ojos, esa emoción debía salir del cuerpo en un momento dado y expandirse. El escritor debía escribir; el matemático, calcular; el enamorado, amar. Y si ello no era posible, entonces la emoción se desbordaba, el escritor que no escribía hablaba solo, inventando diálogos y relatos absurdos, convocando personajes salidos de historias y de siglos distintos que sólo encontraban nexo en su mente de pobre loco estéril. El matemático que no calculaba contaba todo cuanto había a su alrededor, contestaba a la gente mediante ecuaciones y no dudaba en recurrir a algoritmos para pedir cosas sencillas como: «Una barra de pan, por favor». El enamorado que no amaba apretaba los puños y las mandíbulas, comprendiendo cada vez menos que la gente no fuera siempre en pareja, abrazada por la calle, y se declaraba a sí mismo las palabras más dulces al acostarse solo cada noche. Y esos tres pobres tipos, con sus emociones desbordantes, terminaban siempre por cometer un homicidio, o por quitarse de en medio, o ambas cosas por ese orden.

(También se podían hacer en desorden: suicidarse y matar a alguien después. Para ello bastaba con tirarse por la ventana arrastrando a otra persona consigo y estrellarse contra el suelo primero.)

El campo me aterraba. Hiciera bueno o lloviera, me sumía siempre en una profunda melancolía, acompañada de un sentimiento de abandono. Me sentía como el último hombre en este planeta. O el primero que recorría el más allá durante toda la eternidad. Porque ¿qué diferencia había entre el primer hombre y el último? ¿El pasado? ¿El recuerdo de haber amado? ¿De haber perdido?

Echaba terriblemente de menos a mi hijo. A aquel que cruzaba el gélido Atlántico, pero especialmente al niño al que había conocido y criado. ¿Dónde

estaba ahora? ¿En ese océano? ¿Encerrado y vagando en mi corazón?  
¿Sobreimpreso en esa luz que oprimía con su blancura las tierras desiertas?

O en ese país, el que cada cual poseía en su interior y al que yo llamaba «*República democrática de la Felicidad*», donde estaban las edades de mi hijo, el libro que no era capaz de escribir, las promesas que cumplía, mi último libro entregado por Amazon y sus hermanos destruidos, la ternura de mi exmujer, el avatar aventurero de Paul Blanchot, el amor de Suzanne por mí, mis lectores fieles, el padre de mi exmujer al que tanto quería y que siempre me decía al despedirnos: «¡Sorpréndete!».

Todo estaba en mí, y sin embargo era el lugar donde más me perdía.

Bordeé invernaderos abandonados hasta llegar a un edificio de piedra. El terreno estaba descuidado, se confundía con el resto de la naturaleza silvestre. Los animales vivían en libertad, mezclados unos con otros. Un cerdo alternaba con un grupo de conejos. Una oca montaba a lomos de un caballo deprimido. Más lejos, una pandilla de gallinas seguía a una cabra y a un chivo, privándolos de toda intimidad.

Sentado en una silla de madera en mitad del campo había un hombre vestido con un peto y una chaqueta azul.

Fui hasta él.

—¡Buenas!

El hombre no levantó la cara, se contentó con asentir vagamente, la vista al frente.

—¿Es ésta la granja de Claire?

—Sí.

—Quería comprar un pato.

—¿Vivo?

—Sí.

—¡Los patos son tontos!

No dije nada. El hombre prosiguió:

—Alguno quedará, no sé, igual se han ido también, hace tiempo que no los veo...

El hombre debía de tener unos cincuenta y tantos, pero no me habría sorprendido que sólo tuviera treinta y cinco. Las arrugas de su rostro eran

grandes y profundas, sus ojos de un azul desleído no se movían ni un milímetro cuando hablaba.

—Igual están donde Claire.

—¿Eso no es aquí?

—Sí.

Sus ojos seguían fijos en la lejanía, me volví para ver lo que miraba.

En el otro extremo del campo había otra casa de piedra, más pequeña. Salía humo por la chimenea.

—Ahora vive allí... En la otra casa... Claire era mi mujer... Bueno, lo sigue siendo, pero ya no estamos juntos, sólo que no nos hemos divorciado... Antes vivíamos aquí.

Me señaló con la cabeza la casa que había a su espalda, la más grande.

—Teníamos demasiado trabajo, y sufrí un accidente... Se me cayó el tractor encima.

El tractor que me señaló estaba exactamente a medio camino entre las dos casas. Unas gallinas habían hecho allí su nido.

—Tuvimos que contratar a un peón... porque me cambiaron las caderas... Ahora las llevo de plástico... Tengo que pasar más tiempo sentado que de pie, y lejos del fuego..., el plástico se derrite... Hay prótesis que no se derriten, pero cuestan un ojo de la cara. Yo elegí lo más barato, el plástico.

Bajé la mirada hacia sus caderas, no noté nada anormal, pero no veía a través de la piel.

—Contratamos a Madrid... Así se llama el peón, bueno, ése no es su verdadero nombre, pero aquí todo el mundo lo llama así... No es español pero vivió allí, bueno, al menos eso dice él, tampoco es que nadie lo haya comprobado... Pero la gente se impresiona con cualquier cosa, sobre todo los que nunca han salido de su pueblo... Un nombre, una voz, un lunar bien situado, unos andares... A mi mujer le gustaba que Madrid se llamara Madrid, yo le decía que me traía sin cuidado, que mientras currara lo que tenía que currar podía llamarse como le diera la gana... Y llamarse como una ciudad, a

quién se le ocurre... Hay nombres de pueblos que para qué... Aguaturbia... Los nabos... Sordos del conde... Yo me llamo Jean-Jacques, y tan a gusto.

Un burro pasó por delante de nosotros y se nos orinó en los zapatos sin detenerse. Yo me aparté de un salto, pero el hombre no se movió. En la granja reinaba la anarquía.

—Mi mujer se pasaba el día con Madrid, ocupándose de los animales y las cosechas. O al menos eso creía yo... Y luego tuve que guardar cama tres meses por lo de las caderas... Pero me daba perfecta cuenta de que no iban bien las cosas... Oía a los animales chillar cada vez más... Yo hablo su lengua... Sé cuándo una gallina tiene hambre, cuándo un caballo está enfermo... También sé cuándo a las mujeres les cambia el color en las mejillas... Sé cuándo se les infla el pelo después de hacer el amor...

Intentaba seguirlo en sus transiciones de animales a mujeres, y cuando hablaba de la suya, yo pensaba en Suzanne y en su piel.

—Bajé de la cama... Me tiré al suelo y me arrastré, crucé la casa reptando como una serpiente, tardé una hora... Y seguí arrastrándome fuera, hasta los invernaderos... No había nadie..., nadie tampoco en las cuadras... Los animales se acercaban a mí, me olisqueaban, me lamían la cara, se meaban en mis piernas y en mi espalda... Yo era como ellos, una babosa, un gusano grande... Ni siquiera podía levantar los ojos al cielo para rezar... Seguí arrastrándome hasta la casita de enfrente, al otro lado del campo, la que utilizábamos para guardar las herramientas y protegerlas de las heladas en invierno, y donde se quedaba la madre de mi mujer cuando venía a visitarnos. Oía unos gruñidos cada vez más cerca, pensaba que eran los cerdos... Estaba cubierto de barro, de meados y de vergüenza... Y de pronto se oyó la voz de mi mujer: «¡Madrid!... ¡Oh, Madrid!»... Seguí arrastrándome hacia su placer... Me sentía como atraído por esos gemidos que yo también había conocido... Fui hasta la puerta, la abrí..., y me arrastré hasta el pie de su cama... temblando contra el mueble... Y sus gritos, sus gritos... Él apenas decía nada, sólo se oía su respiración trabajosa, acompañada de unas locuras

que prefiero no repetir... Tosí, no tanto para que me oyeran como para escupir el asco y el polvo que me había tragado para llegar hasta ellos... Pararon y se inclinaron sobre mí... Les sonreí, no sé por qué lo hice, me salió natural. Mi mujer me dijo: «Hala, ahora ya lo sabes». Me fui arrastrándome, crucé la casita, el campo, y llegué a mi casa al anochecer... Esa noche dormí en el suelo del comedor, al lado de la chimenea... Me desperté unas horas más tarde en brazos de Madrid, que me sacaba de casa. No sentía el cuerpo desde la tripa hasta los pies... Me había derretido... Las caderas de plástico se me habían fundido dentro de la pelvis... Me aferraba a mi salvador como un crío... El que acababa de hacer que mi mujer se corriera varias veces ahora me salvaba la vida. Hay que decir que es un tipo muy fuerte, el triple de fuerte que usted por lo menos... Estuve un mes ingresado... Me volvieron a cambiar las caderas... Cuando regresé, la finca estaba así, abandonada... Mi casa, tal y como yo la dejé... Mi mujer y Madrid viven ahí enfrente. No salen mucho... No puedo estar de pie más de unos minutos... Me paso el tiempo en la cama. O vengo a sentarme en esta silla y miro al frente, así... Pienso que un día volverá... Cruzará este campo y se vendrá aquí conmigo... Las pasiones se apagan... Y no se puede querer toda la vida a un tipo que se llama Madrid sin haber puesto un pie allí jamás. Lo que en tiempos nos gustaba puede volverse ridículo, ¿no cree?

—Quizá, no lo sé.

—¿Qué me ha dicho que quería?

—Un pato.

—Están ahí, detrás de la casa de mi mujer y Madrid... Hay una charca, suelen estar ahí.

—¿Cuánto cuesta?

—¡Depende del pato!

—Pues... un pato... normal.

—Cincuenta euros.

Me saqué el dinero del bolsillo y se lo di.

Suponía que no se iba a levantar para ayudarme.

—¿Cómo hago para agarrarlo?

—Del cuello.

—Pero ¿se dejará?

—No sé... Los patos son tontos.

—¿Y qué hago si se resiste?

—Pídale a Madrid que lo ayude, es fuerte, más fuerte que usted.

—Ya lo sé.

Me fui hacia la charca de detrás de la casita. El hombre me preguntó:

—¿Cree que volverá?

A veces podía mostrarme bastante franco. Sobre todo con un inválido desconocido.

—No.

—Si la ve, dígame que me gustaría que volviera.



Los patos flotaban tranquilos en el estanque. Al verme llegar, se agruparon en el centro del gran charco de agua. No me apetecía meter un pie en esa agua turbia y fangosa.

Fui a llamar a la ventana de la casa que daba a esa parte del campo. Apareció un hombre, tenía que ser Madrid. Era alto, y su camisa abierta dejaba al descubierto una bonita musculatura adquirida de manera natural talando árboles con un hacha, acarreando troncos o empujando carretillas llenas de leña.

Madrid abrió la ventana.

—Hola, quisiera comprar un pato.

—¡Están ahí!

Me señaló la charca a mi espalda, y aun así me volví para mirar.

—Sí, pero no sé cómo atraparlos.

—Del cuello.

—Sí, eso me ha dicho el señor..., bueno, el... el granjero..., ese tipo, el exmarido de...

—¡Están separados!

—Sí, ya lo sé.

—Ahora vive conmigo.

—Ya lo sé.

—Él no podría atrapar ni uno.

—¿Ni un qué?

—¡Ni un pato!

—¿Y usted sí?

Se rio.

—Pues claro... Yo los he atrapado siempre, en Milán, en Río, en Moscú y en Madrid.

El tío había tenido una vida singular. Me pregunté por qué se habría impuesto Madrid sobre las otras ciudades.

—Voy por las botas.

Cerró la ventana, y yo volví a la charca para esperarlo.

Los patos se mantenían juntos, oliéndose el peligro. No era capaz de reconocer a un macho, pero pensaba que uno de ellos sería pronto el único fecundador de un grupo de hembras en las inmediaciones de la residencia de ancianos.

Madrid llegó calzado con unas botas de goma.

—¿Cuál quiere?

—No sé, un macho... joven... sano... heterosexual.

El peón avanzó a paso decidido por el agua y se lanzó hacia un pato en concreto, al que agarró del cuello. Sus compañeros huyeron de prisa a la otra punta de la charca, pero a éste no le dio tiempo a reaccionar; el pato y yo estábamos tan sorprendidos el uno como el otro de la agilidad del granjero hispánico.

Madrid volvió hacia mí.

—Listo, éste está bien.

Me quedé mirando al pato, estupefacto y atenazado por esa mano inmensa.

—Vale. Me lo llevo.

—Son sesenta euros.

—El caso es que ya le he dado cincuenta a ese otro tipo, al granjero, el ex de... ese que ya no tiene caderas.

—¡Son sesenta euros!

—Puedo darle diez más y se apañan entre ustedes.

Madrid y el pato me miraron sin decir nada.

Me pregunté cómo había sabido que era un macho. Debía de haber un

código. Una señal distintiva en el plumaje o en el pico. O quizá me estaba timando, y en realidad iba a comprar una hembra a punto de morir.

Madrid volvió la cabeza hacia la casita y gritó:

—¡Claire!

Esperamos en silencio a que la mujer contestara. Yo no me atrevía a hablar, el pato no podía hacerlo y Madrid parecía no tener nada que decir.

Claire salió al cabo de dos minutos. Era bajita y entrada en carnes. Tenía el cabello castaño, largo y abundante. Calzaba las mismas botas que Madrid. Me fijé en el rubor de las mejillas del que me había hablado su excompañero sin caderas.

—¿Qué pasa?

—Quiere comprar un pato.

—Son sesenta euros.

—Ya le ha dado cincuenta a Jean-Jacques.

—¿¿¿Qué???

Lo dije como cualquiera al que le hubieran anunciado que a la humanidad le quedaba una hora de vida.

Traté de explicarme:

—Es que he creído que...

—¿Qué?

—Que su marido, bueno, su ex... era el dueño, y...

—¿Cómo se llama este sitio?

Veía adónde quería llegar, pero aun así contesté:

—¡La granja de Claire!

—¿Y él tiene pinta de ser Claire?

—No.

—Se llama Jean-Jacques.

Eso yo ya lo sabía.

—Vale.

—¡Claire soy yo!

Eso también lo sabía ya, y había oído a Madrid llamarla por su nombre, pero pese a todo dije:

—Vale.

Nos quedamos los cuatro en silencio. Intuía que me correspondía a mí desbloquear la situación, y hasta el pato atrapado en la mano de Madrid parecía decirme: «¡Si me quieres, arréglatelas!».

—Puedo darles los diez euros de más y se apañan ustedes con Jean-Jacques.

—Yo no pienso volver allí.

Ahí tenía Jean-Jacques su respuesta sobre si su mujer volvería o no.

Madrid tomó la palabra:

—Si quiere el pato, páguenos sesenta euros. O denos un iPhone.

—¿Qué?

—Un iPhone. ¿Tiene un iPhone?

Tenía esa clase de aparato. Era incluso mi tercer modelo de esa marca. Había entrado en la rueda (porque mi hijo me había dicho que lo hiciera, porque escribía con un ordenador de la misma compañía, porque era débil, porque vivía en el mismo planeta que Pierre Lamberti y porque un joven vendedor con un polo azul me había convencido de que accediera a la nueva generación) y, desde entonces, participaba activamente en el fin del mundo pasando del iPhone 4 al 5, y del 5 al 6, hasta que nuestras fechas de nacimiento y de muerte grabadas en nuestras lápidas se sustituyan por los números de esos aparatos.

FULANITO DE TAL

IPHONE 12

IPHONE 41

No quería darles mi teléfono. Tampoco es que lo necesitara tanto para comunicarme, pero había acumulado un buen montón de fotos, correos y

notas de los que no había hecho copia de seguridad como se nos aconsejaba una y otra vez (y debían de ser legión los que como yo no lo hacían, personas cultas, con una mente mecánica superada por esa máquina extraña y digital). Sabía también que no llevaba efectivo suficiente encima, y además no me hacía mucha gracia pagar por un pato el doble de su precio.

Sólo podía hacer una cosa si quería conseguir el animal.

—Bueno, pues voy donde Jean-Jacques a que me devuelva el dinero.

—¡Aquí lo esperamos!

Crucé por tercera vez ese campo dejado de la mano de Dios. Jean-Jacques no se había movido de su silla. Seguía mirando fijamente la casa de enfrente.

Al verme llegar se irguió, sorprendido quizá por mi rapidez de movimientos.

—Hola de nuevo.

—...

—Quería pedirle que me devolviera el dinero, porque están dispuestos a venderme un pato pero dicen que tengo que pagarles a ellos.

Jean-Jacques se puso a repetir lo que acababa de decirle, abriendo la boca de par en par. No le quedaban muchos dientes y tampoco tenía muchas dotes de imitación:

—¡Quieren el dinero! ¡Hay que pagarles a ellos!

Con todo, la agria parodia del granjero me arrancó una sonrisa.

—¡Lléveme hasta allí!

—¿Cómo?

—Lléveme a caballito, si voy arrastrándome, nos van a dar las uvas.

—Pero es que... no voy a poder.

—¡Pues Madrid sí que puede!

Me costaba calcular la estatura de ese hombre al que no había visto de pie, pero así a ojo le echaba entre un metro ochenta y un metro ochenta y cinco. Su falta de actividad le había hecho ganar peso, la tripa le rebosaba de la rústica chaqueta, el pantalón a juego parecía a punto de reventar, y las manos, gruesas y sucias, le asomaban mucho de las mangas. Pesaría sus buenos cien

kilos, a los que había que restar los huesos de las caderas, sustituidos por plástico.

Al inclinarme para que se agarrara a mi espalda, me pregunté si el plástico sería más ligero que el hueso humano. Jean-Jacques se aferró a mí. Me pregunté si, en proporciones iguales, el hueso humano era más pesado que el hueso animal. Me incorporé y acompañé la respiración con un grito para atenuar el esfuerzo y el dolor. Me pregunté si un centímetro de hueso de gorrión pesaría lo mismo que un centímetro de hueso de ballena.

Crucé el campo por cuarta vez, cargado ahora con un campesino sin caderas, desdentado y lleno de odio.

—¿Ha visto a mi mujer?

—Sí.

—¿Estaba guapa?

—No sé, sí.

—¿Tenía las mejillas rojas?

—Un poco.

Me costaba conservar el equilibrio en esa parcela ligeramente en cuesta, llena de motas y de malas hierbas.

Al granjero no parecía molestarle la postura, sentí incluso que le recorría un escalofrío de emoción por ver pronto a su amada.

—Y Madrid es fuerte, ¿eh?

—Sí, tiene pinta.

—¿Llevaba la camisa abierta?

—Un poco.

—¿Ha visto qué músculos tiene?

—Sí.

Como gesticulaba al hablar, cada una de sus preguntas añadía quinientos gramos al peso inicial. Decidí hacerle yo una para que se estuviera quieto.

—Según usted, ¿qué palabra le diría un padre esquimal a su hijo de quince años, a quien nunca le ha dirigido la palabra?

—¿Por qué nunca le ha dirigido la palabra?

—Es su método de educación.

—Un poco raro ese método, ¿no le parece?

—No sé, es diferente.

—¿Y por qué de repente le quiere decir una palabra?

—Porque el hijo se marcha para emprender un viaje por los glaciares.

—¿Por qué?

—Es un rito de paso de la infancia a la edad adulta.

—Qué raro, ¿no?

—Es una tradición.

—Me rindo.

—Pero no es una adivinanza, o sea, yo no conozco la respuesta.

—Entonces ¿por qué me lo pregunta?

—Por si tiene usted alguna idea.

—No. ¿Usted sí?

—No.

Al vernos llegar a la charca, Claire, Madrid y el pato cambiaron de expresión. De primeras quizá porque el granjero y yo parecíamos un extraño animal, una especie de mutación genética de burro, chivo y hombre.

Pero sobre todo porque la tal Claire no tenía ni pizca de ganas de ver aparecer por ahí a su ex, y me imagino que un *homochiburro* habría tenido mejor acogida.

—¿Qué pinta éste aquí?

—¡Los patos también son míos, Claire!

—¡No! En tu lado están las vacas, las cabras y los caballos.

—No me sirven para nada, no puedo ordeñar una vaca ni una cabra, ni montar un caballo.

—¿Y qué te aportaría un pato?

—¡Podría vendérselo a este tío!

Yo era el tío al que se refería y a cuya espalda seguía agarrado tan



tranquilo.

—¡Jean-Jacques, dame ese dinero, siempre me he ocupado mucho más de los patos que tú!

—¡Te comías los huevos de mis gallinas!

Era obvio que estábamos en un callejón sin salida.

Le dije a Jean-Jacques:

—¿Puede bajarse, por favor?

No se movió un ápice y siguió mirando fijamente a su mujer, a Madrid y al pato, sin parpadear.

Mi imaginación, alterada e insatisfecha, empezó a sumirse en el peor escenario posible. Sentí que estaba a punto de convertirme en víctima de un drama rural que me era del todo ajeno.

Ya tenía el título:

## **Cuatro muertos y un pato**

Un granjero sin caderas de la región de París ha asesinado a sangre fría a su mujer, a su peón agrícola de origen español, a un pato macho cuello verde y a un hombre aún sin identificar. Pese a su discapacidad, en un arranque de rabia el campesino ha tenido fuerza para estrangular al desconocido y, acto seguido, para agarrar un hacha con la que supuestamente ha asestado varios golpes a la mujer, para acabar ahogando al peón y al pato en una charca próxima. A continuación el campesino ha regresado a su casa reptando para tenderse junto a la chimenea, donde su cuerpo ha sido hallado medio derretido.

Varias asociaciones prodefensa de los animales han interpuesto una denuncia por maltrato.

El escritor Pierre Lamberti ha manifestado que le interesaba el tema para su próximo libro. Ya ha dado a conocer un posible título: «Sin caderas pero no tan caduco».

No podía marcharme así. Mi entorno no sabía nada de ningún pato. No le había hablado a nadie de Suzanne. Estaba solo en el mundo. Y mi vida, que

ya había dejado perplejo a más de uno, no podía terminarse con una muerte que sería para mis allegados un misterio insondable.

Ya los oía preguntándose: «Pero ¿qué pintaba él ahí?».

Reaccioné, tratando de aplacar la tensión rural:

—¿Qué tal si se reparten el dinero?

El granjero y su mujer coincidieron en su respuesta, sincronizados:

—¡Ni hablar!

En ese momento sonó mi teléfono. La melodía electrónica y conocida bastó para caldear un poco más el ambiente. Me lo saqué con dificultad del bolsillo interior. Era mi exmujer.

Madrid exclamó:

—¡Tiene un iPhone 6!

Decidí contestar, no para tener una discusión con ella, sino para avisarla, con el fin de que pudiera reconstruir fácilmente el asesinato del que no tardaría en ser víctima.

—¿Sí?

—¡Soy yo!

—No puedo hablar ahora, estoy en el campo, en La granja de Claire, estoy comprando un pato para reintroducirlo en el estanque de la residencia de ancianos Beausoleil, en Saint-Maur-des-Fossés.

No podía hablarle de Suzanne, pero ahora mi exmujer ya sabía lo suficiente para investigar después de mi muerte.

—No entiendo nada de lo que dices.

—Es posible que muera.

—¿Has bebido?

Proseguí en voz baja:

—Llevo a un granjero a caballito, no tiene caderas, creo que nos va a matar a todos.

—No oigo lo que me dices.

Subí un poco el volumen, ya no susurraba, pero hablaba entre dientes sin

articular:

—Evo un anjero a caallito, nos a atar a tos.

Mi exmujer siempre había sido más razonable que yo.

—Bueno, no me entero de nada, llámame cuando tengas cobertura o cuando se te haya pasado la borrachera.

Colgó.

El granjero se agarraba a mi cuello cada vez más fuerte. El pato y yo compartíamos una misma situación de estrangulamiento. La presión que ejercía sobre mi cuello le impedía caerse al suelo y aumentaba conforme iba tomando conciencia de que su mujer no pensaba volver con él.

Se inclinó para decirme:

—¡Avance!

Me tomaba por un caballo. Le agradecí que no me azotara el trasero con un palo.

Avancé unos pasos hacia la pareja infiel.

El granjero contemplaba a la mujer a la que estaba perdiendo. Debía de encontrarla hermosa. A mí también me tenía hechizado. Sentía la emoción de hallarme ante la fiebre insolente del amor.

Madrid y Claire no estaban del todo con nosotros. Parte de ellos seguía entre las sábanas de la cama deshecha.

La voz del granjero sonó de pronto dulce y trémula, como la de un loco asesino que pronunciara sus últimas palabras a sus víctimas antes de acabar con ellas:

—Claire... ¿Por qué?... ¿Qué tiene él que no tenga yo?

Claire suspiró, parecía evacuar la rabia en esa respiración. Ella también avanzó hacia nosotros.

Para mí ya estaba muerta.

—No se trata de eso... Simplemente es distinto a ti. Es algo nuevo. No es él lo nuevo, sino la forma en que me mira. Las palabras que dice... Sé que no es justo, que no es justo para ti, pero la vida no siempre es justa. Y no se

ensaña con nosotros. Y tampoco es que tú y yo nos acabemos de conocer, fue hace veinte años... Al principio estábamos bien juntos, pero ya no queda nada entre nosotros, sólo un crédito que pagar... y un poco de cariño... Así que intentemos conservar eso al menos. Deseémonos lo mejor el uno al otro... De hecho, puedes quedarte el dinero del pato. Sé que no lo tienes fácil con lo de las caderas. Si quieres, puedo ayudarte, te llevaré comida. Te haré las tareas de la casa. Pero si desprecias lo que soy, no volveré.

Sentía al granjero temblar en mi espalda. Yo estaba totalmente cautivado por su mujer, que se volvió hacia Madrid.

—¡Dale el pato!

El peón se acercó y me alargó el animal.

Me agobiaba mucho tener que agarrarlo del cuello.

Lo cogí de la garganta. Madrid dejó la mano sobre la mía un momento más.

—¡Con fuerza!... Que note que no tiene escapatoria.

Ahora cargaba con un granjero a la espalda y sujetaba a un pato vivo por el cuello.

Nos fuimos los tres hacia la otra parte del campo, que crucé por quinta vez, cargado como nunca. El granjero parecía más ligero. No es que ya no estuviera triste, pero comprender que su mujer no iba a volver debía de ser un alivio en cierto modo. Yo veía en ello uno de los secretos de las relaciones humanas: no esperar de los demás nada que no seríamos capaces de darnos nosotros mismos. En mi caso, eso me permitía no esperar gran cosa de mis semejantes.

Lo dejé sobre su silla.

Me preguntó:

—¿Para qué quiere el pato?

—Para gustarle a una mujer.

—¿Va a hacer brujería? ¿Lo va a destripar y se va a beber su sangre mezclada con cabellos de esa chica?

—No, la verdad es que no.

—Si es para eso, dígamelo, porque tengo animales de sobra.

Sólo conocía una forma de magia negra para que una mujer no te abandonara nunca: hacerla vivir en tu interior, conservar intactos en la memoria la sonrisa más bonita que te haya dirigido jamás, su aroma y la dulzura de su piel.

Estaba en un vagón del tren para París, abarrotado a esa hora. En mi mano, estupefacto de avanzar a ciento treinta kilómetros por hora en esa realidad monótona, el pato exclamaba a intervalos regulares:

—Cua.

Los pasajeros, acostumbrados a ver a esos volátiles nadar en estanques en sus paseos dominicales, a los vagabundos tumbados en los pasillos de sus medios de locomoción y a los sintecho mendigando unas monedas para sobrevivir, se sentían desconcertados por compartir vagón con un pato.

En cuanto a mí, estaba concentrado en mi agarre. Firme para que no se escapara, pero sin exagerar para que pudiera respirar y no se asfixiara delante de la gente.

Al llegar al patio de mi edificio, nos cruzamos con el gato *Pistache*, *exFellini*, que escupió en nuestra dirección.

A lo que el pato respondió:

—Cua.

Con todo, me sentía bastante orgulloso de que *Pistache* me sorprendiera con el pato. No debía de haber visto uno en su vida. La sola presencia de ese animal exótico a mi lado parecía transmitirle lo siguiente: «No eres más que un gato, un gato corriente, como poseen millones de hombres, y no mereces este dueño tan bueno y cariñoso, no eres lo bastante fascinante, tu banal pelaje no vale lo que mis plumas, nunca tendrás pico, y no aguantarías ni dos minutos en la superficie de un lago. No eres más que un maullador tirando a gordo, y tu dueña es una portera artistófoba nostálgica del Tercer Reich».

De vuelta en mi apartamento, encontré en el suelo una carta que alguien había metido por debajo de la puerta. El sobre era azul celeste, la caligrafía, grande y redonda. Solté al pato para cogerla.

Iba dirigida a mi hijo.

Siempre me emocionaba ver que teníamos el mismo apellido.

Arriba a la izquierda, escrito a mano y rodeado con un círculo, podía leerse: «Urgente».

Dejé la carta en la mesa y me olvidé de ella.

El pato me seguía de habitación en habitación. De todos los animales que habían entrado en mi casa, éste era el más sociable. No buscaba esconderse ni hacerme daño. Ello bastaba para que mi corazón se llenara de una profunda simpatía. Sus patas repiqueteaban sobre el suelo, y resbaló varias veces. Tras un rápido reconocimiento del territorio, el ave fijó su atención en una foto enmarcada sobre un estante de la biblioteca, a su altura. Era en blanco y negro, salíamos mi hijo y yo al final de un almuerzo en un restaurante. Mi hijo tiene unos cinco años en esa foto, el cabello negro y largo le tapa la frente, posa con los labios entreabiertos, y su mirada parece perdida a lo lejos, como si rehuyera la cámara. Su rostro está ligeramente acurrucado y oculto detrás de mi hombro, que tengo algo levantado en el gesto de fumar un cigarrillo. Salgo en primer plano, con los ojos fijos en el objetivo, sonriente y orgulloso de sentir esa cabecita sobre mí.

Me acerqué al pato, que no apartaba la mirada de la foto, soltando una serie de «cua... cua... cua» interrogativos.

—Es mi hijo... Cuando era pequeño... Ya no recuerdo quién sacó esa foto,

quizá mi exmujer... No recuerdo el sitio, ni qué restaurante era.

—Cua, cua.

—¿Mi hijo? Se ha marchado de viaje. Se ha ido lejos... al norte... Ya es mayor...

Saqué el móvil y encontré una foto más reciente para enseñársela al pato.

El animal iba y venía entre la foto analógica y la digital.

—Cua... cua...

—Sí, es guapo.

—Cua, cua.

—¿Que si es feliz? Creo que sí, sí, creo que es feliz... Bueno, no tengo ni idea, espero que sí... Es bastante reservado, pero yo diría que está bien... No quiere que me preocupe... A menudo creemos que algunas personas son felices, cuando en realidad lo que pasa es que no quieren preocupar a los demás. La gente feliz es sobre todo amable.

—Cua.

Me acordé de la carta azul dirigida a mi hijo, que seguía sobre la mesa. ¿Por qué ponía «Urgente» en la esquina izquierda del sobre? Si de verdad lo era, tenía que abrirla. No había forma de contactar con mi hijo hasta que llegara al sur de Groenlandia. No quería leer su correo sin su permiso. De ninguna manera. Nunca había hurgado en sus cosas. Me gustaba que tuviera su privacidad. Me había sorprendido incluso constatar la rapidez con que los niños entraban en su propia intimidad. Desde que empezaban a ir a la escuela, su primer contacto social, iniciaban una vida fuera de casa, fuera de nuestra relación con ellos, fuera de sus padres. Una segunda vida en cuya puerta ponía: PROHIBIDA LA ENTRADA.

Pero esa carta urgente, enviada sin duda hacía unos días, cuando hacía meses que mi hijo se había marchado, me autorizaba quizá a echarle una ojeada. Podía tratarse de noticias de personas a las que había conocido durante su viaje, de una cita en un país al que fuera a ir a continuación, de



documentos que hubiera perdido en una de esas ciudades lejanas o de una información esencial para el buen desarrollo de su viaje.

Fui hasta la mesa, seguido del pato.

Nos quedamos un momento inmóviles delante del sobre y el secreto que albergaba en su interior.

Decidí abrirlo, sabiendo que mi hijo no se disgustaría por ello. Si se trataba de noticias importantes, se alegraría de que se las comunicara. Si no era nada, si no tenía relación con su viaje o era demasiado personal para su padre, me disculparía, le haría entender que sólo quería ayudarlo e interrumpiría mi lectura de inmediato.

*Hola:*

*Perdona que te escriba, perdona por lo que tengo que escribirte. Soy Louise, una amiga de Lola. Coincidimos varias veces los tres. Sé que me sitúas, es sólo para que me pongas cara.*

*No tengo tu correo electrónico, ni tu número de teléfono. Intenté también contactar contigo por Facebook, pero no lo conseguí. Entonces me acordé de que Lola me dijo un día que vivías «a la antigua», lejos de las redes sociales. ¡Eso debía de gustarle! Una vez la acompañé hasta tu portal. Volví al barrio la semana pasada para buscar el edificio, espero no haberme equivocado, espero que recibas esta carta..., aunque, bueno, igual es mejor que no la recibas nunca.*

*De todos modos, prefiero escribir una carta que un mail, una carta siempre tendrá más importancia.*

*Sé que llevas seis meses sin ver a Lola. Cinco meses y diecisiete días exactamente. Sé que le enviaste varios mensajes después, y que ella te pidió que dejaras de hacerlo.*

*Quería decirte, he dudado mucho antes de hacerlo, pero al final creo que está bien que lo sepas, y, si no es así, de nuevo te pido perdón por hacerlo, pero quería decirte que Lola te quería y que para ella era duro no verte más, no tener ya más noticias tuyas.*

*Cuando os conocisteis en la fiesta en casa de Mathieu, ya estaba enferma, pero aún había muchas esperanzas de que pudiera curarse. Le parecía genial haberte conocido en ese momento de su vida.*

*Un día me quedé a dormir en su casa, ¡era nuestra última noche de juerga entre amigas! Charlamos hasta las cinco de la mañana, bebiendo esa porquería de Bailey's que da ganas de vomitar. La semana siguiente le tocaba empezar una tanda de quimio. Me dijo: «¡Me parece que lo de este tío es más fuerte que la quimio!». Le pregunté si estaba enamorada. Me contestó: «La chica sana sí».*

*Después todo fue a peor muy deprisa. Cortó lazos con todo el mundo. Incluso conmigo, ya sólo le mandaba mensajes de texto de vez en cuando. Se volvió a vivir con su madre.*

*En el último mensaje que me mandó me hablaba de ti. Yo le había preguntado qué tal estaba, y me contestó esto:*

*Cansada. Mañana tengo que volver al hospital. Qué rollo. Estoy harta de no verlo, pero es que ¡si vieras qué pinta tengo! Parece que tuviera cáncer, me troncho. Lo echo de menos. Mathieu me dijo que se había ido a hacer un viaje de varios meses. No sé si se ha ido por mí. No paro de pensar en él, me lo imagino en otros países, eso me gusta. Igual un día volvemos a vernos, quién sabe... Un abrazo muy fuerrrrrte.*

*Lola murió hace tres semanas.*

*Seguramente ya lo sabes por otras personas. Me imagino que te lo habrá dicho Mathieu.*

*La incineraron en un cementerio cerca de donde vive su madre. Hay una placa, por si quieres ir.*

*Lo siento. No sé si ya has vuelto de tu viaje. Si te apetecía saber todo esto. Si te sientes muy solo. Me gustaba cuando nos veíamos los tres. Me*

*gustaba que hicieras feliz a Lola. Me gustaría volver a verte si a ti te apetece.*

*Lola te encontraba guapo, divertido y brillante, eso es lo que quería decirte, y espero que te ayude a sentirte mejor cuando no estés bien.*

*Un beso,*

*Louise*

Releí la carta. La hoja me temblaba en las manos y el corazón me latía deprisa. No conocía ni a esa tal Louise ni a Lola, ni sabía nada de toda esa historia, pero me afectaba profundamente porque tenía que ver con mi hijo. Estaba tan afectado por la muerte de esa joven desconocida que había querido a mi hijo como por el hecho de descubrir ese secreto que parecía el verdadero motivo de su partida.

Cogí al pato en brazos y fui al baño a prepararle uno a él.

Mientras el pato flotaba en mi bañera, yo no dejaba de pensar en mi hijo. Nada de eso me incumbía, puesto que no me había hablado de ello. Recordé los últimos momentos que habíamos pasado juntos antes de marcharse. Durante la comida, unas horas antes de su vuelo, no le había notado ninguna tristeza ni ninguna necesidad desesperada de alejarse. Se había mostrado cariñoso, sonriente, despreocupado y tranquilizador como de costumbre, pero también callado y deseoso de volver a esa soledad que tanto le gustaba, como de costumbre.

Tuve ganas de llamar a mi exmujer para hablar con ella, pero sabía de antemano que al hacerlo activaría el detonador de una bomba de angustia y de pánico que nos estallaría a todos en la cara.

Y mi vocecita interior seguía recordándome: «No os lo ha contado. No te lo ha contado».

Me sentía perdido en medio de su segunda vida, de su intimidad, de ese país secreto en el que me había colado sin permiso burlando el control de fronteras. Ya no podía dejar ese territorio, sabía demasiado, no podía pasarme el resto de la vida sin hablarle de ese acontecimiento que había descubierto a mi pesar.

También podría haber dejado de leer esa carta. Desde el principio. Estaba claro que no era una urgencia tal y como yo la entendía. No era una urgencia de vida, sino de muerte. Y, de hecho, esa palabra manuscrita en la esquina izquierda del sobre no era para el destinatario, Louise la había escrito para sí misma, era urgente que ella hablara con él.

¿Por qué no había interrumpido la lectura desde la primera frase?

Dejé al pato flotando para ir a releer la carta.

—¡Ahora vuelvo!

—*Cua.*

Retomé la lectura desde el principio, decidido a interrumpirla en cuanto me diera cuenta de que estaba metiéndome en los asuntos privados de mi hijo y de que la urgencia no era inmediata y podía esperar hasta su vuelta.

Me fijé en las palabras. Los «perdona» que Louise repetía. La manera en que había encontrado nuestro edificio. El tiempo transcurrido desde que mi hijo había visto a Lola por última vez. Esos mensajes que había seguido mandándole, y el de Lola en el que ésta le pedía que dejara de hacerlo. Su última noche entre amigas, el Bailey's que se habían bebido. Su enfermedad que iba a peor.

Podría haberlo dejado ahí. Intentarlo. Pero volvía a sentir el mismo escalofrío, se trataba del corazón de mi hijo, sí, era su corazón el que latía con tanta fuerza en mi pecho.

Volví a leer la carta entera por tercera vez, y otra más en diagonal.

«*Lola murió hace tres semanas.*»

¿Cómo recibiría él la noticia, cuando a mí, pese a serme del todo ajenos la historia y sus personajes, me dejaba destrozado?

«*Igual un día volvemos a vernos, quién sabe.*»

Necesitaba hablar con él. No decirle nada, por supuesto, pero oír su voz. Desde que se había marchado, sólo nos comunicábamos por correo electrónico, pero no se enfadaría si rompía una vez ese silencio. No sabía cuándo terminaría su travesía. Daba igual, por ahora sólo tenía que marcar su número.

Nada hay más difícil a veces que hablar con las personas más cercanas, aquellas a quienes mejor conocemos y tanto queremos, aquellas con las que hemos compartido tanta vida diaria y tantas cosas sin importancia. Miles de llamadas telefónicas para no decirse nada.

Me saltó su buzón de voz. No había grabado ningún saludo, y escuché la

voz robotizada de una mujer que precisaba el número del cliente y me pedía que dejara un mensaje. Cuántas veces debía de haber defraudado esa voz carente de humanidad a quienes sólo querían oír la de un ser querido.

No dejé mensaje.

Volví a guardar la carta en su sobre y saqué al pato del baño.

Me levanté temprano.

Me esperaba un día complicado. Tenía que ir a la residencia de ancianos, reintroducir el pato en el estanque artificial, gustarle a Suzanne, lograr no seguir leyendo la obra maestra de Pierre Lamberti a las dos Raymondes y llamar a la Agencia Tributaria para preguntar por Paul Blanchot, mi inspector, que supuestamente debía regresar hoy de sus vacaciones y de África.

Pero lo primero que hice fue llamar a mi hijo. De nuevo me topé con su buzón de voz, sin que antes se oyera ningún tono de llamada.

En el vagón del tren de cercanías, desierto a esa hora, dejé al pato en libertad. No se alejaba mucho de mí. Daba unos pasos, pero volvía sistemáticamente entre mis piernas.

Empezaba a adorarlo.

Llevaba varios días sin beber alcohol. Sin apuntar ninguna promesa en mi cuaderno. Me había perdido varias emisiones de «Cuatro bodas y una luna de miel». No había recibido ninguna visita nocturna del fantasma de Amazon. Parecía que las cosas mejoraban o que al menos me dejaban en paz un rato.

Suzanne me había conmovido. Desde que la había visto por primera vez, había dejado que parte de mi mente le perteneciera. Solía entregar trocitos con facilidad. Pero en esta ocasión ella ocupaba la mayor parte. Esa mañana, sin embargo, aunque me alegraba la idea de volver a verla y de poner en práctica mi diabólico plan volátil, la carta de Louise en la que le anunciaba a mi hijo la muerte de Lola me había quitado la ilusión.

Traté de imaginarme a Lola.

Entre el color de su cabello, su piel y sus ojos, la forma de su rostro, sus labios y su nariz, su estatura, su voz y su aroma tenía una probabilidad entre siete mil millones de acertar. Con todo, una joven se perfiló en mi imaginación. Se parecía a Virginie, la hija de la hermana de mi exmujer, exsobrina mía, pues, nacida el mismo año que mi hijo, a la que solíamos invitar a casa y cuya dulzura y timidez me gustaba mucho. Esa chica había tenido que afrontar a los tres años el divorcio de sus padres, seguido de su posterior guerra sin cuartel y, por último, la muerte de su padre un año más tarde, al que encontraron ahogado después de caer, de una manera supuestamente accidental, desde lo alto de un puente.

Virginie venía muchos fines de semana a casa con nosotros, se pasaba el tiempo conmigo pues yo no trataba de educarla ni de usurpar el puesto de nadie. Le ponía los dibujos animados que le gustaban, le daba de comer todo lo que quería y le dejaba la luz encendida cuando dormía. Mi exmujer suplía a su hermana y no consideraba que esos momentos fueran vacaciones para la niña.

—Necesita una imagen masculina —me decía, con la esperanza de activar en mí un papel que ya de por sí me costaba mucho interpretar con mi propio hijo.

Siempre había pensado que Virginie estaba secretamente enamorada de su primo. Por nada del mundo habría dicho la más mínima palabra o hecho el más mínimo gesto en ese sentido, pero veía en él el modelo perfecto de lo que debía ser el amor. Su joven corazón había crecido junto al de mi hijo, y la ternura, la amabilidad y la bondad de éste le habían dado pie para pensar que el amor aún sería posible en su vida.

Después de nuestra separación, Virginie continuó viniendo regularmente a nuestra casa. No sabía bien cómo era su vida fuera (yo temía aún más a su madre que a la de mi hijo, era como ésta pero multiplicada por dos). Pero, cuando estaba en casa, recuperaba sus puntos de referencia nada más cruzar



el umbral, y veíamos la televisión durante horas, sustituyendo los dibujos animados por películas, comíamos de cualquier manera y nos dormíamos todos juntos en el sofá del salón con las luces encendidas.

A los dieciséis años, Virginie se mudó a una ciudad de provincias (cuyo nombre nunca consigo memorizar) para seguir sus estudios, y supongo que para huir del ambiente histórico de su casa. Nos enviaba mensajes, mi hijo le contestaba, y yo también, aunque muy brevemente y con diez días de retraso.

No había hablado con ella desde hacía tiempo. De vez en cuando, mi hijo la mencionaba, yo le preguntaba cómo estaba y él me contestaba que «bien», como decía de la mayoría de la gente, incluso de los quemados de tercer grado tras un incendio intencionado.

Al pensar en Virginie sentí ganas de hablar con ella. O al menos de tener su número de teléfono (desaparecido en la transición entre el iPhone 4 y el iPhone 5). Como no podía contactar con mi hijo, tenía la necesidad de establecer un vínculo con alguien de su edad.

Le mandé un mensaje a mi exmujer.

¿Puedes pasarme el teléfono  
de Virginie?

Su respuesta fue inmediata:

¿Qué Virginie?

No necesitaba pensarlo mucho para saber que sólo conocíamos una, una única Virginie en nuestro planeta Tierra.

Le contesté:

¡Tu sobrina!

Nuevo mensaje de mi exmujer:

¿¿¿Se te ha pasado la borrachera???

No la entendí enseguida, hasta que recordé que en nuestra última

conversación cargaba a un granjero a la espalda y temía por mi vida.

Vivito y coleando, y sin necesidad ya de ningún testigo para aclarar el misterio de mi muerte, me limité a contestarle:

Sí, gracias.

Nuevo mensaje:

¿Para qué quieres el número de Virginie?

Ya no quería ese número y me arrepentía de habérselo pedido. Una vez más había caído en la trampa, olvidando que la pregunta más insignificante podía ser el primer diálogo de una tragedia de tres horas sin intervalo.

Yo: Para nada.

Ella: ¡Sí, seguro!

Los mensajes se sucedían ahora a la velocidad del rayo.

Yo: ¿Seguro qué?

Ella: ¡Tú nunca haces las cosas «para nada»!

Yo: TODO lo que hago es para nada... No hago nada para las cosas en sí.

Ella: ¡Entendido, Einstein!

Yo: Tu sarcasmo es ridículo... ¡Einstein era físico y no filósofo!

Ella: ¡Podría haberlo sido!

Yo: Vale.

Ella: Seguro que Camus también se dedicaba a la física.

¿Cómo podíamos haber llegado a eso? Decidí no responderle más y

aguantarme sin el número de Virginie. Pero mi exmujer no lo veía así.

¿Tienes noticias de tu hijo?

Se me heló la sangre y sentí un gélido escalofrío recorrerme el cuerpo. No tenía noticias de él, pero sí de su vida, del drama que acababa de sufrir su corazón y cuyo siniestro final quizá él mismo ignorara.

Yo: No.

Ella: ¿Cuándo se supone que llega a Groenlandia por fin?

Yo: Dos días, dijo.

Ella: ¡Sí, hace dos días que lo dijo!

Yo: Entonces estará a punto de llegar.

Le envié otro mensaje justo después:

Yo: Sé amable cuando hables con él.

Ella: ¿¿¿Por qué??? ¿¿¿Es que no está bien???

Yo: Sí, pero está lejos y lleva mucho tiempo fuera. Un beso.

No quería seguir con esa conversación, y el tren estaba llegando a la estación de Saint-Maur-des-Fossés.

Cogí al pato, que no se debatió y parecía disfrutar incluso de que lo llevara en brazos.

Mi mujer me mandó un último mensaje.

El número de Virginie, y, debajo: «Un beso muy fuerte». Como si hubiera sentido a distancia la tristeza que me atenazaba, como si hubiera entendido que había un elemento negativo que no estaba segura de querer conocer que concernía a su hijo y que era necesario que yo me ocupara de ello. Y ese

«muy fuerte», pegado a «un beso», poco habitual en ella, estaba ahí sólo para animarme y para decirme que hiciera las cosas como es debido.

Antes de franquear la entrada de Beausoleil, traté una vez más de hablar con mi hijo.

De nuevo y de manera inmediata, su buzón de voz.

Le envié un sms a Virginie:

Te mando este mensajito para  
saludarte. Pienso en ti y espero  
que seas feliz.

Vi que había recibido un correo electrónico. Había desactivado las notificaciones sin querer y sólo descubría mis mails cuando consultaba el teléfono. (Todo lo que activaba y desprogramaba en mi móvil era siempre fruto de la casualidad; en mi iPhone 2 me vi de repente con todo en japonés e, incapaz de cambiar de idioma, me resigné a comprarme un diccionario bilingüe.)

Me sorprendió comprobar que el remitente era Paul Blanchot. Desde otra dirección diferente a la de los mensajes que me había enviado desde África.

Lo abrí.

Estimado señor:

Mi colega me ha informado de su llamada. Es importante que nos veamos con urgencia.

Le ruego me proponga una fecha lo antes posible.

Sin otro particular, lo saluda atentamente,

Paul Blanchot

Inspector de la Agencia Tributaria

Contento de recibir noticias tuyas y de saber que estaba de vuelta en la

oficina, me apresuré a contestar:

Querido señor Blanchot:

Qué alivio saberle sano y salvo.

Me tenía muy preocupado.

Espero que sus problemas en Abiyán se hayan resuelto de la mejor manera para usted y Cécilia, su colaboradora.

Pensaba llamarlo hoy. Podríamos vernos esta misma tarde.

Sin otro particular, lo saluda atentamente.

Crucé el jardín de la residencia y llegué hasta el estanque.

El mal tiempo no animaba a muchos ancianos a salir. Vi a lo lejos al hombre que me había confiado su pesimismo general sobre nuestra humanidad. Lo evité cuidadosamente.

A medida que avanzábamos, el pato empezó a ponerse nervioso. Debía de sentir cerca la presencia de las hembras.

Al llegar al borde del estanque y ver a las patas flotando con inocencia, mi pato se puso a dar brincos en mis brazos:

—Cua, cua, cua, cua, cua, cua...

Que podría traducirse como sigue: «Oh, madre mía, Dios mío, esto es la bomba, gracias, gracias, gracias...».

No quería soltarlo hasta que llegara Suzanne y sorprendiera mi heroico gesto. Estaba dividido entre el deseo de complacer a mi palmípedo amigo y el deseo compulsivo de que la enfermera dueña del grueso de mi cerebro descubriera mi heroísmo.

Las patas, curiosas y perplejas, se habían agrupado en el centro del estanque y miraban al recién llegado enardecido, sin saber si se trataba de un caballero algo nervioso o de un temible malvado.

Suzanne salía regularmente a fumar, debía de hacerlo cada hora. Si acabábamos de cruzarnos, sabía que no podría retener tanto tiempo a mi semental con plumas.

Justo cuando estaba a punto de soltar al animal para ofrecerle ese harén,

aceptando a regañadientes mi sino de altruista desconocido, apareció un equipo de televisión. Lo vi llegar desde el edificio principal y dirigirse hacia mí. Apareció también Suzanne, siguiéndolos a unos metros de distancia.

Sujeté con fuerza al pato hasta que llegaron. El equipo estaba compuesto por un cámara que no se apartaba de su objetivo, un ingeniero de sonido armado de una pértiga con un micrófono y una grabadora portátil en un extremo y una periodista de unos treinta años. La cámara y el micro se lanzaron sobre mí como animales salvajes y curiosos, y la periodista me dijo:

—Somos de France 3 Île-de-France, ¿podemos filmarlo?

—Mmm... sí.

Llegó Suzanne. Al verme sonrió.

La periodista siguió con su trabajo:

—¿Qué está haciendo?

Me había aprendido mi papel y traté de recitarlo con la mayor naturalidad:

—Estoy reintroduciendo un pato macho en este estanque donde ya sólo quedan hembras.

A la vez que decía esto, avanzaba hacia el estanque como un emperador hacia su destino.

—¿Es usted ornitólogo?

—En absoluto, soy escritor.

Solté al animal.

Lo que ocurrió a continuación fue fascinante. En menos de un minuto, el pato copuló a la velocidad del rayo con absolutamente todas las hembras, en cuanto tocaba a una, pasaba a la siguiente. Hubo una explosión general de graznidos y aleteos, y se formó un tsunami en el centro del estanque. El equipo de televisión, Suzanne y yo retrocedimos para que no nos salpicara y para no llevarnos un picotazo. Algunas patas abandonaban un instante la charca pero regresaban rápido al jaleo de picos y plumas.

El cámara no se perdía ni una imagen del espectáculo, el ingeniero de sonido ajustaba el volumen de su grabadora y la periodista me preguntó,

como si yo fuera un especialista:

—Es algo así como un ritual, ¿verdad?

A lo que yo contesté:

—¡Sí, cómo lo está disfrutando el tío!

Después volvió la calma. Mi pato marcó cierta distancia. Exploró su nuevo reino nadando de un extremo a otro de la charca. Las patas se reunían con él de una en una, y él las recibía con un «Cua», que en lenguaje humano significaba: «Nos vemos luego, ahora estoy un poco cansado, pero tendremos tiempo de sobra para amarnos, y sabré honraros a todas».

Me alegraba por mi amigo con plumas. Sabía que volveríamos a vernos, y que su felicidad alimentaría la mía.

Suzanne se había acercado a mí, juntos observábamos el estanque.

Las cosas habían ocurrido tal y como yo había soñado, y encima con un equipo de televisión regional para filmarnos.

El cámara, seguido del ingeniero de sonido, avanzaba hacia nosotros para enfocarnos de frente.

Estábamos incómodos, cortados; el momento era silencioso, singularmente hermoso y trágico.

La periodista me preguntó:

—¿El voluntariado es algo importante para usted?

—Sí, mucho, todos deberíamos dedicarle parte de nuestro tiempo.

—Pero ¿por qué ha elegido una residencia de ancianos? ¿Le interesa especialmente la vejez?

—Sí, mucho, todos deberíamos dedicarle parte de nuestro tiempo.

Nunca me había sentido relajado delante de una cámara. Las pocas veces que me habían invitado a la televisión para hablar de mi escritura, había conseguido la proeza de desalentar la lectura no sólo de mis libros, sino también de cualquier libro en general. Mi editor le había ordenado a mi agente de prensa que me impidiera ir a cualquier plató. Hasta me llamó una



noche, después de verme en un programa literario retransmitido en el canal 126 a las tres de la mañana:

—No vayas más a la televisión, ni siquiera para un programa que nadie ve. Nunca se sabe, si hubiera un único tío insomne, depresivo y drogado con ganas de comprar tu libro, después de verte podría meterse una sobredosis o suicidarse directamente.

La periodista prosiguió con su interrogatorio:

—¿Y ahora qué?

—Pues...

Suzanne intervino entonces:

—Va... va... va a leer un li... li... libro de Pie... Pie... Pierre Lamber... Lamberti a los an... an... ancianos de la re... re... re...

La periodista la interrumpió:

—De la residencia, sí.

Detesté que hubiera terminado la frase por ella. Su voz era banal y aburrida, mientras que la de Suzanne era grave y pura, cada palabra que salía de ella era un regalo que te ofrecía.

—¿Por qué lee los libros de Pierre Lamberti?

Suzanne sonrió a mi lado, sabía lo que opinaba del escritor.

—Aquí sus libros tienen muchos adeptos.

—¡Podría leer los suyos!

—Sí, podría, pero...

Suzanne intervino:

—Sus li... libros... son una mú... mú... música... si... sisi... silenciosa que... que... que hay que... leer y ver.

Lo confieso, quería que Suzanne fuera mi mujer. Entregarle mi corazón lo que me quedaba de vida. Aunque nunca sabía recibirlos, era un chico sensible a los cumplidos, me conmovía el amor que la gente me tenía, pero, si ese amor venía de Suzanne, rozaba la gracia con los dedos y estaba dispuesto a perdonarle a la vida que hasta entonces no me lo hubiera puesto fácil.

La periodista se dirigió a su equipo:

—Bueno, lo filmamos leyendo y con eso terminamos.

Cruzamos el jardín, Suzanne y yo delante, el cámara filmándonos de espaldas con el trávelin.

Al llegar delante del edificio principal me dirigí a las habitaciones, pero Suzanne me agarró del brazo para llevarme hacia otro lado.

—Hoy es po... por aquí.

La seguí por nuevos pasillos, con el equipo de televisión en los talones.

La sala estaba llena. Había cerca de cincuenta ancianos sentados en sillas o en sus propias sillas de ruedas. Algunos iban con sus goteros, otros estaban dormidos o ya muertos.

Los habían colocado en hileras como en un teatro, frente a una silla vacía que visiblemente me aguardaba a mí y sobre la que alguien había dejado el grueso volumen de Pierre Lamberti.

Al parecer, las dos Raymondes habían corrido la voz en el comedor.

Fui a sentarme bajo la mirada divertida de Suzanne, que dio unas palmadas para animar a los demás a aplaudir.

El técnico encendió el foco, que me cegó y salpicó la sala con una luz blanca y fría.

Cogí el libro y me aclaré la voz:

—Voy a leerles *Eco del ego...* de Pierre Lamberti.

Estalló otro sonoro aplauso, mientras los ancianos coreaban: «Lamberti... Lamberti... Lamberti».

Este tipo era el Springsteen de las residencias geriátricas.

Inicié la lectura, y no tardé en recibir las primeras quejas: Más alto... Más alto... Más espacio... No tan rápido...

Subí la voz al máximo y frené el caudal de mis palabras; ahora gritaba a cámara lenta, como en una película o después de un ictus.

Retomé la lectura desde el principio. Los personajes de Lamberti no se habían movido, se seducían en el desierto ante la mirada de los autóctonos salvajes, en busca de un niño ario y misterioso.

Ubiqué a mis dos Raymondes entre el público. Estaban sentadas una al

lado de la otra y no parecían disgustadas conmigo por releer lo que ya habían escuchado y seguramente olvidado.

Tras una hora de lectura, ya sólo quedaban uno o dos supervivientes en la sala dormida. El cámara y el ingeniero de sonido se habían cambiado varias veces de sitio para variar los ángulos de filmación. La periodista se había pasado el rato entretenida con su móvil. Suzanne me había escuchado sin distraerse. En cuanto a mí, estaba cerca de una parálisis definitiva de la mandíbula o de una lobotomía frontal.

Me levanté y fui a reunirme con Suzanne. Sonreíamos sin decir nada. El equipo recogió su material. La periodista se despidió de nosotros:

—Ya nos vamos. Gracias por todo.

Pregunté como un tonto:

—¿Cuándo lo ponen?

—Esta tarde, en el informativo de las siete.

Los ancianos salían sin brío uno detrás de otro, acompañados de los auxiliares.

Suzanne y yo nos quedamos solos.

—¿Le apetece un cigarrillo?

—Sí... Pe... pero antes te... tengo que... que... que reco... ger.

—Yo la ayudo.

Empezamos a apilar las sillas para colocarlas contra las paredes de esa sala que normalmente debía de utilizarse para las tardes de bingo o se transformaba en capilla en Navidad.

Nuestros gestos tenían un no sé qué que los hacía muy románticos, y si hubiéramos estado en un escenario, habrían parecido una creación de Pina Bausch. Cada uno atacaba la fila por un extremo opuesto y nos juntábamos en el centro, cargados con nuestras torres de sillas.

La sala estaba vacía. Suzanne se encontraba en la otra punta, con la salida entre nosotros. Avanzamos despacio el uno hacia el otro, fingiendo que

mirábamos alrededor para comprobar que no nos habíamos dejado nada.

Cuando sólo nos separaban unos metros, sonó una música por los altavoces, y reconocí un impromptu de Schubert.

Levanté la cabeza sin comprender.

—Es pa... para anun... anunciar el almu... almu... almuerzo.

—Qué bonito.

Estábamos muy cerca ya. Me habría bastado ponerle la mano en la espalda para invitarla a bailar. Ella me miraba sin levantar del todo el rostro, yo intentaba estar a la altura y no eludir su mirada.

Recordé que hacía un rato le había hablado a la periodista de mis libros. ¿Cuándo los había leído? ¿Cuáles? ¿Cuál? Quería preguntárselo. Había hablado de una música silenciosa. Yo pensaba lo mismo de ella.

Mi móvil vibró para anunciar la llegada de un mensaje de texto. No quería consultarlo en ese momento, pero esperaba noticias de mi hijo.

—Disculpe, voy a comprobar si es mi hijo.

Era él.

Papá, acabo de llegar, he visto que me has llamado. ¿Va todo bien?

Volví con Suzanne, que me estaba esperando.

—¿To... todo bien?

—Sí, bueno, en realidad no lo sé... Como ya le dije, mi hijo se marchó para hacer un viaje de varios meses. Acaba de llegar al sur de Groenlandia. Siempre pensé que se marcharía, o sea, quiero decir que desde muy joven ya soñaba con viajar. Por Navidad o por su cumpleaños solía regalarle libros de los grandes escritores que han recorrido el mundo... Mapas de países lejanos... Guías... Pero acabo de enterarme del verdadero motivo de su partida...

Suzanne me escuchaba con atención. Seguramente no debía hablarle de la carta que Louise le había mandado a mi hijo, era una cuestión privada. Sin embargo, su condición de persona ajena a nosotros, de desconocida para el

resto de mi vida, me empujaba a hacerlo. Ella también era una cuestión privada, la mía, y quizá sólo se pudiera confiar un secreto a otro secreto.

—Mi hijo ha recibido una carta, y la he abierto... La he abierto porque ponía «Urgente», porque pensaba que quizá fuera urgente que la abriera para ayudarlo en su viaje.

Me costaba progresar en mi relato. Me embargaba una emoción extraña que empezaba a invadirme por completo.

—La carta es de una chica llamada Louise... Comienza pidiéndole perdón por escribirle, y por lo que tiene que decirle... Habla de otra chica, Lola. Al parecer, mi hijo y Lola se conocieron en casa de un amigo y se amaron, bueno, no sé hasta qué punto, ni cómo, pero tenía pinta de ser el principio de una historia de amor... Lola ya estaba enferma... Seguramente se enteró poco antes... Pero conocer a mi hijo, en ese momento de su joven vida, la hizo feliz, el amor más fuerte que la enfermedad... o que la muerte... Se vieron, sé que estuvieron en nuestra casa... Debieron de descubrirse, de contarse el pasado de cada uno... Es extraño imaginarte a tu hijo enamorado... No sé si se acostaron... Eso también es extraño imaginarlo... La enfermedad de Lola progresaba a la vez que su amor. Eran tres en la relación... Ella decidió no verlo más... Él siguió mandándole mensajes, pero ella le pidió que dejara de hacerlo... Él se marchó justo después.

Suzanne levantó el rostro hacia mí. Su mirada traducía una generosidad infinita.

El impromptu de Schubert llegaba a su fin.

—¿Y Lo... Lo... Lola?

—Murió hace tres semanas.

Nunca antes me había entristecido tanto hablar de la muerte de alguien a quien no conocía. La voz de mi hijo salía de mi cuerpo.

—Nunca me lo contó... No sé qué tengo que hacer. No sé si sabe que Lola ha muerto, si se lo imagina. Si esa chica era su primer amor. No sé cuánto la quería. No sé nada... Quisiera... quisiera estar con él... hablarle y hacerle

reír... abrazarlo y besarlo, como cuando era niño y eso era lo natural... Pesaba poco, lo sentaba en mi regazo, contra mi vientre, me lo cargaba a la espalda y lo sentía más ligero todavía, quisiera que no sintiera tristeza.

Estaba llorando.

No me di cuenta enseguida, me enteré por una lágrima que resbaló hasta la comisura de mis labios.

—Perdón, discúlpeme.

Suzanne me abrazó. Me estrechó con fuerza y me besó la mejilla húmeda. Yo sabía que ella no hablaría. Era su manera de decirme lo que tenía que hacer.

—Vengo aquí para verla, Suzanne.

—Vu... vu... vuelva.

Fui a sentarme en el banco delante del estanque para llamar a mi hijo.

Mi pato estaba tranquilo. Al verme, nadó hacia mí y salió del agua para pasar un rato entre mis piernas.

Me lanzó un cua que significaba «gracias», al que yo contesté:

—De nada.

Luego regresó al agua con sus hembras, que estaban esperándolo.

Saqué el móvil para llamar a mi hijo, y descubrí un mail de Paul Blanchot.

Estimado señor:

No entiendo su correo ni su preocupación por saberme sano y salvo.

En cuanto a mi colaboradora, no se llama Cécilia sino señora Poitrelle, y no tenemos la necesidad de marcharnos juntos de vacaciones.

Estaba en Pornic, como cada año desde hace veinticinco, un lugar que apenas entraña riesgos para mí.

Imagino que cabe achacar su inquietud a su «espíritu artístico».

No quiero dejar de señalarle que aún está usted en deuda con nosotros con respecto al ejercicio 2015.

Veámonos hoy a las 15 horas para tratar de este tema y encontrar una rápida solución.

Sin otro particular, lo saluda atentamente,

Paul Blanchot

Inspector de la Agencia Tributaria

Le contesté a vuelta de correo:

Estimado señor Blanchot:

Allí estaré a las 15 horas para tratar de mi deuda, podremos hablar del tema todo lo que usted quiera.

Hace algún tiempo recibí un correo suyo en el que me decía que estaba en



África por un asunto privado, acompañado de su colaboradora, Cécilia. Me llamaba «amigo», me pedía usted ayuda y dinero después de haber sufrido una agresión en la que Cécilia había resultado herida.

Naturalmente, me sorprendió mucho que se dirigiera usted a mí. Me sorprendió su petición, pues conoce usted perfectamente el estado de mis finanzas, y también que me llamara su «amigo».

Pero sobre todo sentí una honda preocupación. Lo busqué. Le contesté. Reflexioné sobre la mejor manera de ayudarlo.

Mi hijo me advirtió de que había sido víctima de un pirata informático. Mi exmujer se burló de esta historia y de mi ingenuidad.

Me equivoqué, pero hoy me alegro de haber llegado hasta el fondo de mi preocupación.

Me alegro de tener ese espíritu artístico que menciona. Pues, durante un momento de mi vida, me he sentido cercano a usted. Le he atribuido aventuras extraordinarias que sin duda jamás vivirá. Le he considerado digno de una relación.

Usted no me ha apreciado nunca, ni a mí, ni mi vida ni mis libros. Pero agradezco a esos piratas informáticos el que me hayan dado la oportunidad de aprender a apreciarlo a usted.

Hasta dentro de unas horas.

Un abrazo,  
su amigo

El sol apareció en el cielo entre dos nubes. El estanque cambió de color. Mi pato se paseaba entre sus amadas.

Sentía aún la mejilla de Suzanne contra la mía.

Recibí un mensaje de Virginie en respuesta al mío:

¡Querido tío! Gracias por tu mensaje. Yo también me acuerdo a menudo de vosotros. Soy feliz y estoy enamorada. Iré pronto a veros. Estoy deseando leer tu próximo libro. Nunca me separo del último.

Marqué el número de mi hijo, pero me interrumpió una llamada de mi editor.

Contesté:

—¿Sí?

—Soy yo, ¿qué es toda esa historia de Lamberti?

—¿A qué te refieres?

—Pierre Lamberti ha recibido una llamada de una de sus amigas periodistas que le ha dicho que leías sus libros en una residencia de ancianos... Al parecer France 3 lo emite hoy en su informativo de la tarde.

—Sí, es verdad.

—¿Por qué lo haces?

—Es... es un voluntariado.

—Creía que lo despreciabas... ¡Podrías leer tus propios libros!

—Los ancianos de la residencia prefieren a Lamberti... ¡como todo el mundo!

La voz de mi editor se volvió tan dulce como la del mejor editor de París, lo que era.

—Como todo el mundo no... Yo prefiero tus libros.

—Gracias.

—Mira, Lamberti está muy emocionado con tu gesto, tiene serios problemas de confianza en sí mismo, se siente menos que el resto de los escritores. Le gustaría que almorzáramos los tres. Mi asistente, que ahora es mi mujer y a la que tú humillaste...

—¡Lo siento!

—Olvidalo, es muy susceptible... Bueno, como te iba diciendo, mi asistente le ha pedido a Lamberti que nos mande tu último libro para que puedas pasárselo a ese productor que quiere hacer una serie.

—¿Lo ha leído?

—Sí, y le ha encantado... Se ha leído todos tus libros, siempre le mandamos un ejemplar.

—No lo sabía.

—Pese a lo que tú crees, es buena persona... Os dedicáis al mismo oficio, no de la misma manera, pero al final se trata de libros.

—Es verdad.

—Por cierto, ¿avanzas con el próximo?

—Algo.

—¿De qué me dijiste que iba?

—De Plinio el Viejo.

—¡Ah, sí, es verdad!

—Tengo muchísimas ganas de escribir... Me han vuelto.

—Muy bien... Son más importantes las ganas que el tema en sí... Ya hablaremos.

El sol parecía imponerse sobre las nubes. Su luz avanzaba por el jardín, el estanque y los patos ya la disfrutaban, yo estaba aún a la sombra pero no perdía la esperanza.

Le mandé un correo al productor de la serie:

Hola, tengo un ejemplar de mi libro disponible para usted, pero antes de enviárselo me gustaría que me contestara a esta pregunta: en su opinión, ¿qué futuro aguarda a esas barriadas del extrarradio y a los jóvenes que viven en ellas?

A la espera de su respuesta, lo saludo atentamente.

Miré el móvil para llamar a mi hijo. Había recibido un nuevo correo, esta vez de Amazon:

Hola:

Te informamos de que no podrás recibir tu pedido n.º 7774589098 en el domicilio indicado debido a un problema con la entrega.

Procedemos a ingresar en tu cuenta la cantidad de 54 euros.

Si necesitas más información o ayuda acerca de tu pedido, te sugerimos que contactes con nuestro Servicio de atención al cliente.

Esperamos volver a verte pronto.

Amazon.fr

Me pregunté si el repartidor fantasma seguiría viniendo a poblar mis noches. Me había acostumbrado a él y me gustaba que mi realidad se viera

alterada por espectros que no eran sino producto de mi imaginación.

Llamé a mi hijo, me daba miedo hacerlo, pero ya nada me lo impedía.

El sol estaba a mis pies, sonó un tono lejano y desconocido, seguido de su voz, grave desde ayer.

—¿Sí?

—Soy papá.

—¡Hola, papá!

—Perdona que te moleste, tenía ganas de oírte.

—Yo también me alegro de oírte, papá.

—¿Te molesto?

—No, acabo de llegar... ¿Me oyes bien?

—Sí... ¿Has tenido una buena travesía?

—Más o menos, un poco agitada a ratos, pero ha sido bonito, hemos navegado entre los icebergs.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Tengo que encontrar un albergue, hay uno a una hora de aquí en autobús.

No sabía muy bien qué decirle. Había muchas cosas, y a la vez ninguna.

—¿Estás bien, papá?

—Sí.

—¿Mamá también?

—Sí, sí.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—¿En la vida, te refieres?

Le hacía reír, y eso me gustaba.

—No, ahora, ¿dónde estás?

Miré a mi alrededor, vi el estanque, mi pato, el edificio en el que me esperaba Suzanne, y unos cuantos ancianos sentados aquí y allá.

—¡Estoy en una residencia de la tercera edad!

—¿Ya? ¡Podrías haber esperado a que te ingresara yo!

—¡Tonto!

—¿Qué haces en una residencia de ancianos?

—Mirar a los patos.

—Qué bien, ¡yo lo que tengo delante son focas!

—¡Cada cual su animal!

—Ahora en serio, ¿qué haces?... ¿Estás bien, papá?

No quería que se preocupara por mí, de ninguna manera, ahora podía hablarle de Lola, decirle que estaba al corriente, que había muerto, que podía contar conmigo, como él necesitara, preguntarle si estaba muy triste, decirle que se le pasaría, que lo esperaban otros amores. Pero aún sentía la cercanía de Suzanne, me había abrazado, había besado mi piel, silenciosamente, ese amor naciente tenía que servir al amor que había muerto.

—Sí, hijo, estoy muy bien, he venido a esta residencia a recuperar un ejemplar de mi último libro, el de la admiradora que me escribió, para enviárselo a un productor que quiere basar en él una serie. No he conseguido el libro, pero aquí he conocido a una enfermera, me gusta mucho, creo, o al menos hace mucho tiempo, desde tu madre, que no había sentido esto, lo había olvidado, creía que ya no sería capaz de amar, pero, ¿sabes?, el amor es algo que te cae del cielo, de hecho, en inglés se dice *to fall in love*, pero no caemos nosotros, es el amor lo que te cae encima. Hay que recibirlo sin esperarlo, pero saber que siempre hay uno para nosotros en alguna parte. Y si duele, si nos rompe el corazón y nos abandona, hay que conservar un poco la felicidad de haberlo conocido... Creo que el corazón nunca cierra sus puertas, deja que el amor entre y salga. Un corazón está lleno de corrientes de aire. Es una tempestad. Está vivo.

Mi hijo no decía nada, la comunicación no era buena, el viento soplaba a veces sobre la línea.

—¿Me oyes?

—Me alegro de que hayas conocido a alguien, papá, estoy deseando que me la presentes.

—Creo que te gustará.

Nos quedamos callados unos segundos, el sol avanzaba por mis piernas.

—¿Papá?

—Qué.

—Yo también quiero decirte algo.

—¿Ah, sí?

—Me ha pasado algo estos últimos tiempos... Algo importante...

Me embargó el escalofrío de Lola, se me secó la garganta, temía oírle decir lo que yo ya sabía y no poder abrazarlo.

—Dime.

—Pues...

Buscaba las palabras adecuadas. O tal vez no se decidía a contármelo.

—Dime, hijo.

—Creo... creo que quiero ser escritor.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Y, en ese instante, supe lo que el padre esquimal le había dicho a su hijo, y se lo dije al mío:

—Vuelve.

—Sí, papá... Voy a volver.

Estaba bañado en sol.

*Vuelve*  
Samuel Benchetrit

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Reviens*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la fotografía de cubierta: Ed Carosia

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2018

© de la traducción, Isabel González-Gallarza, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-233-5542-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!

# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

---



¡Síguenos en redes sociales!







 Vuelve  
Samuel Benchetrit

DESTINO